

La Nueva Dialéctica y la lógica del capital

Trabajo Final de Licenciatura en Filosofía

Autor: Darío Nicolás Scattolini

Director: Daniel Gaido

Escuela de Filosofía

Facultad de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

Índice

Presentación y agradecimientos	2
Nota sobre los textos de Marx y Hegel y el estilo de citación	4
Capítulo 1. La dialéctica en Hegel, Marx y la tradición marxista	8
1. La <i>Lógica</i> de Hegel	8
2. Las reflexiones metodológicas de Marx	21
3. El debate sobre la dialéctica en la tradición marxista	28
Capítulo 2. La dialéctica y la economía política	39
1. Los marxistas hegelianos y el método de <i>El capital</i>	39
2. La Nueva Dialéctica	43
3. La dialéctica sistemática según Christopher Arthur	51
4. Plan de la tesis	58
Capítulo 3. El problema del punto de partida	59
1. Los criterios de Arthur	60
2. El razonamiento analítico de Marx	68
3. La mercancía como categoría históricamente determinada	74
4. El criterio de simplicidad: mercancía vs. valor	77
5. La derivación del punto de partida de Tony Smith	82
6. Un punto de partida complejo	88
Capítulo 4. Dialéctica sistemática e historia	97
1. La crítica del método lógico-histórico	97
2. La ley del valor en la producción mercantil simple	114
3. La historia en <i>El capital</i>	124
Conclusión	134
Bibliografía	139

Presentación y agradecimientos

Este trabajo es una presentación y un debate de algunos aportes a la interpretación de *El capital* de Marx realizados por la corriente conocida como Nueva Dialéctica. La Nueva Dialéctica es una interpretación de la teoría económica marxiana y de la relevancia de la *Lógica* de Hegel para la comprensión de su metodología, que desde fines de la década de 1980 se viene desarrollando en el ámbito académico anglosajón, particularmente en el seno del *International Symposium on Marxian Theory*. No es una interpretación tan novedosa: muchos de sus aportes ya estaban planteados desde la década de 1970 en las dos Alemanias, sobre todo por la *Neue Marx-Lektüre*. Sin embargo, el inglés como idioma universal, el entorno académico más conectado de las universidades anglosajonas, y el valioso aporte de la editorial y revista *Historical Materialism* a la difusión de nuevos (y viejos) estudios en el campo de la teoría marxista contribuyeron a que esta vertiente anglosajona de las nuevas interpretaciones hegelianas de *El capital* alcance mayor difusión y renombre.

El primer capítulo aborda los presupuestos. Su función es por un lado presentar de manera condensada lo que Hegel y Marx explícitamente dijeron acerca del método y la dialéctica, sobre lo cual volveremos una y otra vez en los distintos capítulos. Por otro lado, la cuestión de la dialéctica fue objeto de una larga sucesión de aportes y debates en el seno de la tradición marxista, que me parece importante reconstruir (aunque sea de forma somera y parcial) para comprender frente a qué la Nueva Dialéctica se plantea como *nueva*. En el segundo capítulo presento de manera general las distintas interpretaciones hegelianas de *El capital*, los elementos centrales de la Nueva Dialéctica como una corriente específica, y finalmente la concepción de la dialéctica sistemática de su principal exponente, Christopher Arthur. En los capítulos tercero y cuarto desarrollo la discusión con esta corriente (en particular con Arthur, aunque retomando aportes de otros autores como Tony Smith). En el tercero abordo el problema del punto de partida de la exposición dialéctica en *El capital*, y en el cuarto el problema de la vinculación de la exposición sistemática con la historia. El trabajo concluye con una valoración general de esta interpretación de *El capital* y con una presentación de las líneas de investigación que quedan abiertas. Un plan más detallado de este trabajo se encuentra al final del segundo capítulo.

Termino esta presentación con un agradecimiento a las distintas personas y colectivos que hicieron posible la culminación de este trabajo y esta carrera.

El tema de esta investigación habría sido la relación del lenguaje con los "pensamientos de segundo orden" (pensamientos acerca de pensamientos) de no haber mediado un feliz accidente el 29 de septiembre de 2010, que entre otras cosas se cobró la vida de mis intereses teóricos pasados. La firmeza para dar ese viraje no provino de una revelación teórica, sino de la certeza compartida de quienes apostamos a un

proyecto colectivo. Por eso mi primer agradecimiento es a esas compañeras con quienes produjimos esa certeza y con quienes una y otra vez la recreamos: a las que militan conmigo en La Brecha y en La Caldera, a las que conformaron Patria Grande, a las que pasaron y siguen pasando por la Asamblea de Estudiantes de Filosofía, y en general a todas las que compartimos esa aspiración común que nos hace ser un bello y hegeliano ejemplo de unidad en la diversidad. Afortunadamente son muchas personas, así que no voy a nombrar a ninguna.

Pese al abandono temático, no puedo ser ingrato con quienes me acompañaron y guiaron durante el trayecto de tres años por las disciplinas de la filosofía de la mente y del lenguaje. Este agradecimiento a quienes por esos años integraron el "Grupo de Conceptos y Percepción" (con especial cariño y admiración a Laura Danón, Daniel Kalpokas, José Giromini, Federico Castellano, Nahuel Recabarren y Mariela Aguilera) no es una retribución suficiente por lo que me llevé de esa experiencia. Hasta el día de hoy ese grupo representa para mí la experiencia más sólida que he conocido no sólo de rigurosidad y vocación de productividad teórica, sino también de aspiración a la construcción colectiva y democrática del conocimiento, con un genuino respeto por los estudiantes.

Agradezco también a las compañeras y compañeros de los dos grupos de lectura de *El Capital*, el de ciencias económicas y el de filosofía, que mantuvieron amenas, colectivas, discutidas y a buen ritmo mis lecturas del Tomo I.

Debo un agradecimiento a Javier Blanco y el resto de los y las integrantes de su grupo de investigación sobre filosofía de la técnica. Mi breve paso por ese grupo proveyó la oportunidad, el acicate y las condiciones materiales para la presentación de mi primera ponencia sobre este nuevo tema.

A mi director, Daniel Gaido, agradezco no sólo que aceptara dirigirme. A través de sus seminarios conocí y empecé a respetar a los clásicos y clásicas de la tradición marxista, lo que me permitió superar el prejuicio a la vez ultraizquierdista y academicista por el cual equiparaba el pensamiento partidariamente comprometido con chatura intelectual y poco apego a la verdad.

Finalmente, porque esta carrera no se hizo sólo a base de trabajo intelectual, agradezco a todos los amigos, amigas y familiares que hicieron afectiva y materialmente posible que hoy pueda presentar este trabajo. Especialmente a mis padres y hermanas, por una paciencia no siempre merecida.

Ciudad de Córdoba, 30 de junio de 2016

Nota sobre los textos de Marx y Hegel y el estilo de citación

Marx

El primer resultado de los estudios de madurez de Marx sobre economía política fue publicado en 1859 bajo el título *Contribución a la crítica de la economía política*. El contenido de esta obra fue luego incorporado, con modificaciones significativas, a la primera sección del Tomo I de *El capital*.

El Tomo I de *El capital: Crítica de la economía política*, la obra cumbre de Marx, fue publicado en 1867. Le siguieron dos ediciones supervisadas por Marx (la segunda edición en alemán que aparece en fascículos entre 1872 y 1873, y la traducción francesa también en varias entregas entre 1872 y 1875) y tres ediciones a cargo de Engels (la tercera edición alemana de 1883, la traducción inglesa de 1887 y la cuarta edición alemana de 1890, que se suele tomar como la versión definitiva), todas ellas con modificaciones y agregados al texto original.

El plan de Marx para *El capital* involucraba otros dos tomos de exposición teórica y un cuarto tomo dedicado a la historia de la teoría económica (Marx 1867, p. 9). Sin embargo, murió en 1883, antes de poder finalizar la redacción de los volúmenes restantes. Fue su compañero Friedrich Engels quien se encargó de recopilar, seleccionar y darles forma publicable a los manuscritos de Marx, saliendo a la luz el Tomo II en 1885 y el Tomo III en 1894.

Desde la muerte de Engels se han publicado distintos manuscritos del período de madurez de Marx que empezaron a arrojar luz sobre el desarrollo su pensamiento económico y abrieron nuevos debates. Se destaca en primer lugar la *Introducción general a la crítica de la economía política*, perteneciente a los manuscritos de 1857-1858 (el primer borrador de su proyecto de crítica de la economía política), publicada por Karl Kautsky en 1903 y que contiene la importante sección sobre el método de la economía política.

Luego aparece *Teorías sobre el plusvalor*, una parte de los manuscritos de 1861-1863 (el segundo borrador) editada y publicada por primera vez por Kautsky entre 1905 y 1910, que por su carácter histórico con frecuencia ha sido interpretada como el borrador del Tomo IV de *El capital*¹. Este manuscrito fue reeditado por el Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú y publicado en Berlín por la editorial Dietz Verlag entre 1959 y 1962, aplicando criterios muy diferentes (y en general más respetuosos con los manuscritos) a los de Kautsky.

El cuaderno sobre los *Resultados del proceso inmediato de producción*, perteneciente a los manuscritos de 1863-1865 (el tercer borrador, inmediatamente

¹ Contra esta visión común Michael Heinrich argumenta que «[p]ara el cuarto libro no hay ni siquiera un borrador: "Teorías sobre el plusvalor" sigue un concepto diferente, lidiando sólo con la historia de una categoría, aunque incluye muchas digresiones» (2009, p. 82).

anterior a la publicación del Tomo I), y publicado en 1933 por el Instituto Marx-Engels-Lenin (IMEL) de Moscú, ha sido considerado el borrador del cierre del Tomo I de *El capital*, que al no ser incluido en la publicación condujo a algunos a afirmar que el Tomo I está trunco.

Los manuscritos de 1857-1858 se publicaron de manera completa por primera vez entre 1939 y 1941, en una edición también a cargo del IMEL. Se los conoce en general como *Grundrisse*, forma abreviada del título en alemán que los editores pusieron a esos manuscritos, que traducido sería *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*.

Finalmente, recién con la edición histórico-crítica de las obras completas de Marx y Engels, conocida como MEGA2², comenzaron a publicarse de manera sistemática y con rigor académico el conjunto de manuscritos económicos de Marx (junto con el resto de su obra editada e inédita)³.

Adoptaremos la siguiente nomenclatura para referirnos de manera más breve a los distintos textos de Marx que citaremos en este trabajo (en el caso de *El capital* y las *Teorías sobre el plusvalor* no necesitamos abreviar):

<i>Introducción</i>	<i>Introducción general a la crítica de la economía política</i>
<i>Grundrisse</i>	<i>Elementos fundamentales para la crítica de la economía política</i>
<i>Contribución</i>	<i>Contribución a la crítica de la economía política</i>
<i>Resultados</i>	<i>Resultados del proceso inmediato de producción</i>

Casi todos los textos de Marx que citamos en este trabajo están disponibles en castellano en buenas ediciones. Para la *Contribución*, la *Introducción*, los *Grundrisse*, los *Resultados* y *El capital* empleamos y citamos las ediciones publicadas por la editorial Siglo XXI (en el caso de la *Introducción*, que aparece en varios volúmenes diferentes, citamos la de los *Grundrisse*). Todas ellas constituyen el producto de un

² Marx-Engels-Gesamtausgabe. Se habla de MEGA2 para diferenciar la nueva edición de las MEGA, el primer intento académico de publicar las obras completas de Marx y Engels, llevado adelante por David Riazanov en las décadas de 1920 y 1930 en la URSS antes de que fuera víctima de las purgas de Stalin y se abortara el proyecto. La publicación de las MEGA2 comenzó en la década de 1970 a cargo de los Institutos de Marxismo-Leninismo de Berlín y Moscú. Luego del colapso del "socialismo real", se reconfiguraron las instituciones que llevaban adelante la publicación, así como los criterios académicos, ideológicos y políticos. Actualmente la publicación está a cargo de la Fundación Internacional Marx y Engels (IMES, por sus siglas en alemán), integradas por el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, el Archivo Estatal de Historia Sociopolítica de Rusia, el Instituto Independiente para el Estudio de Problemas Sociales y Nacionales de Rusia, la Academia de Ciencias de Berlín-Brandemburgo y la Casa Karl Marx de la Fundación Friedrich Ebert. Actualmente lleva 62 volúmenes publicados de los 114 que están planificados. Se puede encontrar más información en el sitio web de las MEGA2 (<http://mega.bbaw.de>) y una breve historia de la edición de las obras completas y la lista proyectada en la introducción de Riccardo Bellofiore y Roberto Fineschi a Bellofiore & Fineschi (2009a).

³ Para más detalles sobre la evolución del proyecto teórico de Marx y la caracterización de sus sucesivos manuscritos, recomiendo revisar Michael Heinrich (2009), que en pocas páginas ofrece un panorama bastante completo, aunque no exento de interpretaciones.

mismo proyecto de trabajo editorial, a cargo de Pedro Scaron, Jorge Tula, José Aricó, Miguel Murmis y León Mames. Además de la ventaja de la unidad de criterio para las traducciones de las distintas obras, las ediciones realizadas tienen una calidad en la traducción y el aparato crítico que son destacables. Esto es particularmente importante en el caso del Tomo I de *El capital* por la multiplicidad de ediciones: la traducción de Siglo XXI se basa en la segunda edición alemana (la última publicada en vida de Marx), pero recoge en notas y apéndices las diferencias con la primera edición y las ediciones subsiguientes. En el caso de los *Grundrisse* y los *Resultados*, en los que la edición de Siglo XXI añade al margen la paginación de una edición original, las referencias contienen primero la paginación original y luego la de la edición de Siglo XXI (p. ej.: Marx 1857/8, 28, p. 28).

En el caso de las *Teorías sobre el plusvalor* empleamos la segunda traducción de Wenceslao Roces para el Fondo de Cultura Económica, basada en la reedición publicada por Dietz Verlag (su primera traducción seguía la edición de Kautsky). Sin embargo, esta traducción es más defectuosa, por lo que todas las citas presentan variaciones con respecto a esta edición, en función de las correcciones que he considerado pertinente realizar luego del cotejo con la edición de Dietz Verlag. Al consignar las referencias a esta obra menciono primero las páginas del manuscrito original de Marx en las que aparece el pasaje citado (paginación presente en las diversas ediciones en alemán, castellano y otros idiomas) y luego las páginas correspondientes de la versión de Roces.

El único texto que hemos citado que no tiene traducción al castellano es el manuscrito de 1861-1863 (del cual las *Teorías sobre el plusvalor* sólo constituyen la mitad). Para su lectura he empleado la traducción al inglés de Ben Fowkes, el tomo 30 de los *Collected Works* de Marx y Engels publicados por Lawrence & Wishart. Las citas han sido cotejadas con la versión en alemán en el tomo 43 de la edición de Dietz Verlag de las obras de Marx y Engels, y las referencias son a esta edición. También citamos directamente de los *Collected Works* algunas cartas de Marx y de Engels.

Hegel

Si bien en este trabajo nos referiremos de manera genérica a la *Lógica* de Hegel, es preciso advertir que en realidad ésta se presenta en varias obras. La más importante es la *Ciencia de la lógica*, publicada en tres partes entre 1812 y 1816: la primera parte (*Lógica objetiva. Libro I: La doctrina del ser*) en 1812, la segunda parte (*Lógica objetiva. Libro II: La doctrina de la esencia*) en 1813, y la tercera parte (*Lógica subjetiva. La doctrina del concepto*) en 1816. Hacia el final de su vida Hegel intentó realizar una revisión de esta obra, pero sólo llegó a hacerlo para la primera parte, que vio la luz póstumamente en la segunda edición de *La doctrina del ser* en 1832. Nuestro análisis de Hegel se centrará principalmente en la *Lógica* (incluida la segunda edición de la primera parte).

Dejamos de lado la también conocida *Lógica* que se encuentra en *La enciclopedia de las ciencias filosóficas* (de 1817, con posteriores reediciones en 1827 y 1830), que es

una versión más resumida y esquemática de la obra principal (aunque también con divergencias y omisiones), así como las distintas publicaciones póstumas de manuscritos de Hegel y tomas de notas de sus estudiantes que han salido a la luz. Sólo tendremos en cuenta la *Lógica* de la *Enciclopedia* cuando sea traída específicamente a colación por alguno de los autores que discuto en este trabajo.

Tratándose de textos más densos y oscuros, he empleado todas las ediciones que estuvieron a mi alcance para desentrañar los pasajes más complicados. Tomé como base para la lectura de la *Ciencia de la lógica* la traducción al inglés realizada por George di Giovanni para Cambridge University Press. También utilicé otra traducción anterior al inglés, de A V. Miller, y las traducciones al castellano de Rodolfo y Augusta Mondolfo y de Félix Duque. Para las citas no he seguido ninguna versión en particular, intentando incorporar las virtudes de cada una de las versiones trabajadas, aunque me he basado predominantemente en la traducción de di Giovanni. Las referencias son a la paginación de las *Gesammelte Werke* (incluida también en la traducción de di Giovanni), por volumen y número de página.

En el caso de la *Enciclopedia* me he basado en la traducción al español de Ramón Valls Plana para la Editorial Alianza. Las referencias son a los párrafos de la *Enciclopedia*.

En la traducción de los términos técnicos, comunes a ambas obras, he optado por tomar mis propias decisiones a partir de las razones y alternativas esgrimidas por los distintos traductores. En general me han parecido más apropiados los criterios sugeridos por Valls Plana y di Giovanni (que casualmente suelen ser coincidentes).

Estilo de citación

Para las citas adopto una versión adaptada del estilo de la American Psychological Association: los datos completos de las obras citadas aparecen en la bibliografía al final del trabajo, dejando en el cuerpo del trabajo la mínima información requerida para identificar la bibliografía relevante y las páginas citadas.

Cuando cito textos que no están en castellano transcribo sólo una traducción de las citas. Las itálicas en las citas forman parte del texto original, a menos que se especifique lo contrario.

Los agregados entre corchetes dentro de las citas son realizados por mí, a menos que se especifique lo contrario.

Capítulo 1

La dialéctica en Hegel, Marx y la tradición marxista

En el epílogo de la segunda edición del Tomo I de *El capital* Marx afirma emplear el *método dialéctico*, método heredado de Hegel, quien lo utilizó de la manera más consciente pero también con un sesgo idealista que era preciso corregir. Desafortunadamente en la obra de Marx no encontramos más que referencias dispersas a su metodología, formuladas usualmente de manera escueta y metafórica. Esta escasez de referencias no impidió que la dialéctica fuera ampliamente identificada como un componente esencial del pensamiento marxista. Esto se debió en parte al incansable trabajo de Friedrich Engels como propagandista de las ideas que había elaborado junto con Marx. La interpretación de Engels de la dialéctica, no obstante, no fue sino un primer aporte a una larga y rica tradición de debates sobre este tema en el seno del marxismo, alentada no sólo por la falta de un desarrollo explícito por parte de Marx, sino también por las sucesivas publicaciones póstumas de los manuscritos de éste, por las relecturas de Hegel por los distintos exponentes teóricos del marxismo, y por el convencimiento de que la carencia de un desarrollo explícito de Marx podía ser suplida por un análisis de las obras donde la dialéctica estaba presente implícitamente (sobre todo *El capital* y el resto de los manuscritos económicos).

Considero importante enmarcar la propuesta de la Nueva Dialéctica como un aporte más dentro de esta tradición, por lo cual comenzamos este trabajo con un capítulo para presentar este trasfondo. Las secciones más detalladas estarán destinadas a Hegel y Marx, en las que presentaremos sus posiciones explícitas sobre la dialéctica y la metodología científica. En la tercera sección haremos un repaso (necesariamente somero y parcial) de las diferentes maneras en que la cuestión de la dialéctica fue recuperada dentro de la tradición marxista¹.

1. La *Lógica* de Hegel

Lo primero que debemos señalar a la hora de caracterizar la *Lógica* de Hegel es que no se trata de una lógica en el sentido moderno del término. Es decir, no se trata de un conjunto de reglas formales de inferencia (ni de axiomas más reglas de inferencia) para garantizar la preservación de la verdad en la transición

¹ Algunos repastos de la historia de esta cuestión que me han resultado de utilidad son Haug (2005) y Fraser & Burns (2000). Un tratamiento más extenso es Rees (1998), aunque circunscripto a los clásicos del marxismo. Para Hegel, en particular, de los diversos comentarios consultados me resultó muy útil Houlgate (2006).

de un conjunto de enunciados a otros enunciados. No es una lógica formal, pues las derivaciones están fundadas en el *contenido* de las categorías empleadas en cada transición dialéctica. Además, su unidad de análisis no es la proposición o el enunciado, sino la *categoría*: se trata de reconstruir de qué manera se articulan las categorías que constituyen la estructura básica de la realidad. Veremos que en realidad, si nos ceñimos a la división actual de las disciplinas filosóficas, la *Lógica* constituye una ontología.

Para Hegel la presencia de categorías es constitutiva de toda cognición humana en cuanto pensamiento acerca de objetos. Esto no se circunscribe sólo a la representación teórica del mundo por parte del ser humano, pues «permea todo su comportamiento natural, sus modos de sentir, intuir, desear, sus necesidades e impulsos» (Hegel 1832, 21.11). No todo concepto es una categoría de la *Lógica*: ésta se ocupa sólo de las determinaciones más generales del pensamiento, aquellas que definen a la realidad en cuanto tal (por oposición a las que delimitan clases particulares de cosas, como el concepto de libro o de silla, o a las que estructuran dominios de la realidad, como los conceptos de espacio y tiempo con respecto a la naturaleza): ejemplos de categorías son ser, nada, existencia, cantidad, cualidad, esencia, fundamento, apariencia, causa, forma, etc. Si bien todas estas categorías nos son familiares, al ser constitutivas de todo pensamiento, «*lo que es familiar es por esa razón no conocido*» (1832, 21.12), y por lo tanto un pensamiento que no se ocupe reflexivamente de ellas está sujeto a confusiones y errores, carece de libertad y se aleja de la verdad. El propósito de la *Lógica* es precisamente elevar a conciencia esta estructura de categorías.

Si bien el esfuerzo filosófico por delimitar las categorías se remonta a Aristóteles y Platón, el enfoque particular de Hegel surge en el marco de la problemática kantiana. En su *Crítica de la razón pura* Kant había sostenido que las categorías del entendimiento (junto con las formas de la sensibilidad) son lo que nos permite concebir la realidad como objeto, y por tanto constituyen las condiciones necesarias de la experiencia objetiva. Además, había sostenido que dichas categorías no son abstracciones realizadas a partir de la experiencia, sino creaciones *a priori* del sujeto pensante, actos espontáneos del pensamiento puro (por contraposición a la receptividad pasiva de la sensibilidad, que ofrece las impresiones sensibles). Hegel mantendrá esta caracterización de las categorías, pero cuestionará la derivación de ellas realizada por Kant, que toma como punto de partida la clasificación de los juicios de la lógica tradicional. Para Hegel esa clasificación es un presupuesto arbitrario: si las categorías son creaciones espontáneas y necesarias del pensamiento puro, entonces debe ser posible rastrear, *sin ningún presupuesto*, el movimiento del pensamiento puro en su despliegue de ellas. Hegel le reconoce a Fichte ser el primero (luego de Aristóteles) en preocuparse por la relación de necesidad que caracteriza al proceso de derivación de las categorías, y por intentar establecerla a partir del propio requerimiento de la razón. Sin embargo, le reprocha suponer desde el principio la actividad del

pensamiento como actividad de un Yo o de una autoconciencia: para Hegel la posibilidad de la autoconciencia, si bien está implícita en el pensamiento, no puede ser presupuesta de antemano. Se debe partir simplemente del *pensamiento en cuanto tal*².

Esta ocupación de la *Lógica* por el pensamiento en cuanto tal implica que la derivación de las categorías no debe basarse en ningún supuesto. La *Lógica* «no puede presuponer ninguna de estas formas de reflexión, de estas reglas y leyes de pensamiento, pues son parte de su contenido y primero tienen que ser establecidas dentro de él» (1832, 21.28). Esto significa que el punto de partida debe ser simple, «lo más general y vacío», y que ninguna transición puede introducir una determinación «que no emerja directamente en esa etapa específica y que no proceda de las determinaciones precedentes» (1832, 21.18). La *Lógica* sigue el movimiento inmanente del pensamiento, «es el contenido en sí mismo, la *dialéctica que posee dentro de sí*, lo que mueve el objeto» (1832, 21.38).

Esto implica un rechazo a presuponer cualquier tipo de método formal o esquema predeterminado para las transiciones lógicas, sean las reglas de la lógica formal o el esquema triádico de la “lógica dialéctica” que se le atribuye erróneamente a Hegel (tesis-antítesis-síntesis). Si se puede hablar de un “método dialéctico” en Hegel es sólo en el sentido de este intento de apegarse a rajatabla al movimiento inmanente del pensamiento, y si hay algún patrón de razonamiento éste sólo puede establecerse *a posteriori*. Que la *Lógica* sea *dialéctica* quiere decir que cada categoría contiene dentro de sí su negación, transformándose de manera inmediata en su opuesto, y que la negación es positiva, en la medida en que no anula la categoría inicial, sino que la contiene como aquello que es negado, constituyendo un contenido más rico³. Las determinaciones iniciales, entonces, no

² «Si, respecto al acto de determinación del objeto por el Yo, se han expresado otros kantianos [Fichte] diciendo que la objetivación del Yo ha de ser considerada como un hacer originario y necesario de la conciencia, de modo tal que en este hacer originario no habría aún la representación del Yo –la cual sería sólo una conciencia de aquella conciencia, o ella misma una objetivación de aquella conciencia–, entonces este hacer objetivante, liberado de la oposición de la conciencia, es más cercano a lo que puede ser tomado simplemente como como *pensar* en cuanto tal. Pero este hacer ya no debería ser llamado conciencia; pues la conciencia incluye dentro de sí la oposición del Yo y su objeto que no se encuentra en aquel hacer originario. La denominación “conciencia” proyecta sobre ello la apariencia de subjetividad más que el término “*pensamiento*”, que aquí, sin embargo, ha de ser tomado en el sentido absoluto de *pensamiento infinito*, no abrumado por la finitud de la conciencia; brevemente, *pensamiento en cuanto tal*» (1832, 21.47-8).

³ «...la negación es igualmente positiva, [...] lo que es autocontradictorio no se resuelve en una nulidad, en la nada abstracta, sino esencialmente sólo en la negación de su contenido *particular* [...]. Porque el resultado, la negación, es una negación *determinada*, tiene un *contenido*. Es un nuevo concepto pero uno superior y más rico que el precedente –más rico porque niega o se opone al precedente y por tanto lo contiene, y contiene incluso más que eso, pues es la unidad de sí mismo y su opuesto–» (1832, 21.38).

son dejadas atrás o anuladas, sino que son recogidas en el avance de la dialéctica, en ese doble movimiento que Hegel denomina con la expresión *aufhebung*, y que a falta de mejor término traduciremos como *superación*:

«La alemana “*aufheben*” tiene un doble significado en el idioma: significa igualmente “*mantener*”, “*preservar*”, y “*hacer cesar*”, “*poner fin a*”. [...] Aquello que es superado entonces es algo al mismo tiempo preservado, algo que ha perdido su inmediatez pero no se ha vuelto nada por ello. [...] Algo es superado sólo en la medida en que ha entrado en unidad con su opuesto; en esta determinación más próxima como algo reflejado, puede ser apropiadamente llamado un *momento*» (1832, 21.94-5).

Debido a esta conservación, el desarrollo de la dialéctica constituye un progresivo enriquecimiento del momento vacío inicial, impulsado por la negación inmanente a todo momento. La dialéctica culmina con un retorno al principio, en el que la totalidad del sistema se demuestra como fundamento del punto de partida. Ahora bien, este carácter dialéctico y sistemático del pensamiento no es un presupuesto metodológico empleado por Hegel para avanzar. Recién al final de la *Lógica*, en el capítulo sobre la idea absoluta (que reconstruiremos con cierto detalle más adelante), Hegel ofrecerá la recapitulación de la estructura y el movimiento general de la dialéctica.

Esta concepción hegeliana de la dialéctica también se basa en un desarrollo ulterior de la problemática kantiana. Hegel retoma la distinción entre entendimiento (*Verstand*) y razón (*Vernunft*), pero a diferencia de Kant no las interpreta como facultades diferentes, sino como diferentes momentos de la actividad del pensamiento. El *entendimiento* realiza distinciones, establece determinaciones fijas oponiéndolas a otras determinaciones. El empleo de estas determinaciones por la *razón* se vuelve dialéctico: es lo que demuestra Kant en las antinomias de la razón, donde partiendo de cada una de las determinaciones se llega a su opuesta. Sin embargo, para Hegel no se sigue de esto que haya que limitar la aplicación del entendimiento a los datos de la sensibilidad. Pues también existe un empleo positivo o especulativo de la razón que permite comprender esas determinaciones contradictorias como momentos de una unidad⁴.

⁴ La reflexión del entendimiento «abstrae y entonces separa, [...] se queda fija en sus separaciones» (1832, 21.29), consiste en «*trascender* lo inmediato concreto al *determinarlo* y *partirlo*. Pero esta reflexión debe *igualmente trascender* sus determinaciones *separadoras* y por sobre todas las cosas *conectarlas*. El conflicto de determinaciones irrumpe precisamente en el punto de la conexión. Esta actividad reflexiva de la conexión pertenece en sí misma a la razón, y elevarse por sobre las determinaciones y ganar comprensión de su discordia es el gran paso negativo en el camino al verdadero concepto de la razón. Pero, cuando no es llevada adelante, esta comprensión cae en la concepción errónea de que es la razón la que se contradice; no logra ver que la contradicción es de hecho la elevación de la razón por sobre las

Hasta ahora nos hemos referido a la progresión de las categorías como un simple movimiento del pensar. Sin embargo, como resultado de la *Fenomenología del espíritu* Hegel asume que en cuanto ciencia pura la *Lógica* «presupone la liberación de la oposición de la conciencia. Contiene al *pensamiento en la medida en que este pensamiento es igualmente el hecho tal y como es en sí mismo*; o al *hecho en sí* en la medida en que éste *es igualmente pensamiento puro*» (1832, 21.33). De esta manera, la ciencia de la lógica «constituye la metafísica propiamente dicha o la filosofía especulativa pura» (1832, 21.7).

Para comprender esta posición es preciso retomar el camino por el que Hegel diverge de Kant. Como hemos mencionado, Hegel hereda la concepción de las categorías de Kant como condiciones de posibilidad de la conciencia de objetos. De hecho, su idea de la *Lógica* se deriva de la lógica trascendental de Kant, una lógica que no es puramente formal en la medida en que con sus leyes intenta reflejar las características básicas de la objetividad. Hume había demostrado que el camino del empirismo era infructuoso para demostrar que las cosas se rigen por tales leyes, por lo que Kant apela a su famoso giro copernicano: si las categorías y las leyes que estructuran la objetividad no pueden ser abstraídas de la experiencia, entonces sólo pueden ser generadas *a priori* por la espontaneidad del entendimiento. La metafísica, entonces, se convierte en la lógica trascendental: otra idea en la que Hegel sigue a Kant. Ahora bien, el problema con Kant no es simplemente que su lógica trascendental no sigue el movimiento inmanente del pensamiento, rigiéndose por presupuestos extrínsecos (como la clasificación tradicional de los juicios), sino que concibe la objetividad como *objetividad para nosotros*, postulando la existencia de una cosa en sí incognoscible:

«La filosofía crítica en verdad ya convirtió a la *metafísica* en *lógica*, pero, como el idealismo subsecuente, dio a las determinaciones lógicas una significación esencialmente subjetiva huyendo del objeto, como hemos dicho antes; por esa razón, estas determinaciones

restricciones del entendimiento y la disolución de ellas. En ese punto, en lugar de dar el paso final que lo llevaría a la cima, el conocimiento huye de la insatisfactoriedad de las determinaciones del entendimiento a la existencia sensible, creyendo que allí encontrará estabilidad y acuerdo» (21.30). Así, si bien Kant tiene el mérito de quitar a la dialéctica la fama de ser «el arte de practicar engaños y producir ilusiones», presentándola como «*una operación necesaria de la razón*» (21.40), la limitó exclusivamente a la aplicación de las determinaciones del entendimiento a la cosa en sí, que además no tiene ningún valor cognoscitivo. Para Hegel este resultado debe ser «*captado en su aspecto positivo*», que implica reconocer «la *negatividad interna* de las determinaciones que es su alma automotora, el principio de toda la vida natural y espiritual. Pero si uno se queda fijo en el aspecto negativo abstracto de la dialéctica, el resultado es sólo el lugar común de que la razón es incapaz de conocer el infinito [...]. Es en esta dialéctica tal y como es entendida aquí, y por tanto en la captación de los opuestos en su unidad, o de lo positivo en lo negativo, que consiste *lo especulativo*» (21.40-1).

siguieron afectadas por el objeto mismo que evitaban, y quedaron con los restos de una cosa-en-sí, un golpe infinito, como un más allá» (1832, 21.35).

Hegel intenta disolver esta “oposición de la conciencia”, este dualismo fundamental de sujeto y objeto, en la *Fenomenología del espíritu*, partiendo precisamente de este dualismo que constituye la forma más inmediata de la conciencia. «En la *Fenomenología del espíritu* he presentado la conciencia tal y como progresa de la primera oposición inmediata entre sí misma y su objeto al saber absoluto» (1832, 21.32), y «es sólo en el saber absoluto que la separación del *objeto* con respecto a la *certeza de sí* es completamente resuelta: la verdad se ha vuelto igual a la certeza y esta certeza a la verdad» (21.33). No podemos reconstruir toda esta derivación aquí. Sólo señalaremos que también sigue un razonamiento dialéctico, de acuerdo con el cual cada forma de conciencia, partiendo de la mera sensibilidad, se muestra insuficiente al descubrir que siempre hay un resto recalcitrante en el objeto, desarrollando formas cada vez más complejas de conciencia que permiten ir abarcando el objeto con una profundidad cada vez mayor, hasta la comprensión definitiva de que hay una *identidad entre el sujeto y el objeto*.

Esta idea no se debe interpretar como un idealismo grosero que supone que las cosas sólo existen como representación del pensamiento humano o divino. La idea es más bien que las categorías, tal y como éstas son articuladas por la *Lógica*, constituyen la estructura que da inteligibilidad y sostiene a la realidad, no como una imposición *a priori* del sujeto (como lo es para Kant), sino como un rasgo intrínseco de lo real. Esto tampoco significa que el movimiento dialéctico de una categoría a otra dentro de la *Lógica* expresa una secuencia temporal que se desarrolló progresivamente en la realidad, como una suerte de historia del universo. El tiempo es de hecho una categoría más concreta perteneciente a la filosofía de la naturaleza, por lo cual la *Lógica* abarca sincrónicamente el conjunto de las determinaciones que caracterizan al ser en cuanto tal, antes de pensarlo en su desenvolvimiento temporal. No es que en un momento existía el ser puro, que luego se desvaneció en nada, la cual luego se reunió con el ser en el devenir, y así sucesivamente. Se trata de que cada una de estas categorías, tomadas aisladamente en su abstracción, son lógicas o estructuralmente inestables (Houlgate 2006, p. 266). Esto por un lado significa que son conceptos impensables si no suscitan un movimiento de mayor determinación por nuevos conceptos. Pero también significa que lo real no puede existir meramente como instancia de esas categorías abstractas: lo real no puede ser si a la vez no es nada, por lo tanto si no es en verdad devenir, y por tanto si no existe, y así sucesivamente. La necesidad conceptual que produce la sucesión de las categorías hasta formar una totalidad autosustentable es el “pegamento” que permite que la realidad sea precisamente realidad y que no se disuelva en la desintegración de sus momentos abstractos.

Habiendo presentado de esta manera el propósito de Hegel en la *Lógica*, procedo a reconstruirla en sus aspectos más generales. Comienzo con la arquitectónica. La *Lógica* se divide en dos partes, la *Lógica objetiva* y la *Lógica subjetiva*. La *Lógica objetiva* contiene los dos primeros libros, *La doctrina del ser* y *La doctrina de la esencia*, mientras que la *Lógica subjetiva* contiene el tercer libro, *La doctrina del concepto*. La división en *Lógica objetiva* y *Lógica subjetiva* debe interpretarse a la luz de la concepción hegeliana de la identidad de sujeto y objeto, donde lo subjetivo y lo objetivo son sólo momentos internos de la autoconciencia. Tanto la lógica objetiva como la subjetiva tienen como objeto el concepto, sólo que la primera lo trata como algo *existente*, como *implícitamente concepto* o *concepto en sí*, mientras que en la segunda éste se explicita como concepto y se convierte en *concepto que existe para sí*. Así, si bien la *Lógica* tiene siempre como objeto el pensamiento puro, en *La doctrina del ser* las categorías no aparecen todavía como momentos del concepto, sino sólo como su contenido inmediato, como determinaciones del ser mismo (ser, cualidad, cantidad, etc.). La *Lógica* parte del ser como la determinación más inmediata y vacía, y por ello en un principio sólo considera el ser puro en cuanto tal; considerarlo ya entonces como momento del pensamiento es añadir determinaciones reflexivas a esas categorías violando el principio de avanzar sin presupuestos. Recién en *La doctrina del concepto* el movimiento del pensamiento puro culmina el retorno sobre sí mismo para pensarse en términos subjetivos (a través de categorías como concepto, juicio, silogismo, etc.). Mediando *La doctrina del ser* y *La doctrina del concepto* se encuentra *La doctrina de la esencia*, que ya expresa un momento de reflexión o interioridad con respecto al ser, un primer desdoblamiento de la objetividad (a través de categorías como esencia, apariencia, fundamento, causa, etc.). Sin embargo, se trata de una auto-relación todavía dentro de la objetividad, el pensamiento no alcanza la autoconciencia como concepto, y por lo tanto *La doctrina de la esencia* también se incluye en la *Lógica objetiva* (Hegel 1832, 21.45-6).

Esta división en tres se replica al interior de cada una de las divisiones, dando lugar a la peculiar arquitectónica de la *Lógica*. La obra se compone de tres libros que constituyen los momentos de una unidad dialéctica, a su vez cada uno de esos momentos constituye una unidad dialéctica de tres “submomentos” representados por las secciones, la categoría correspondiente a cada sección también comprende tres momentos representados por los capítulos, y este tipo de subdivisión puede replicarse a través de uno, dos o tres niveles más al interior de cada capítulo. Por cuestiones de extensión, no podemos presentar con todo su detalle esta arquitectónica, por lo que nos limitaremos a sus aspectos más generales.

El Libro primero, *La doctrina del ser*, comienza planteando el problema de la determinación del punto de partida. Como elemento del conocimiento puro, el punto de partida es mediado en el sentido de que presupone el resultado de la

Fenomenología del espíritu, la experiencia realizada por la conciencia desde el conocimiento inmediato propiamente dicho (la conciencia sensible) hasta el saber absoluto. Sin embargo, para permanecer en la inmanencia del conocimiento puro es preciso que éste haya «superado toda referencia a un otro y a la mediación; es sin distinciones y así indistinto que cesa de ser conocimiento; lo que tenemos ante nosotros es solo *simple immediatez*» (1832, 21.55). «La verdadera expresión de esta simple immediatez es entonces el *puro ser* [, que] no debería significar nada sino *ser* en general; *ser*, y nada más, sin mayor determinación y relleno» (1832, 21.55-6). Immediatez, ausencia de contenido, indeterminación, indistinción y abstracción son algunas de las expresiones con las que Hegel caracteriza el punto de partida.

En *La doctrina del ser* Hegel desarrolla la autodeterminación interna del ser a partir de su indeterminidad abstracta y a través de tres determinaciones sucesivas que constituyen sus principales secciones: la cualidad, la cantidad y la medida. En la sección sobre la **cualidad** el puro *ser* carente de determinación deviene *existencia [Dasein]*, pasa a ser algo determinado, una cualidad que distingue ese algo de un otro que no es esa cualidad, forma de determinación finalmente superada en el *ser para sí*, donde la determinación por la relación con un otro es finalmente entendida como momento en la relación del ser consigo mismo. En esta autorrelación el ser se constituye como un uno, contrapuesto a otros unos, abriendo paso a las categorías de cantidad. La **cantidad** se caracteriza por ser la superación de la cualidad, ya que en la medida en que el otro del uno también es uno (y no un cual distinto de otro cual), la cantidad se manifiesta como magnitud sin ninguna cualidad asociada, como una cantidad de ninguna cosa en particular. Sus tres momentos son la **cantidad** en sí misma (antes de ser determinada como un número específico, siendo unidad de lo continuo y lo discreto), el *cuanto* (la determinación de la cantidad como un número) y la *relación o razón cuantitativa* (razón directa, razón inversa, razón de potencias). Con la razón cuantitativa se produce un retorno a la cualidad, pues en ella cada cuanto tiene su determinidad en referencia a otro cuanto (p. ej., la razón directa 2/1 relaciona el 2 con el 1, el 4 con el 2, el 6 con el 3, etc.). Con esto Hegel pasa a la **medida** como unidad de la cualidad y la cantidad, categoría que comprende a las cualidades como cuantificables (p. ej., los estados físicos del agua asociados a determinados niveles de temperatura). Ahora bien, a partir de esta categoría se constata el paso de la cantidad a la cualidad, es decir, que simples variaciones continuas de una cantidad producen en un determinado momento una transformación radical en la cualidad, de donde surge la idea de un sustrato interno que regula esa relación entre cualidad y cantidad y que se manifiesta a través de ellas. Con esto entramos en la doctrina de la esencia.

Al comenzar *La doctrina de la esencia* Hegel define a la *esencia (Wesen)* como la verdad del ser: mientras el ser es lo inmediato, la esencia es lo que está detrás y es distinto del ser, la verdad que persigue el conocimiento y que sólo se

puede alcanzar por la mediación del ser. Mientras que en *La doctrina del ser* los distintos momentos se confrontan como mutuamente otros, en *La doctrina de la esencia* cada momento refleja al otro y es reflejado en el otro como contrapartes que siempre se remiten mutuamente: esencial e inesencial, identidad y diferencia, forma y contenido, fundamento y fundado, cosa y propiedades, cosa en sí y fenómeno, todo y partes, interno y externo, etc. El análisis parte de hecho de esta categoría de la **reflexión**, analizada primero *en cuanto tal* como ese puro movimiento de remisión abstracto y simple, que se va concretizando a través de las *esencialidades de la reflexión* (identidad, diferencia, diversidad, oposición, contradicción), hasta la forma más concreta de *fundamento*, que termina de expresar la primacía de la esencia por sobre lo inesencial (e incluye relaciones como forma-materia y forma-contenido). La forma más desarrollada del fundamento es la autofundamentación o fundamento completo, la cosa que contiene en sí sus condiciones y por tanto es incondicionada. De allí proviene la categoría de cosa con la que se inicia la sección sobre la **apariencia**. Su primer momento, la *existencia concreta [Existenz]*, se caracteriza por la relación entre la cosa y sus propiedades; su segundo momento, la *apariencia* propiamente dicha, por la oposición entre el mundo que es en sí y el mundo aparente; y su culminación es la *relación esencial*, en la que lo esencial deja de ser una de las dos contrapartes y pasa a ser la relación entre ellas (su forma más simple es la relación del todo con las partes, una forma más desarrollada es la relación de la fuerza y su externalización, y su forma completa es la relación de lo interno y lo externo). La relación termina desapareciendo como relación, colapsando la distinción entre esencia y apariencia en una nueva unidad, la **realidad efectiva [Wirklichkeit]**. Su primer momento es lo *absoluto*, la idea de que toda multiplicidad se disuelve en la unidad de un todo cuya identidad consigo mismo no se realiza estáticamente, sino dinámicamente en el desarrollo de sus determinaciones; el siguiente momento es la *realidad efectiva* propiamente dicha (que a su vez puede ser contingencia como posibilidad formal o ausencia de contradicción, necesidad relativa donde la posibilidad se realiza si se reúnen las condiciones, y necesidad absoluta si la realidad efectiva produce sus propias condiciones); y su forma más desarrollada es la *relación absoluta* (relación sustancia-accidente, causalidad, y acción recíproca). La acción recíproca ya no se trata de una sustancia saliendo de sí a través del flujo de accidentes, ni de la relación causa-efecto entre dos sustancias independientes, sino de la identificación de la actividad y la pasividad en la *sustancia absoluta*, la totalidad que incorpora la causa y el efecto como sus distintos momentos, y por tanto que se causa a sí misma. En la reciprocidad la relación interna de la totalidad deja de ser ciega y se vuelve explícita para ella; la necesidad absoluta es por tanto libertad, y la sustancia se convierte en sujeto. La unidad inmediata de esta totalidad es el *concepto*, la categoría que abre el siguiente libro de la *Lógica*.

Una vez que en *La doctrina del concepto* empezamos a desarrollar la categoría de concepto dejamos de lado el orden de lo meramente objetivo y las categorías empiezan a referirse explícitamente al orden de lo subjetivo, al pensamiento. En un comienzo el concepto es desarrollado como algo implícito, subjetivo en un sentido unilateral, como todavía carente de verdad o realidad: es el momento de la *subjetividad*. Su primer momento es el *concepto*, dentro del cual Hegel analiza la dialéctica entre lo universal, lo particular y lo singular; los conceptos son primero combinados en el *juicio*, que puede ser de existencia (positivo, negativo, infinito), de reflexión (singular, particular, universal), de necesidad (categórico, hipotético, disyuntivo), y del concepto (asertórico, problemático y apodíctico); y finalmente adquieren una mediación explícita en el *silogismo*, en el que universal (U), particular (P) e individuo (I) se sustentan mutuamente por la aparición del término medio (el silogismo puede ser de existencia, que tiene cuatro figuras: I-P-U, P-I-U, I-U-P y U-U-U; de reflexión, cuyas tres formas son el silogismo de totalidad, el de inducción y el de analogía; y de necesidad, que puede ser categórico, hipotético y disyuntivo). La culminación del desarrollo del silogismo es la propia superación de la mediación, de manera que el individuo, lo particular y lo universal son pensados en una unidad inmediata, como existencia autosubsistente del individuo penetrado por lo particular (su especie) y lo universal (su género): surge la *objetividad*, el concepto que supera su interioridad y se exterioriza como concepto real, pasando a la existencia. Allí Hegel considera las tres maneras cada vez más complejas con que se puede comprender un ámbito de objetos: el *mecanismo* (la interacción violenta y exterior entre objetos indeterminados), el *quimismo* (la interacción de objetos con inclinaciones particulares entre sí), y la *teleología* (la idea de un objeto organizado de acuerdo con un propósito o fin). La teleología se realiza por completo cuando se supera la separación del fin como algo subjetivo y el medio como un objeto mecánico o químico, cuando la totalidad de la realidad objetiva es un medio para su propio fin, de manera que la subjetividad se revela como un propósito inmanente de la objetividad; esta unidad de objetividad y subjetividad es la *idea*, culminación de la doctrina del concepto y por tanto del conjunto de la *Lógica* de Hegel. Su forma inmediata es la *vida (Leben)*, forma más simple de unidad de la subjetividad y la objetividad en el individuo viviente, que en la reproducción de los individuos vivientes da origen al género como verdadero sujeto del ciclo vital. Esto inaugura la unidad de sujeto y objeto en el universal, y por tanto el *conocimiento*, el impulso del yo pensante a afirmar su propia certeza de sí y su propia libertad intentando asegurar su dominio teórico (idea de lo verdadero, que se expresa como conocimiento analítico o sintético) y práctico (idea del bien) sobre el objeto. En la medida en que ese dominio nunca se ve realizado por completo, se revela como proceso, como unidad de la acción y el conocer bajo la forma de un proceso en que la idea se pone a sí misma como fin y se realiza a sí misma como objetividad: la *idea absoluta*.

Dado que la idea absoluta es la reconstrucción del conjunto del método de la *Lógica*, presentaremos este capítulo en detalle. Todos los momentos precedentes de la exposición se revelan ahora como momentos transitorios del despliegue del autoconocimiento del concepto, y por lo tanto su fundamento y verdad última es este mismo despliegue, la idea absoluta. De esta manera, la idea absoluta no está determinada a partir de un otro distinto de ella, de un contenido externo a la forma, sino que es la forma misma que adopta el movimiento del concepto, es el *método*. Dado que el concepto lo es todo, el método se presenta como *actividad absoluta universal*, como un movimiento libre de restricciones, de forma tal que no existe objeto capaz de resistir su penetración: «es tanto la manera del conocimiento, del concepto *subjetivamente* consciente de sí mismo, como la manera *objetiva*, o más bien la *sustancialidad de las cosas* –es decir, de los conceptos en cuanto aparecen primero como *otros* para la *representación* y la *reflexión*» (1816, 12.238).

El primer momento del método es el *punto de partida*. Hegel, retomando la discusión del comienzo de la *Lógica*, señala que «[p]orque es el comienzo, su contenido es un *inmediato*, pero uno que tiene el significado y la forma de la *universalidad abstracta*» (12.239). En cuanto inmediato, es un contenido que no se presenta como derivado de otro contenido, sino que es simplemente asumido, encontrado, afirmado. Pero, a diferencia de la inmediatez de la intuición sensorial, no es una multiplicidad y un individuo, sino, en cuanto elemento del pensamiento, un contenido simple y universal. El único contenido que tiene esta universalidad inmediata es el *ser*, cuya indeterminación la vuelve una categoría *deficiente*, impulsando el autodesarrollo del concepto.

La primera etapa del movimiento hacia adelante es la superación de la indiferencia del punto de partida, que para Hegel se realiza como *diferenciación*, *juicio* y *determinación*. Este movimiento no consiste en una reflexión externa, que compara el punto de partida con un contenido diferente que trae de afuera, sino que establece una distinción interna del concepto: es el propio punto de partida el que se determina, a partir del requerimiento de su propio contenido, como un *otro* de sí. «Este momento [...] del *juicio* a través del cual el universal inicial se determina a sí mismo desde dentro de sí mismo como los *otro de sí mismo* ha de llamarse el *momento dialéctico*» (12.242). Con este movimiento lo inmediato es puesto como lo mediado, ya que ha superado su autoreferencia y ahora se refiere a un otro; en el mismo sentido, el universal es puesto como un *particular*, pues la remisión a un otro muestra que ya no es todo sino sólo una parte. Esta segunda determinación (lo que se suele llamar la "antítesis", aunque Hegel no emplea este término) es el negativo de la primera, de lo inmediato, constituyendo el *primer negativo*, pues se constituye como la muerte de lo inmediato en su otro. Sin embargo, no debe entenderse como un negativo vacío, pues a ser el otro de lo inmediato, está determinado como lo mediado, por lo que contiene y preserva la determinación de lo inmediato. Por ello no puede ser tomada como una

determinación simple, sino que es más bien una relación, es lo negativo de un positivo, lo otro de un otro: «incluye *su* propio otro dentro de sí y consecuentemente la *contradicción*» (12.246).

Frente a la simplicidad y la indeterminación del primer momento el momento dialéctico representa lo determinado, la diferencia, la relación. En consecuencia, su momento dialéctico correspondiente, el *segundo negativo* (que podríamos llamar "negación de la negación", o, como Hegel, "negativo del negativo"), debe ser la *unidad* contenida en ella, la superación de la contradicción. Representa un *punto de repliegue*, ya que en ella se vuelve a la autoreferencia del punto de partida, se restaura la inmediatez, la universalidad, lo positivo, la identidad, y por lo tanto es el tercer y último momento del método. Ahora bien, este momento

«es lo inmediato *a través de la superación de la mediación*, lo simple a través de la *superación de la diferencia*, lo positivo a través de la superación de lo negativo; es el concepto que se ha realizado a través de su otredad, y a través de la superación de esta realidad se ha reunido consigo mismo y ha restaurado su realidad absoluta» (12.248).

En consecuencia, su autoreferencia ya no es simple y vacía como la del punto de partida, sino que se presenta ahora como un retorno a sí, como una identidad consigo mismo a través de la diferencia, como un movimiento automediador o una autoactividad. Su resultado es el *sujeto*, lo *concreto*, lo *individual*.

Esta constatación de la triplicidad de momentos del método (punto de partida, negación, negación de la negación, con sus respectivas determinaciones: universal, particular individuo; inmediatez, mediación, automediación; unidad, diferencia, unidad en la diferencia, etc.) es importante para Hegel, pero debe entenderse sólo como una descripción del aspecto superficial y externo del conocimiento. Pensar el método como un esquema que uno tiene de antemano y aplica desde fuera a cualquier contenido es incurrir en un formalismo, que «también se ha apropiado de la triplicidad atendiendo a su *esquema* vacío; el sinsentido superficial y la infertilidad de la denominada *construcción* de la filosofía moderna [...] no consiste más que en atar ese esquema formal en todas partes por el bien del orden exterior, sin ningún concepto o determinación inmanente» (12.247-8). La negación no es algo que uno impone desde fuera a un contenido, sino que surge de cada contenido a partir de su propia insuficiencia. Intentar establecerla desde afuera como una aplicación de un método prefabricado disuelve la conexión interna de los distintos momentos del concepto y no permite captarlos en su fluir de uno a otro.

Hegel caracteriza el movimiento dialéctico como a la vez *analítico* y *sintético*: es analítico al establecer las determinaciones presentes al interior del

concepto, pero es sintético pues cada determinación se establece a partir de la relación del momento correspondiente con su otro (12.242).

Dado que en el tercer momento del método el concepto retorna a la identidad consigo mismo, estamos otra vez ante la forma de la inmediatez, que vuelve a plantearse como punto de partida. Ahora se le plantea un nuevo asunto (el resultado de la derivación anterior, y no ya una inmediatez abstracta), pero el método sigue siendo el mismo que para el asunto inicial: punto de partida, negación, negación de la negación. La única diferencia es que para el nuevo punto de partida «su inmediatez es sólo *forma*, pues fue asimismo un resultado», siendo ahora un *contenido* deducido y probado (12.249). En el comienzo el punto de partida era totalmente indeterminado desde el punto de vista del contenido, era pura *forma* (lo inmediato y universal), pero ahora «el *contenido* del conocimiento entra por primera vez como tal en el círculo de consideración, porque en cuanto deducido ahora pertenece al método» (12.249). La forma se termina dando su contenido, que aparece como algo que se va expandiendo y concretizando en cada repliegue del movimiento. El movimiento comienza con determinaciones simples y se va volviendo cada vez más rico y concreto, llegando a un resultado que contiene el punto de partida pero enriquecido con nuevas determinaciones:

«El *universal* constituye el fundamento; el avance no debe ser tomado, entonces, como un *fluir* de un *otro* a un *otro*. En el método absoluto, el concepto se *mantiene* en su otredad, el universal en su particularización, en el juicio y la realidad; en cada etapa de ulterior determinación el universal eleva toda la masa de su contenido precedente, no sólo sin perder nada a través de su avance dialéctico, o sin dejarlo atrás, sino, por el contrario, llevando consigo todo lo que ha ganado, internamente enriquecido y comprimido» (12.250-1).

Con este autodesarrollo del contenido, el método se expande en un *sistema*, un *sistema de totalidad*. A medida que el concepto se hace más rico se vuelve más concreto y más subjetivo, y su punto más alto e intenso es la *pura personalidad*, lo supremamente libre que acoge todo dentro de sí.

Este avance en la determinación del contenido es a la vez un retorno al punto de partida, en el sentido en que la progresiva determinación del punto de partida indeterminado y deficiente es a la vez su *fundación retrogresiva*. Se trata de un método circular, debido a que el punto de partida, al ser incompleto e indeterminado, sólo puede ser aceptado de manera provisional e hipotética, y sólo aparece explícitamente como lo absoluto al final de la exposición. Pretender partir de una premisa que sea a la vez absoluta e inmediata es no comprender la naturaleza de lo absoluto, que sólo puede ser puesto a través de la mediación: el absoluto «será comprendido sólo a través de la *mediación* del conocimiento, del cual lo universal y lo inmediato son un momento, y en cuanto a la verdad misma, ella reside sólo en el transcurso extendido de la mediación y al final» (12.252).

El final de la *Lógica*, entonces, es el método absoluto, la idea absoluta, ese movimiento de autofundación en el que lo simple e inmediato termina de explicitarse como lo absoluto. Esto mismo es un retorno al punto de partida, ya que estamos de nuevo ante la autorreferencia del ser. Pero ya no se trata de una autorreferencia vacía, pues se realiza a través de todo ese proceso de explicitación. «El método es el concepto puro que sólo se relaciona consigo mismo; es, entonces, la *simple autorreferencia* que es el ser. Pero ahora es también el *concepto realizado*, el *concepto que se comprende a sí mismo conceptualmente*, el ser como lo *concreto* así como totalidad absolutamente *intensiva*» (12.252).

En esta culminación de la *Lógica* la idea todavía es lógica, pertenece al pensamiento puro: ha alcanzado una realización, pero todavía confinada al pensamiento puro, es el pensamiento puro que se ha comprendido como tal. «Porque la idea pura del conocimiento está en esta medida encerrada dentro de la subjetividad, es el *impulso* para superarla, y la verdad pura se convierte como resultado final también en el *comienzo de otra esfera y otra ciencia*» (12.253). El acto de más absoluta libertad de la idea es despedirse de sí misma, constituirse como un otro, la *totalidad o naturaleza*, unidad inmediata del concepto y su realidad, externidad del espacio y el tiempo que existen absolutamente para sí sin ningún rastro de subjetividad. Por ello la clausura de la *Lógica* no es la clausura del sistema hegeliano, sino el comienzo de una nueva ciencia, la filosofía de la naturaleza. Sin embargo, esta exteriorización es sólo una mediación a través de la cual el concepto retorna a sí, siendo este retorno la culminación de la autoliberación de la idea, que es el objeto de la filosofía del espíritu. La lógica, la filosofía de la naturaleza y la filosofía del espíritu constituyen entonces las tres divisiones del sistema hegeliano, siendo la tercera su clausura.

2. Las reflexiones metodológicas de Marx

Marx se formó filosóficamente a fines de la década de 1830, en un contexto de fuerte vigencia de la filosofía de Hegel en las universidades alemanas⁵, y dio sus primeros pasos en el activismo político y la crítica filosófica como parte del movimiento hegeliano de izquierda⁶, lo cual se expresa en una muy marcada

⁵ «[...] la filosofía de Hegel imperó en Prusia durante la mayor parte de la era de la Reforma, sobre todo de 1818 a 1840. Su ascenso comenzó en 1818 con la designación de Hegel en la Universidad de Berlín. Hegel y sus discípulos recibieron un fuerte respaldo oficial del Ministerio de Cultura prusiano, especialmente de dos poderosos ministros, Baron von Altenstein y Johannes Schulze» (Beiser 2005, p. 307).

El impacto del hegelianismo en la formación de Marx está bien documentado en sus principales biografías; ver por ejemplo McLellan (1973), capítulo 1; Cornu (1955/70) TI, capítulos 2 y 3.

⁶ El movimiento hegeliano de izquierda o de los jóvenes hegelianos floreció en Alemania entre mediados de la década de 1830 y mediados de la de 1840. Entre sus principales

impronta hegeliana en sus trabajos de juventud. Sin embargo, a la par de su progresivo abandono del liberalismo político de los jóvenes hegelianos y su acercamiento al movimiento obrero y a las ideas comunistas durante la década de 1840, Marx desarrolló junto a su compañero Friedrich Engels la *concepción materialista de la historia*, una perspectiva sobre la naturaleza y el desarrollo de las sociedades humanas que representó una ruptura con el pensamiento hegeliano⁷. Para la concepción materialista de la historia los rasgos definitorios, el origen y el destino de una formación social no se pueden comprender meramente a partir del sistema político (la forma del Estado, la disputa entre partidos políticos, etc.), y mucho menos a partir de las ideas predominantes en esa sociedad (las ideas filosóficas, religiosas, el arte y la cultura de una época). Si bien estos elementos no son superfluos, constituyen lo que Marx denominó la superestructura política e ideológica de la sociedad, cuyo funcionamiento debe comprenderse siempre en función de la estructura, el sistema de producción a través del cual la sociedad reproduce su vida material, que pone en juego determinadas fuerzas productivas (recursos humanos, naturales y tecnológicos) organizadas bajo determinadas relaciones de producción (relaciones de

exponentes estuvieron David Strauss, Bruno Bauer, Arnold Ruge, August von Cieszkowsky, Ludwig Feuerbach y Moses Hess. Surgió como una reacción a la derecha hegeliana, que consideraba a la filosofía de Hegel como un sostén de la religión y el Estado vigentes. Para los hegelianos de izquierda la filosofía de Hegel contenía un componente “esotérico” revolucionario, que se expresó primeramente como una crítica de la religión. En 1840 ascendió al trono de Prusia Federico Guillermo IV, que, lejos de aplicar el programa de reformas que esperaban los jóvenes hegelianos, profundizó la reacción contra las tendencias liberales que se desarrollaron en Prusia en el período precedente: «defendió el gobierno de los viejos estamentos aristocráticos, desaprobó los planes de una nueva constitución, insistió en proteger la religión estatal e incluso defendió el derecho divino de los reyes. [...] en 1842, el gobierno empezó a imponer la censura» (Beiser 2005, p. 312). Estos acontecimientos produjeron la radicalización política de la izquierda hegeliana, que culminó con la desintegración del movimiento, no sólo por las condiciones materiales de censura y exilios forzados, sino por la propia experiencia del fracaso histórico del proyecto político hegeliano. Los sectores más radicalizados (siendo Marx su principal exponente) se volvieron contra el carácter idealista del hegelianismo de izquierda y se convirtieron al comunismo, reemplazando la crítica atea y liberal de la religión y el estado absolutista por la lucha social contra las relaciones capitalistas de producción, que representaban el origen material de las formas ideológicas y políticas de las que los jóvenes hegelianos buscaron emanciparse.

La obra de referencia sobre este movimiento es McLellan (1980). El proceso de ruptura de Marx puede rastrearse en la Introducción a su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, en *Sobre la cuestión judía* (ambas obras escritas en 1843), culminando con *La ideología alemana*, manuscrito de 1845 (publicado póstumamente) en el que Marx y Engels conjuntamente «arreglaron cuentas con [su] antigua conciencia filosófica» (Marx 1859, p. 6).

⁷ La reconstrucción más completa y lograda de este desarrollo se encuentra en los cuatro tomos de Cornu (1955-70).

servidumbre feudales, relaciones capitalistas, etc.)⁸. Esta concepción materialista determinó que Marx realizara un viraje de la crítica filosófica al estudio de la economía política⁹, interrumpido por la sacudida revolucionaria europea de 1848-1850 y retomado con sistematicidad a partir de la década de 1850 hasta su muerte en 1883¹⁰.

Las referencias de Marx a la dialéctica de Hegel en general están enmarcadas en esta adscripción a la concepción materialista de la historia, resaltando la ruptura con el idealismo hegeliano. Un texto de Marx a veces soslayado a este respecto es *Miseria de la filosofía* (1847), donde critica el intento de Proudhon (en *La filosofía de la miseria*) de exponer las categorías de la economía política a la manera hegeliana. Más allá de criticar a Proudhon por no comprender la dialéctica hegeliana¹¹, Marx señala el carácter *idealista* de su empresa, que supone que las categorías económicas tienen un movimiento inmanente espontáneo en lugar de ser reflejo del movimiento real que se da en las relaciones de producción. Así como Hegel derivó del movimiento de la razón pura no sólo su ontología sino también su filosofía del derecho, Proudhon intentó hacer lo mismo con la economía política, tomando sus categorías como momentos ahistóricos del desenvolvimiento interno de la razón:

⁸ Los textos de referencia de Marx sobre la concepción materialista de la historia son *La ideología alemana* (1845, publicado póstumamente) y el prólogo a la *Contribución* (1859). Algunas discusiones recientes pueden encontrarse en Cohen (1978) y Petruccioli (2010).

⁹ Mientras algunos intérpretes resaltan la ruptura que representa este viraje, enfatizando el carácter científico de las obras maduras de Marx y su abandono del trabajo filosófico (el ejemplo paradigmático es Louis Althusser), otros destacan la presencia de importantes elementos filosóficos en el pensamiento económico de Marx, o incluso consideran su obra económica como una parte de un proyecto filosófico-crítico más general (posición más típica del humanismo marxista y la filosofía de la praxis). Sin necesidad de sentar una posición en este debate, es claro que hacia fines de la década de 1840 Marx orientó su trabajo teórico a la economía política. Este viraje, de todas maneras, no debe interpretarse en un sentido estrecho, restringido al análisis de las leyes de la economía capitalista, pues involucró también toda una serie de digresiones históricas y etnológicas sobre distintos modos de producción históricos y contemporáneos a lo largo del mundo.

¹⁰ A partir de entonces el trabajo teórico de Marx en el campo de la economía política sólo fue interrumpido o complicado por su trabajo periodístico, por sus recurrentes problemas de salud, y por su militancia en el seno del movimiento obrero, particularmente intensa durante el período de existencia de la Asociación Internacional de Trabajadores, conocida también como la Primera Internacional (1864-1876).

¹¹ Por ejemplo, en su “Tercera observación” Marx señala la incapacidad de Proudhon de exponer la sucesión de categorías económicas siguiendo un movimiento inmanente y sin presupuestos, al presuponer en cada paso categorías que todavía no han sido expuestas (pp. 68-9). En su “Cuarta observación” señala que Proudhon caracteriza los polos de la contradicción en cada categoría como el aspecto “bueno” y el aspecto “malo” de esa categoría, y que entiende la superación de la contradicción no como una síntesis dialéctica de ambos polos sino como una eliminación del lado malo (pp. 69-70).

«desde el momento en que no se persigue el movimiento histórico de las relaciones de producción, del que las categorías no son sino la expresión teórica, desde el momento en que no se quiere ver en estas categorías más que ideas y pensamientos espontáneos, independientes de las relaciones reales, se está forzado a asignar como origen de estos pensamientos el movimiento de la razón pura» (p. 64).

Esta crítica de Marx parece vedar el empleo de la dialéctica en la economía política como un método para la deducción puramente conceptual de las categorías económicas. Sin embargo, en su última observación sobre el método de Proudhon, Marx implícitamente hace un *empleo histórico y materialista de la dialéctica*. En primer lugar, recupera el rol de la *negatividad* en la dialéctica histórica: «en definitiva, el lado malo prevalece siempre sobre el lado bueno. Es cabalmente el lado malo el que, dando origen a la lucha, produce el movimiento que crea la historia» (pp. 78)¹². También destaca el carácter *antagónico* de los modos de producción feudal y capitalista¹³, que da cuenta de su carácter histórico y percedero.

En síntesis, la posición de Marx en *Miseria de la filosofía* parece ser que la dialéctica no sirve para una “deducción pura” de las categorías de la economía política: el desenvolvimiento dialéctico, entendido como un movimiento espontáneo que se manifiesta a través del antagonismo y la superación del antagonismo, no pertenece propiamente al ámbito de las categorías económicas, como si el plano conceptual fuera autosuficiente e inmanente, sino al *desarrollo histórico* de los modos de producción, del cual las categorías económicas sólo son un reflejo.

Mientras redactaba sus manuscritos de 1857-1858 (*Grundrisse*), Marx hizo una relectura de la *Lógica* de Hegel que juzgó de importancia para su método. En

¹² También dice: «Pero a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse con trazos cada vez más claros la lucha del proletariado, aquéllos no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en sus cabezas: les basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en portavoces de esa realidad. Mientras se limitan a buscar la ciencia y a construir sistemas, mientras se encuentran en los umbrales de la lucha, no ven en la miseria más que la miseria, sin advertir su aspecto revolucionario, subversivo, que terminará por derrocar a la vieja sociedad» (p. 81).

¹³ «[...] cada día es más evidente que las relaciones de producción en que la burguesía se desenvuelve no tienen un carácter único y simple sino un doble carácter; que dentro de las mismas relaciones en que se produce la riqueza, se produce igualmente la miseria; que dentro de las mismas relaciones en que se opera el desarrollo de las fuerzas productivas, existe asimismo una fuerza que produce represión; que estas relaciones sólo crean la *riqueza burguesa*, es decir, la riqueza de la clase burguesa, destruyendo continuamente la riqueza de los miembros integrantes de esta clase y formando un proletariado que crece sin cesar» (p. 81).

Esta misma idea se expresará con vigor en el *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado un año más tarde.

una carta del 14 de enero de 1858 le expresó a Engels: «En el *método* de elaboración del tema, hay algo que me ha prestado un gran servicio; *by mere accident*, había vuelto a hojear la *Lógica* de Hegel» (Marx 1859, p. 315). En el contexto de este “retorno a Hegel” Marx produjo su reflexión metodológica más explícita y desarrollada, aunque no llegó a ser un tratamiento acabado y no hace referencia explícita a la dialéctica. Se trata del apartado titulado "El método de la economía política", dentro de la *Introducción* de esos manuscritos.

Allí Marx considera que la exposición sistemática del modo de producción capitalista debe partir de las categorías más simples y abstractas para reconstruir a partir de ellas la totalidad del proceso social en términos más complejos y concretos:

«Los economistas del siglo XVII, p. ej., comienzan siempre por el todo viviente, la población, la nación, el estado, varios estados, etc.; pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que esos momentos fueron más o menos fijados y abstraídos, comenzaron [[a surgir]] los sistemas económicos que se elevaron desde lo simple - trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio- hasta el estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico correcto» (Marx 1857/8, 21, p. 21).

También señala que este orden expositivo no tiene que coincidir con el desarrollo histórico real en el que se van manifestando dichas categorías: «No se trata de la posición que las relaciones de producción asumen históricamente en la sucesión de las distintas formas de sociedades. [...] Se trata de su articulación en el interior de la moderna sociedad burguesa» (28, p. 29).

Lo distintivo de este texto de Marx es que enfatiza el elemento *sincrónico* de la exposición dialéctica: ya no se trata meramente de concebir la sociedad capitalista como una fase antagónica y transitoria de la historia humana, sino de comprender la articulación interna de la sociedad capitalista, que debe ser expuesta siguiendo ciertos preceptos lógicos: en particular, la jerarquía establecida por el grado de *abstracción* de las categorías económicas. Este texto metodológico, y los *Grundrisse* en general, serán la principal inspiración para las lecturas hegelianizantes de la obra económica de Marx, ya que este énfasis en el orden sincrónico de exposición, además del notable tono hegeliano de las categorías y los estilos de argumentación empleados en estos manuscritos, remitirán inequívocamente a la *Lógica* de Hegel, en la cual Marx de manera explícita dijo inspirarse.

Lo cierto es que en las sucesivas reelaboraciones de los manuscritos económicos, hasta llegar a la primera edición del Tomo I de *El capital* (de 1867),

e incluso en las sucesivas reediciones del Tomo I, el texto de Marx fue perdiendo la impronta hegeliana de los *Grundrisse*¹⁴. Sin embargo, se pueden encontrar rastros de ella en los primeros capítulos de *El capital*, como el propio Marx reconoce en el epílogo a la segunda edición¹⁵.

Este epílogo es una de las más importantes referencias a la dialéctica que Marx publicó en vida. Allí Marx transcribe un largo pasaje de una reseña rusa de la primera edición con el siguiente comentario: «Al caracterizar lo que él llama mi verdadero método de una manera tan certera, y tan benévola en lo que atañe a mi empleo personal del mismo, ¿qué hace el articulista sino describir el método dialéctico?» (1867, p. 19). El texto citado hace referencia al objetivo de Marx de «encontrar la ley de los fenómenos en cuya investigación se ocupa», no sólo «la ley que los rige cuando han adquirido una forma acabada», sino también, «sobre todo, la ley que gobierna su transformación, su desarrollo, vale decir, la transición de una a otra forma» (pp. 17-8). La reseña rusa también señala que las leyes que para Marx rigen el movimiento de la sociedad «no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, sino que, por el contrario, determinan su querer, conciencia e intenciones» (p. 18). Por último, destaca que para Marx las leyes de la economía son similares a la de la biología, en el sentido de que no rigen de manera ahistórica o abstracta, válidas para todos los «organismos sociales»: «cada período histórico tiene sus propias leyes», «el mismo fenómeno está sometido a leyes por entero diferentes debido a la distinta estructura general de aquellos organismos» (pp. 18-9).

Marx reivindica esta caracterización de su método, que designa como «método dialéctico». También responde a la inquietud del autor de la reseña en torno al método «dialéctico-alemán» de exposición, que hace parecer a Marx «el más idealista de los filósofos», pese a que «es infinitamente más realista que todos sus predecesores en el campo de la crítica económica» (p. 17). Marx dice que hay una diferencia formal entre el modo de *investigación*, que «debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno», y el modo de *exposición*, que si «llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística» (p. 19). Estos dos momentos del método se corresponden a lo que en "El método de la economía política" se caracterizaba como movimiento de lo concreto a lo abstracto (investigación), paradigmático de

¹⁴ Este hecho ha suscitado múltiples interpretaciones. En un extremo están los que sostienen que Marx abandonó la dialéctica como método para la economía política, o cuanto menos empezó a verse obstaculizado por ella (Bidet 2007, pp. 183-193). En el otro extremo están quienes consideran que se trata sólo de un cambio estilístico para hacer más accesible su obra a un público poco familiarizado con la filosofía de Hegel (Smith 1993, pp. 46-47).

¹⁵ «[...] llegué incluso a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es peculiar [a Hegel]» (Marx 1867, p. 20).

la economía política clásica, y movimiento de lo abstracto a lo concreto (exposición), y que a su vez podemos asimilar a los procesos de *análisis* y de *síntesis* definidos por la metodología tradicional de las matemáticas y las ciencias naturales¹⁶.

Finalmente, Marx enfatiza la especificidad de su empleo *materialista* de la dialéctica, que es la «antítesis directa» de la dialéctica idealista de Hegel. Los términos son muy similares a los de *Miseria de la filosofía*: Hegel toma al pensamiento como un sujeto autónomo que produce la realidad material, mientras que para Marx es sólo «lo material traspuesto y traducido en la mente humana». Sin embargo, Marx reconoce que Hegel es quien expuso de manera más consciente «las formas más generales del movimiento» de la dialéctica. En todo caso, a la dialéctica hegeliana hay que «darla vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la forma mística» (pp. 19-20)¹⁷. Marx cierra el epílogo volviendo al tema de la dialéctica *histórica*: bajo la forma mistificada de la dialéctica hegeliana ésta «parecía glorificar lo existente», mientras que en su forma racional la dialéctica es «crítica y revolucionaria», al demostrar que todo orden de cosas está en movimiento, engendra su negación y por lo tanto es transitorio (p. 20).

En síntesis, si bien no encontramos en Marx una exposición sistemática de la manera en que recupera la dialéctica hegeliana y la emplea como método de su propia obra económica, las referencias que deja en su obra permiten establecer un conjunto de coordenadas generales para elaborar una caracterización. Podemos distinguir dos dimensiones de la dialéctica (cuya relación no es tan directa ni simple de establecer, aunque se las englobe bajo un mismo término): la dialéctica como cosmovisión y la dialéctica como método. *La dialéctica como cosmovisión*

¹⁶ En términos generales, el análisis consistiría en la descomposición de los problemas en sus elementos más simples, implicaría la regresión de los teoremas a los axiomas o verdades admitidas, y coincidiría con la fase de investigación o descubrimiento. La síntesis consistiría el camino inverso, donde el problema concreto sería resuelto a partir de una composición ordenada de sus elementos más simples, implicaría la demostración de los teoremas a partir de los axiomas, y coincidiría con la fase demostrativa o expositiva. Para una referencia general sobre este tema ver Beaney (2015).

¹⁷ Esta metáfora de la mistificación y la inversión de la dialéctica es recurrente. En la carta a Engels del 14 de enero de 1858 Marx se refiere al «fondo racional del método que H[egel] ha descubierto y al mismo tiempo mistificado» (Marx 1859, p. 315; agregado entre corchetes de los editores). Podemos mencionar también la carta a Lassalle del 31 de mayo del mismo año, donde dice que la dialéctica hegeliana «es, con seguridad, la palabra definitiva en filosofía y por tanto con más razón es necesario despojarla del aura mística que le ha dado Hegel» (Marx & Engels 1856/9, p. 316). Finalmente, en la carta a Kugelmann del 6 de marzo de 1868 dice: «[...] mi método de exposición *no* es hegeliano, dado que soy materialista, y Hegel es idealista. La dialéctica de Hegel es la forma básica de toda dialéctica, pero sólo *después* de ser despojada de su forma mística, y es precisamente esto lo que distingue a *mi* método» (Marx & Engels 1864/8, p. 544). El sentido preciso de la metáfora es más discutido, especialmente por Louis Althusser, que como veremos más adelante cuestiona que se trate de una simple “inversión”.

se refiere a la manera de entender el movimiento de la realidad histórica: en el caso de Marx se trata de una concepción de las formaciones sociales como organismos en desarrollo, cuyas partes sólo pueden entenderse como momentos del todo, organismos que no son siempre idénticos a sí mismos, sino que se van transformando a medida que desarrollan contradicciones a su interior y superan esas contradicciones, organismos que en última instancia son transitorios y están destinados a perecer. A diferencia de la dialéctica hegeliana, el sujeto de este movimiento es la realidad material, la sociedad en el proceso de reproducción de su vida material. El pensamiento forma parte de ese proceso como reflejo ideal de lo que ocurre en la "base", sin constituirse como un sujeto autónomo y autosuficiente: es más determinante para el movimiento en su conjunto la base económica sobre la que se monta toda la superestructura político-jurídica e ideológica de la sociedad.

La *dialéctica como método* se refiere a la idea de que la dialéctica no sólo constituye una visión de la realidad, sino un conjunto de pautas para la adquisición y la presentación del conocimiento. La concepción organicista u holística de la realidad, o de la sociedad capitalista en particular, se expresa en términos ontológicos en la idea de que ésta constituye una totalidad concreta y compleja que condensa una multiplicidad de determinaciones simples. Estas determinaciones y sus relaciones pueden ser abstraídas de la realidad concreta y conceptualizadas como categorías abstractas: en esto consiste el *método de investigación*. El *método de exposición* realiza el camino inverso: reconstruye la totalidad partiendo de lo abstracto y llegando a lo concreto, a través de un orden de exposición riguroso que va introduciendo una a una las relaciones entre las categorías desde las más abstractas y fundamentales hasta las más concretas que surgen de la propia operación de aquellas, y que termina por expresar en el pensamiento la articulación de las determinaciones de una formación social concreta.

Esta caracterización de la dialéctica en Marx se limita a sistematizar los aspectos más salientes de sus afirmaciones explícitas sobre este tema. En el transcurso de este trabajo iremos incorporando matices, al considerar los elementos que surgen del análisis de los textos económicos de Marx y su comparación con la obra de Hegel.

3. El debate sobre la dialéctica en la tradición marxista

Tras la muerte de Marx en 1883, Friedrich Engels jugó un rol muy importante en la sistematización y la propagación de las ideas que ambos habían elaborado. Sus escritos posteriores a la muerte de Marx son los que ejercieron la mayor influencia en el debate sobre la dialéctica. Sin embargo, no podemos pasar por alto la reseña de la *Contribución* que publicó en 1859. En este escrito, luego de analizar la

concepción materialista de la historia, Engels realiza una reivindicación de la dialéctica hegeliana por «el formidable sentido histórico que lo animaba», por su manera de enlazar el desarrollo de las ideas con el desarrollo de la historia, aunque presentara ese vínculo de manera invertida (Engels 1859, p. 339). Al mismo tiempo, elogia a Marx por «restaurar el método dialéctico despojado de su ropaje idealista» (p. 340). Sin embargo, el aporte cualitativo de esta reseña es su distinción entre dos modos de emplear el método: el modo *histórico* (que sigue cronológicamente el desarrollo de la sociedad capitalista y su reflejo en la literatura económica) y el modo *lógico* (la presentación de las categorías económicas partiendo de las más abstractas hacia las más concretas); modos que termina casi *identificando* al sostener que el método lógico es «el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras» (los «saltos», «zigzags» y vías muertas propias de la historia empírica), pues en la historia «las cosas se desarrollan también, a grandes rasgos, desde lo más simple hasta lo más complejo» (p. 340). Esta concepción es desarrollada concretamente por Engels en su análisis del problema de la transformación de los valores en precios de producción, en el apéndice que añadió al Tomo III de *El capital* (Marx 1894, pp. 1126-47). Discutiremos esta idea en detalle en el cuarto capítulo de este trabajo, ya que es enfáticamente atacada por la Nueva Dialéctica.

Sin embargo, los textos más influyentes de Engels fueron el *Anti-Dühring* (1877/8), del cual un extracto fue publicado como panfleto titulado *El socialismo utópico y el socialismo científico* (1880), y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1888). En conexión con éstos debemos mencionar también *Dialéctica de la naturaleza*, un conjunto de manuscritos redactados entre 1872 y 1882 y publicados póstumamente en 1925. Engels definió la dialéctica como «la ciencia de las leyes generales del movimiento y la evolución de la naturaleza, la sociedad humana y el pensamiento» (1878, p. 131). En sus trabajos la dialéctica aparece mucho más claramente como una *cosmovisión*, como una ley universal de todas las cosas¹⁸. Esto se debe sobre todo a su entusiasmo por la vigencia de la dialéctica para comprender los avances más recientes en las ciencias naturales. En la *Dialéctica de la naturaleza* codificará incluso sus tres

¹⁸ Es objeto de disputa si para Marx la dialéctica se aplica sólo a los fenómenos sociales o también a los fenómenos naturales. Engels le sugirió la idea de la “dialéctica de la naturaleza” a Marx en varias ocasiones, comentando sus lecturas científicas. Por ejemplo, el 14 de julio de 1858 Engels le escribió a Marx: «Todo consiste de células. **La célula es el "ser en sí" hegeliano**, y su desarrollo sigue el proceso hegeliano paso a paso hasta el surgimiento final de la "idea" –es decir, cada organismo completo» (Marx & Engels 1856/9, p. 326).

Marx no desarrolló ideas similares. El frecuente empleo de metáforas biológicas y de referencias al darwinismo en *El capital* sugiere que al menos para la biología sí podría admitir un enfoque dialéctico. De cualquier manera, tampoco encontramos una oposición de Marx a estas ideas de Engels en sus réplicas.

principales leyes: transformación de la cantidad en cualidad, interpenetración de los opuestos y negación de la negación. Su tratamiento de este tema es a través de ejemplos de áreas muy diversas de la realidad donde se aplican estas leyes: la mecánica, la matemática, la química orgánica, la economía, la historia, la táctica militar, la biología, etc.

En lo que respecta a su dimensión metodológica, Engels fue cuidadoso al sostener reiteradamente que estas leyes no constituyen por sí mismas un procedimiento para demostrar o producir conocimientos. El estudio de cada caso particular de desenvolvimiento de un proceso no puede ser agotado por una aplicación de una ley, como si cada caso pudiera ser anticipado a partir de una deducción lógica (lo que significaría recaer en el método hegeliano que Marx ha invertido). La ley de la dialéctica es una abstracción de los distintos procesos particulares, y en todo caso la investigación científica vuelve a verificarla en distintos casos concretos¹⁹. Esto no quiere decir que en el proceso de investigación científica las leyes de la dialéctica tengan sólo una validez *post facto*, pues pueden ser de utilidad heurística. Como señaló Haug, «para el Engels del *Anti-Dühring*, la dialéctica provee, entonces 1) interpretación retrospectiva de los resultados científicos; 2) la función de una guía heurística, comparable a un *Findekunst* [arte de descubrimiento], la forma en que Aristóteles había comprendido la dialéctica de Platón; 3) el inicio de una *Weltanschauung*» (Haug 2005, pp. 247-8).

El rol de Engels como propagandista del marxismo y su permanente intercambio con los dirigentes socialdemócratas ejercieron una enorme influencia sobre el perfil teórico del marxismo de la Segunda Internacional. El foco de Engels en las ciencias naturales dio origen a un cuestionamiento de su interpretación de la dialéctica, según el cual Engels habría abonado a una concepción *positivista* del marxismo que fue aún más vulgarizada por los teóricos de la Segunda Internacional, que sustituyeron la dialéctica por una versión *mecanicista* y *determinista* del proceso histórico. A estas críticas subyace una reivindicación de la dialéctica tal y como es entendida y utilizada por Marx,

¹⁹ «Los esquemas lógicos no pueden referirse sino a *formas de pensamiento*; pero aquí no se trata sino de formas del *ser*, del mundo externo, y el pensamiento no puede jamás obtener e inferir esas formas de sí mismo, sino sólo del mundo externo. Con lo que se invierte enteramente la situación: los principios no son el punto de partida de la investigación, sino su resultado final, y no se aplican a la naturaleza y a la historia humana, sino que se abstraen de ellas» (Engels 1878, pp. 21-22).

Por ejemplo, Engels responde de esta manera la objeción de Dühring a Marx de que éste deduce de la mera dialéctica hegeliana la necesidad del comunismo: «Así, pues, al caracterizar el proceso como negación de la negación, Marx no piensa en absoluto en que con eso pueda probarse que el proceso es históricamente necesario. Antes al contrario: luego de haber probado históricamente que el proceso se ha realizado efectivamente en parte y que en parte tiene que producirse, lo caracteriza por añadido como proceso que se realiza según una determinada ley dialéctica» (1878, p. 124).

contra una supuesta deformación o mala interpretación por parte de Engels²⁰. Este tipo de críticas constituye una suerte de *nueva ortodoxia* sobre el pensamiento de Engels y la Segunda Internacional, que se origina en la particular manera en que los filósofos del ala ultraizquierdista de la Tercera Internacional (particularmente el joven Lukács y Karl Korsch) impugnaron la ideología de la Segunda²¹. Para esta concepción, la Segunda Internacional estuvo dominada por un pensamiento determinista, fatalista, positivista y/o evolucionista, pero en cualquier caso opuesto a la concepción dialéctica de la historia. En palabras de Lucio Colletti (refiriéndose al Partido Socialdemócrata de Alemania), «su fe “fatalista” y “providencial” en el progreso automático de la *evolución económica* le dio la certeza de que su eventual ascenso al poder se produciría “de una forma espontánea, constante e irresistible, muy tranquilamente, como un proceso natural”» (citado en Rees 1998, p. 131; Rees también adhiere a esta visión de Colletti). Esta confianza en el desarrollo del proceso económico, en desmedro del factor subjetivo (la acción revolucionaria del proletariado), habría determinado la orientación socialdemócrata a la lucha por reformas parciales del capitalismo posponiendo para un futuro indefinido la realización del socialismo.

Hay que tener en cuenta que los dirigentes intelectuales alemanes de la Segunda Internacional se formaron en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la filosofía de Hegel estaba completamente fuera de escena; en 1873 ya Marx decía que a Hegel se lo trataba como a un “perro muerto” (1867, p. 20). El entorno intelectual progresista y radical alemán estaba dominado no sólo por el materialismo “vulgar”, sino también por el surgimiento del darwinismo, el positivismo y el neokantismo. Es probable que los teóricos marxistas de la época no hayan tenido ningún acercamiento directo a la obra de Hegel. Los teóricos

²⁰ Las primeras objeciones reconocidas a la idea de la dialéctica de la naturaleza son tal vez las de Lukács (1923), que discutiremos más adelante (aunque unos años antes Mondolfo también estaba desarrollando argumentos similares). Sartre las retomará a mediados del siglo XX, y en general las lecturas hegelianizantes de Marx se harán eco de ellas. Ver por ejemplo Mondolfo 1973; Lichtheim 1964; Arthur 2004, p. 3; para una reseña de esta discusión, favorable a Engels, ver Gouldner 1982, capítulo 9.

²¹ Jules Townshend llama “neohegeliana” a esta visión del pensamiento de la Segunda Internacional, que tiene origen en los filósofos de la Tercera Internacional vinculados al comunismo de consejos (Korsch y Lukács) y en Gramsci. Estos filósofos, por ejemplo, atribuyen *in toto* a la filosofía implícita de Kautsky su deriva reformista y su oposición a la Revolución Rusa y la Revolución Alemana:

«Los neohegelianos, inspirados por el activismo heroico de los revolucionarios rusos en octubre de 1917, y conscientes de la importancia de la contribución idealista de Hegel a la teoría marxista [...] argumentaron que [Kautsky] empleó un paradigma positivista que descansaba en la biología evolucionista de Darwin. [...] Kautsky veía al socialismo como el producto ineludible de las fuerzas económicas en evolución, implicando que el proletariado no tenía que trabajar de una forma determinada para desplazar a la burguesía [...], podía permitirse esperar, feliz sabiendo que la victoria sería en última instancia de ellos, cuando las fuerzas productivas hayan madurado completamente» (Townshend 1989, p. 660).

alemanes no produjeron ningún escrito significativo sobre la dialéctica, siendo sus posiciones reconstruidas a partir del resto de su obra teórica y de la estrategia política defendida por ellos; por ello es complicado emprender una reconstrucción aquí. Distinto es el caso de Plejánov, uno de los fundadores del marxismo ruso, que fue probablemente el filósofo más calificado de la Internacional y su recepción de la dialéctica implicó un abordaje directo de Hegel que se expresó en numerosos escritos²². Habitualmente presentado como un determinista recalitrante, considero que un estudio más atento de su obra ofrece muchos más matices.

Sin poder entrar en un análisis detallado aquí, en general opino que las críticas que se realizan a Engels y los teóricos de la Segunda Internacional en gran medida se basan en caricaturas de sus posiciones, en falsas oposiciones con respecto al pensamiento de Marx, en una falsa indistinción entre las distintas tendencias de la Segunda Internacional²³, y en ciertos prejuicios de los intelectuales ultraizquierdistas como la exaltación del rol de la teoría (y en particular de la filosofía) para la praxis revolucionaria²⁴. Si tuviéramos que sintetizar la impronta de la recepción de la dialéctica en la Segunda Internacional deberíamos apuntar sobre todo al predominio de la concepción de la dialéctica como cosmovisión, como concepción general del proceso histórico. A su vez, por la escasa familiaridad con Hegel esta visión del proceso histórico se entremezcló con las corrientes intelectuales entonces en boga, como el positivismo, el neokantismo y el evolucionismo. La dimensión más metodológica de la dialéctica no fue desarrollada más que en términos generales y abstractos: el manuscrito metodológico de Marx era probablemente desconocido en aquel entonces (excepto ciertamente por Kautsky, que lo publicó), y los teóricos de la Segunda Internacional no desarrollaron aportes serios al debate sobre el método de la economía política.

La Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa produjeron una escisión en el movimiento socialista entre sus elementos revolucionarios y reformistas, conformándose la Tercera Internacional o Internacional Comunista como reagrupamiento internacional de los partidos marxistas revolucionarios. Esta

²² Ver especialmente Plejánov (1891). Sus obras más conocidas, que también hemos consultado, son Plejánov (1895) y (1898).

²³ Los ultraizquierdistas usualmente atribuyen a la Segunda Internacional la posición de su ala derecha. En realidad fue Bernstein (1993, capítulo 2) quien explícitamente rechazó la dialéctica hegeliana, considerando paradójicamente que era justamente la dialéctica la fuente de la concepción determinista y apriorística de la historia. Un planteo similar realizó Conrad Schmidt en el Congreso de Hanover de 1899: «En nuestra agitación reemplacemos “dialéctica” por el concepto mucho más preciso y rico de “evolución”, que es más inteligible para los trabajadores. Bebel ha invocado el espíritu del gran Darwin. Estamos más cerca de él que de Hegel» (citado en McLellan 1998, p. 37).

²⁴ Para una opinión similar, centrada en la obra de Kautsky, ver Townshend (1989).

escisión tuvo su expresión en el ámbito intelectual, y en el seno de la Tercera Internacional se abrió una nueva fase en el debate sobre el método marxista y la dialéctica. En este sentido, se suele citar como un hito la lectura de Lenin de la *Lógica* de Hegel entre 1914 y 1916, de la cual hizo una serie de anotaciones y comentarios publicados póstumamente en sus *Cuadernos filosóficos*. Algunos intérpretes, siguiendo una tradición iniciada por Raya Dunayevskaya, exageran el rol que cumplió esta relectura de Hegel, al punto de considerarla un punto de inflexión en el pensamiento de Lenin, crucial incluso para el desarrollo de la Revolución Rusa²⁵. Esta idea se integra perfectamente con la caricatura del pensamiento de la Segunda Internacional (extensiva al joven Lenin) y con la exaltación de la filosofía por parte de la “nueva ortodoxia”. Por otra parte, el carácter fragmentario de las notas en los *Cuadernos* dificulta además la elaboración de una reconstrucción acabada de la concepción de Lenin de la dialéctica. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer que esta relectura de Hegel causó un profundo impacto en Lenin, sorprendiéndose, pese a todos los elementos de “misticismo” que impregnan la *Lógica*, de la profundidad de muchos de sus pasajes, de algunas anticipaciones del materialismo histórico y de su importancia para comprender algunas transiciones conceptuales en *El capital* de Marx²⁶. Entre otras cosas, Lenin pudo complejizar la “teoría del reflejo” que había formulado en 1908 en *Materialismo y empiriocriticismo*, entendiendo que el reflejo de la naturaleza por el pensamiento en el proceso de conocimiento es un proceso dialéctico, plagado de mediaciones, y eternamente aproximativo²⁷. También redescubrió en Hegel el método de Marx de transición de lo abstracto a lo concreto, y el carácter necesario y objetivo de las abstracciones como momentos del conocimiento de la totalidad concreta²⁸. Por último, Lenin

²⁵ Por ejemplo, Michael Löwy sostiene que «la lectura crítica, la lectura materialista de Hegel había liberado a Lenin de la camisa de fuerza del marxismo pseudo-ortodoxo de la Segunda Internacional, de la limitación teórica que éste imponía a su pensamiento. El estudio de la lógica hegeliana fue el instrumento por medio del cual Lenin allanó el camino teórico a la Estación Finlandia de Petrogrado» (2008, p. 158).

²⁶ De estas anotaciones proviene el célebre aforismo de Lenin: «Es completamente imposible entender *El capital* de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido a fondo *toda* la *Lógica* de Hegel. ¡¡Por consiguiente, hace medio siglo ninguno de los marxistas entendía a Marx!!» (1914/6, p. 172).

²⁷ «El hombre no puede captar = reflejar = reflejar la naturaleza *como un todo*, en su integridad, su “totalidad inmediata”; sólo puede acercarse *eternamente* a ello, creando abstracciones, conceptos, leyes, una imagen científica del mundo, etc., etc.» (Lenin 1914/6, p. 174). Y más adelante: «El conocimiento es la aproximación eterna, infinita, del pensamiento al objeto. El *reflejo* de la naturaleza en el pensamiento del hombre debe ser entendido, no “en forma inerte”, no “en forma abstracta”, **NO CARENTE DE MOVIMIENTO, NO SIN CONTRADICCIONES**, sino en el eterno **PROCESO** del movimiento, en el surgimiento de las contradicciones y su solución» (p. 185).

²⁸ «El pensamiento que avanza de lo concreto a lo abstracto [...] no se aleja DE la verdad, sino que se acerca a ella. La abstracción de la *materia*, de una *ley* de la naturaleza, la

interpreta la transición de Hegel de la “objetividad” a la “idea” en términos de la segunda tesis sobre Feuerbach²⁹, donde la práctica resulta ser el criterio de verdad del pensamiento, el momento en el que se unen lo subjetivo y lo objetivo en la medida en que el objeto deja de ser algo ajeno por su transformación por la idea³⁰.

Dado que estas ideas de Lenin sobre la dialéctica se publicaron de manera póstuma y no tenían una forma sistemática, su principal impacto se limitó al aporte tardío que representaron para la comprensión de la propia visión de Lenin sobre el asunto. Un aporte más influyente fue el del filósofo húngaro Georg Lukács, vinculado en su juventud a las corrientes consejistas que representaban el ala izquierda de la Internacional Comunista. El propio Lukács caracterizará retrospectivamente su libro más representativo, *Historia y conciencia de clase*, como «el intento acaso más radical de reactualizar lo revolucionario de Marx mediante una renovación y continuación de la dialéctica hegeliana y su método» (1923, p. 58), convirtiéndose en el fundador y el caso paradigmático de las lecturas “neohegelianas” de Marx.

Un elemento característico de la concepción de la dialéctica de Lukács es la manera en que resuelve las dicotomías entre *teoría* y *práctica* y entre *sujeto* y *objeto*. El método dialéctico no se limita a considerar de manera *contemplativa* la realidad, como si fuera una mera herramienta teórica del sujeto que toma la realidad como un objeto externo y la concibe como una realidad contradictoria y en movimiento. La dialéctica es ella misma un *momento esencial de la transformación revolucionaria* de la realidad, ya que permite a las masas adquirir conciencia del proceso histórico y de su rol dentro de éste, habilitando su capacidad de intervenir de manera consciente en el curso de la historia y haciendo coincidir el conocimiento del objeto con su transformación³¹. Como corolario,

abstracción del *valor*, etc.; en una palabra, *todas* las abstracciones científicas (correctas, serias, no absurdas) reflejan la naturaleza en forma más profunda, veraz y COMPLETA» (1914/6, p. 163).

²⁹ «El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento aislado de la práctica, es un problema puramente *escolástico*» (Marx 1845, p. 71).

³⁰ «Hegel llega a la “idea” como la coincidencia del concepto y del objeto, como LA VERDAD, A TRAVÉS de la actividad práctica del hombre, dirigida a un fin. Un enfoque muy aproximado a la opinión de que con su *práctica* el hombre demuestra la corrección objetiva de sus ideas, conceptos, conocimiento, ciencia» (Lenin 1914/6, p. 181).

³¹ «Sólo si el paso a conciencia significa el *paso decisivo* que el proceso histórico tiene que dar hacia su propio objetivo, compuesto de voluntades humanas, pero no dependiente de humano arbitrio, no invención del espíritu humano; sólo si la función histórica de la teoría consiste en posibilitar prácticamente ese paso; sólo si está dada una situación histórica en la cual el correcto conocimiento de la sociedad resulta ser para una clase condición inmediata de su autoafirmación en la lucha; sólo si para esa clase su autoconocimiento es al mismo tiempo un conocimiento recto de la entera sociedad; y sólo

Lukács también cuestiona el intento de Engels de aplicar la dialéctica a la naturaleza, afirmando que su objeto se limita a la *realidad histórico-social*, pues el conocimiento de la realidad natural no comporta la transformación de esa realidad ni una identificación del sujeto con su objeto.

Lukács se alejó progresivamente de estas concepciones, a la par de que en términos políticos fue virando hacia la posición oficial de la Internacional Comunista, primero por las críticas de Lenin a los ultraizquierdistas y luego acomodándose al ascenso de Stalin. Retrospectivamente caracterizará que la concepción de la práctica revolucionaria en *Historia y conciencia de clase* es «místicamente desafortada, como corresponde al utopismo mesiánico del izquierdismo comunista de la época» (1923, p. 56). Sin embargo, aunque abandonadas por su propio autor, estas concepciones siguieron ejerciendo una poderosa influencia sobre el marxismo occidental y sobre muchas de las corrientes marxistas críticas del estalinismo.

Por su parte, a partir de la década de 1930 el estalinismo produjo como un componente central del “marxismo-leninismo” su versión oficial del materialismo dialéctico, que exacerbó el carácter de *Weltanschauung* de la doctrina de Engels y se convirtió prácticamente en una metafísica dogmática, desvinculada de cualquier desarrollo progresivo en el terreno político o científico. Los manuales de materialismo dialéctico (DiaMat) de la URSS fueron reproducidos en todo Occidente por los distintos partidos comunistas, aunque no tuvieron demasiada influencia por fuera de los círculos militantes.

Lo que predominó en Occidente fueron distintas variantes de interpretaciones hegelianas de la dialéctica, entre las cuales se destacaron la Escuela de Frankfurt en Alemania, Gramsci en Italia y Sartre en Francia³². Esta clase de lectura se vio reforzada por el creciente rechazo de los marxistas occidentales a la política oficial de la URSS y los partidos comunistas (que tuvo como hito importante la represión soviética a la Revolución Húngara en 1956), y por la publicación de los distintos manuscritos económicos de Marx, que presentaban una influencia de la filosofía hegeliana mucho más evidente que en *El capital*³³. A su vez, con el proceso de “desestalinización” iniciado por la Unión Soviética en 1956 tras la muerte de Stalin, la línea oficial de los partidos

si, consiguientemente, esa clase es al mismo tiempo, para ese conocimiento, sujeto y objeto del conocer y la teoría interviene de este modo *inmediata y adecuadamente* en el proceso de subversión de la sociedad: sólo entonces es posible la unidad de la teoría y la práctica, el presupuesto de la función revolucionaria de la teoría» (Lukács 1923, p. 91).

³² En Francia además fueron sumamente influyentes los estudios y las clases sobre Hegel de Alexandre Kojève y Jean Hyppolite.

³³ Los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844 vieron la luz en 1927, y los *Grundrisse* entre 1939 y 1941, aunque el impacto de las nuevas publicaciones se sintió a partir de la década de 1950.

comunistas viró hacia una relectura hegeliana y humanista de Marx, con un fuerte énfasis en los escritos de juventud³⁴.

Sin embargo, desde finales de la década de 1950 esta nueva ortodoxia constituida por el marxismo hegeliano fue desafiada por distintas corrientes que ofrecieron alternativas metodológicas para “deshegelianizar” a Marx. Louis Althusser representó el intento más influyente de extirpar el componente hegeliano del pensamiento marxista³⁵. Althusser sostuvo que a partir de 1845 Marx produjo una *ruptura epistemológica* con la ideología hegeliana. Esa ruptura implicó el abandono del monismo idealista de Hegel y su concepción expresiva de la causalidad, según la cual las múltiples manifestaciones exteriores de la totalidad son sólo una *expresión* de una unidad interna simple. Para Althusser no se puede decir que la dialéctica materialista sea un hegelianismo invertido, pues no se trata de sustituir el principio idealista que unifica la dialéctica hegeliana por un principio materialista económico, sino de un cambio de estructura de la dialéctica que no admite ningún principio simple o esencia interior. Althusser opone al hegelianismo lo que él interpreta como la concepción marxista de la totalidad, constituida por esferas (la economía, la política, la ciencia y la ideología) que, lejos de ser expresiones de un “principio espiritual común”, son *relativamente autónomas*, y con temporalidades propias. Esas esferas autónomas son parte de una misma totalidad, y Althusser intenta dilucidar esa unidad construyendo un concepto que considera ausente pero subyacente en toda la obra de Marx: el concepto de la *eficacia de una estructura sobre sus elementos*. En esa estructura la contradicción económica *determina en última instancia* todo el proceso histórico social, pero se encuentra *sobredeterminada* por las otras contradicciones que operan históricamente sobre ella. Esta interpretación estructuralista del materialismo histórico se enfrenta a las interpretaciones hegelianas y humanistas, de acuerdo con las cuales los hombres hacen la historia. Para Althusser la historia es un *proceso sin sujeto*:

«Los verdaderos “sujetos” (en el sentido de sujetos constituyentes del proceso) no son, por lo tanto, estos ocupantes ni sus funcionarios, no son [...] los “individuos concretos”, los “hombres reales”, sino *la definición y la distribución de estos lugares y estas funciones* [en la estructura]. *Los verdaderos “sujetos” son estos definidores y esos distribuidores: las relaciones de producción* (y las relaciones sociales políticas e ideológicas). Pero como son “relaciones”, no se deberían pensar en la categoría de *sujeto*» (Althusser 1969, pp. 194-5).

³⁴ Elliot (2006) ofrece un buen repaso del desarrollo del marxismo hegeliano entre 1920 y 1960, con un énfasis particular en su influencia en Francia y sobre el pensamiento de Althusser (ver la sección "Las desventuras de la teoría marxista" del capítulo 1, pp. 23-43).

³⁵ Reconstruimos en particular sus argumentos en Althusser 1962 y 1963.

De manera contemporánea a Althusser (aunque comenzando una década antes), la escuela de Galvano Della Volpe en Italia también criticó la dialéctica hegeliana e intentó presentar una versión del marxismo que estuviera exenta de sus limitaciones. Della Volpe y Lucio Colletti, su principal discípulo, criticaron el carácter idealista de la dialéctica hegeliana y su violación del principio de no contradicción, optando en términos metodológicos por una teoría del conocimiento basada en el *método hipotético-deductivo*. Más tardíamente, desde fines de la década de 1970, surgió en el ámbito anglosajón el *marxismo analítico*, que sustituyó el método dialéctico por el análisis conceptual de la filosofía analítica (el caso paradigmático es Gerald Cohen 1978) y por los métodos de la teoría de la elección racional y otras teorías provenientes de la economía neoclásica (como lo hicieron Jon Elster y John Roemer).

No obstante, desde fines de los años 60 en distintas partes del mundo empezaron a surgir *nuevas interpretaciones hegelianas* de Marx. A diferencia del marxismo hegeliano precedente, que, poniendo el foco en los escritos de juventud, se centraba en problemáticas como la praxis histórica y la alienación, las nuevas interpretaciones se dirigieron hacia *El capital* y los manuscritos económicos de madurez de Marx, con el foco puesto en el problema de la *metodología de la economía política*. El desarrollo de estas interpretaciones empalmó con la publicación de la edición crítica de las obras completas de Marx y Engels, que empezó a hacer accesible de manera sistemática el conjunto de los manuscritos económicos dejados por Marx. A su vez, si bien no fueron ajenas al proceso de radicalización política que se dio a fines de los 60 por fuera de las estructuras de los partidos comunistas, en la mayoría de los casos estas lecturas quedaron circunscriptas a un trabajo académico sobre la obra de Marx. Presentaremos someramente estas lecturas al comienzo del siguiente capítulo, antes de abordar más en detalle a la Nueva Dialéctica como una corriente específica dentro de esta tendencia.

Para concluir este repaso de la historia de los debates marxistas sobre la dialéctica retomaremos algunas ideas. En primer lugar, al no haber elaborado Marx un desarrollo sistemático de sus ideas sobre la dialéctica, se produjo en el seno del marxismo una larga serie de debates sobre ese tema que enfatizaron distintos elementos que dejó traslucir la obra de Marx. Podemos distinguir dos momentos desarrollados con distinto énfasis por distintas concepciones sobre la dialéctica: la dialéctica como cosmovisión y la dialéctica como método (de investigación y/o de exposición). Uno de los temas particularmente polémicos fue el de la continuidad o la ruptura con el pensamiento hegeliano. Dejando a un lado las variantes antidialécticas o antihegelianas del marxismo, podemos agrupar las distintas posiciones en tres grandes grupos de afinidad (aunque no podamos tomar esto como una distinción tajante): la concepción de la dialéctica como *cosmovisión del proceso de cambio* universal (Engels, Kautsky, Plejánov, y en una

versión devaluada el materialismo dialéctico soviético oficial), la dialéctica como *filosofía de la praxis* (Lukács, Gramsci, Korsch), y la dialéctica como estructura y *método lógico-sistemático de la economía política* (las nuevas interpretaciones hegelianas, entre las que se cuenta la Nueva Dialéctica). En el siguiente capítulo desarrollo con más detalle esta tercera concepción.

Capítulo 2

La dialéctica y la economía política

El capítulo anterior culminó con una breve mención de las nuevas interpretaciones hegelianas de Marx surgidas desde finales de la década de 1960, centradas en el análisis metodológico de su obra económica. En este capítulo las presento brevemente en la primera sección. En la segunda sección presento más detenidamente la Nueva Dialéctica como vertiente específica de esta corriente. En la tercera sección expongo puntualmente la visión de Christopher Arthur sobre la dialéctica sistemática, que constituiría un ejemplo paradigmático de las interpretaciones sostenidas por la Nueva Dialéctica. Este capítulo culmina con una presentación del plan del resto de la tesis.

1. Los marxistas hegelianos y el método de *El capital*

El desarrollo de nuevas lecturas hegelianas del método de *El capital* tuvo expresiones diferentes en distintas partes del mundo, siendo las más características la *Neue Marx-Lektüre* en Alemania Occidental, la escuela de Kôzô Uno en Japón y la Nueva Dialéctica en los países angloamericanos¹. En esta sección presentaremos brevemente las dos primeras, mencionando también los desarrollos similares que hubo en Alemania Oriental, y dejando la Nueva Dialéctica para la sección siguiente.

La expresión alemana de este movimiento fue pionera, seguramente por la mayor accesibilidad a los manuscritos económicos de Marx: el alemán era el idioma original original de los manuscritos, y Berlín y Moscú el lugar geográfico de su primera publicación. Su manifestación más influyente se dio en la República Federal, conocida como la *Neue Marx-Lektüre* (Nueva Lectura de Marx) y desarrollada sobre el trasfondo de la problemática de la Escuela de Frankfurt por algunos discípulos de Adorno. Sin embargo, también hubo desarrollos afines en la República Democrática. Esta relectura hegeliana de Marx estuvo particularmente influida por el redescubrimiento y la traducción en los años 70 de los *Ensayos sobre la teoría marxista del valor* del economista soviético Isaac Rubin (Rubin 1974), publicados originalmente en 1928. Sus principales representantes fueron en los años 70 y 80 Hans-Georg Backhaus y Helmut Reichelt (Alemania Occidental),

¹ Para una presentación muy general y una discusión, ver Bidet (2008a), pp. 371-378. También debemos mencionar el aporte de Enrique Dussel (1985, 1988, 1990), en el marco de la filosofía de la liberación latinoamericana.

Vitali Vygotsky (en realidad ruso, pero con intercambio fluido con los alemanes), Wolfgang Jahn, Dietrich Noske y Günter Fabiunke (Alemania Oriental), y desde los años 90 Michael Heinrich².

Los autores de la *Neue Marx-Lektüre* cuestionaron, a partir del acceso al conjunto de los manuscritos de *El capital*, la manera en la que Engels intervino sobre los textos al publicar los volúmenes II y III, argumentando que la interpretación *lógico-histórica* “ortodoxa” de *El capital*³ fue de su propia autoría, y no tiene fundamento en los escritos de Marx. Se opusieron entonces explícitamente a las ideas de Engels de que el orden de exposición de las categorías en *El capital* se corresponde aproximadamente con el proceso de su génesis histórica, y de que sus primeros capítulos se refieren a un modo de producción precapitalista denominado “producción mercantil simple”⁴, optando en cambio por interpretar *El capital* como una exposición *lógico-sistemática* de la estructura interna de la sociedad capitalista.

El aporte más destacado de los teóricos de Alemania Occidental fue el desarrollo de la *teoría de la forma de valor*, por oposición a la clásica teoría *sustancialista* o ricardiana del valor. La teoría de la forma de valor pone énfasis en la naturaleza *social* del concepto marxista del valor, y en la *derivación dialéctica* de las formas de valor realizada por Marx en la tercera sección del capítulo 1, elementos que desde esta interpretación constituyen una ruptura con respecto a la teoría laboral del valor de la economía clásica. En su costado filosófico, la teoría de la forma de valor retoma la problemática de la teoría crítica al considerar las formas de valor como formas sociales y enfocarse en la significación sociológica de la abstracción del trabajo y del fetichismo⁵. En cuanto a la teoría económica propiamente dicha, el abandono del sustancialismo implica poner en segundo plano o rechazar la idea de que el valor es creado por el trabajo humano, sosteniendo en cambio que se realiza en el intercambio de mercancías y que se determina a través de su expresión monetaria (posición conocida también como “teoría monetarista del valor”)⁶. Si bien estos autores no descartan la presencia de

² Para una exposición general de esta lectura ver Elbe (2006) y Fineschi (2009).

³ Ver capítulo anterior, pp. 28-9, y capítulo 4, pp. 98-100.

⁴ Sobre la producción mercantil simple, ver más adelante, pp. 44-5. Tanto la crítica general del método lógico-histórico como las discusiones puntuales en torno a la producción mercantil simple son discutidas con más detalle en el capítulo 4.

⁵ «El análisis de la forma de valor es significativo para la teoría social de Marx en tres aspectos: es el punto de confluencia de la sociología y la teoría económica; inaugura la crítica de la ideología de Marx y una teoría específica del dinero que funda la primacía de la esfera de la producción *vis-a-vis* la esfera de la circulación y entonces de las relaciones de producción *vis-a-vis* la “superestructura”» (Backhaus 1980, p. 112).

⁶ «La teoría del valor ha sido adecuadamente interpretada cuando la mercancía ha sido captada de tal manera que se posiciona a sí misma como dinero en el proceso de un “inmanente ir más allá de sí”» (Backhaus 1980, p. 103).

elementos sustancialistas en *El capital* (sobre todo en las primeras dos secciones del primer capítulo), los consideran una supervivencia ricardiana que coexiste incoherentemente con el verdadero aporte de Marx, la teoría de la forma de valor (presente en la sección tercera)⁷. La teoría de la forma de valor fue muy influyente fuera del círculo de la *Neue Marx-Lektüre* y al día de hoy todavía encuentra adeptos, como el grupo de Konstanz-Sydney (Eldred & Hanlon 1981), el reconocido economista griego John Milios y varios de los marxistas hegelianos que desarrollaron sus teorías fuera de Alemania, como Geert Reuten y Christopher Arthur.

Mientras en general la problemática de los nuevos marxistas hegelianos se centró en el método de *exposición*, concibiendo a la dialéctica como una forma de ordenación de las categorías económicas, en Alemania Oriental el debate se caracterizó por una preocupación por comprender la vinculación entre la dialéctica como método de *investigación* y como método de *exposición*. Vygodsky, por ejemplo, asoció la investigación con el movimiento de lo concreto a lo abstracto y la exposición con el movimiento de lo abstracto a lo concreto, y sostuvo la posibilidad de una separación formal entre la investigación y la exposición. Jahn y Noske cuestionaron esta idea, alegando que la exposición se hace presente en la propia investigación, orientándola como su objetivo final, pero también apareciendo bajo la forma de exposiciones provisionarias para ponerla a prueba. También sostuvieron que la investigación no sigue un movimiento inverso al de la exposición, pues ambas son momentos de un mismo movimiento de lo abstracto a lo concreto. Para ellos la investigación de Marx no parte de un análisis empírico pre-teorético de la realidad concreta, sino del análisis crítico de las teorías del pasado, es decir, ya parte de la abstracción. La aproximación empírica a la realidad concreta se realiza sólo en las fases finales del proceso de investigación-exposición, en donde la reconstrucción teórica de la totalidad concreta establece las condiciones para una confirmación empírica de la teoría.

«Siguió estando oculto para los ricardianos que su afirmación de que el trabajo determinaba el valor de la mercancía misma sigue siendo externa al concepto de valor: el fundamento de la definición y el objeto de la definición de esta afirmación siguen siendo diferentes y no mantienen ninguna “conexión interna”. El trabajo entonces todavía es relacionado con el valor como algo extraño cuando la magnitud del valor es definida como una función de la cantidad de trabajo empleada. El supuesto básico de la economía clásica entonces es meramente una declaración, un “dogma metafísico”» (Backhaus 1980, p. 105).

⁷ Uno de los pasajes más destacados de *El capital* por estos teóricos es el que dice que «es indudable que la economía política ha analizado, aunque de manera incompleta, el valor y la magnitud de valor y descubierto el contenido oculto en esas formas. Sólo que nunca llegó siquiera a plantear la pregunta de por qué ese contenido adopta dicha forma» (Marx 1867, p. 97-98), a lo que añade en una nota al pie: «Una de las fallas fundamentales de la economía política clásica es que nunca logró desentrañar, partiendo del análisis de la mercancía y más específicamente del valor de la misma, la forma del valor, la forma misma que hace de él un valor de cambio» (p. 98, n. 32).

Los debates de la República Democrática también abordaron la cuestión del orden de exposición y la vinculación entre la lógica y la historia. La cuestión central era el establecimiento de la *categoría inicial* de la exposición dialéctica de la economía política⁸. Vygodsky parte de la distinción de Marx entre la forma social y el contenido material de los modos de producción para argumentar que el punto de partida expositivo debe ser la forma elemental que exprese la unidad más abstracta entre esos dos aspectos: no el valor, que sólo expresa la forma social, ni el valor de uso, que sólo expresa el contenido material, sino la mercancía, que contiene la unidad de ambos. Jahn añade que la forma elemental tiene que ser desarrollable, debe poder desplegar a partir del movimiento de sus propias contradicciones el conjunto del sistema de la economía política capitalista, de manera que el punto de partida sólo se legitima como tal al final de la exposición. En general estos autores rechazan una lectura histórica de la progresión dialéctica, argumentando que los primeros capítulos de *El capital* se refieren a las mercancías de la sociedad capitalista, y no de la supuesta producción mercantil simple.

Los debates en Alemania Oriental no fueron la excepción dentro del bloque comunista, pues Evald Ilyenkov en la Unión Soviética, y Karel Kosik y Jindřich Zelený en Checoslovaquia, desarrollaron problemáticas similares. Sin embargo, el colapso del bloque comunista extinguió dichas líneas de investigación. Distinto fue el destino de las investigaciones en Alemania Occidental, que siguieron floreciendo luego de la reunificación alemana. Sin embargo, éstas permanecieron relativamente aisladas, principalmente porque hasta el momento las principales obras de la *Neue Marx-Lektüre* no han sido traducidas a ningún otro idioma. Esto no impidió que la movilidad académica de algunos investigadores contribuyera a propagar esa línea de trabajo, lo que se expresó sobre todo en la influencia de la *Neue Marx-Lektüre* sobre la corriente (principalmente británica) del marxismo abierto, cuyos principales referentes son John Holloway y Werner Bonefeld.

Otra expresión significativa del renacimiento hegeliano se dio en un contexto totalmente diferente, en Japón. El exponente más representativo y fundacional de esta línea de trabajo fue Kôzô Uno (1897-1977), que publicó sus principales trabajos en los 50 y 60, pero adquirió relevancia internacional tras la traducción de su obra principal (*Principios de la economía política: teoría de una sociedad puramente capitalista*) en 1980⁹. Allí intenta presentar las categorías de *El capital* atendiendo a un orden adecuado de exposición. Para Uno la teoría marxista involucra tres niveles de análisis distintos. El primer nivel es la *teoría pura* de la sociedad capitalista, presentada en sus *Principios* a través de una estructura triádica que se refiere explícitamente a la *Lógica* de Hegel, que despoja a *El capital* de cualquier contenido histórico y que reorganiza su contenido

⁸ Desarrollaremos esta cuestión más en detalle en el siguiente capítulo.

⁹ Para una exposición de esta obra ver Bidet (2008b).

económico. El segundo nivel es la *teoría de las etapas* del capitalismo, un intento de formular rigurosamente la periodización del capitalismo, que para Uno se desarrolla en tres épocas: el mercantilismo, el liberalismo y el imperialismo. El tercer nivel es la *historia concreta*, la historia de las sociedades particulares en su especificidad y sus coyunturas concretas. Si bien el grueso de la obra de Uno no ha sido traducida del japonés, muchos de sus discípulos contribuyeron a propagar su matriz teórica, sobre todo en el entorno anglosajón. Se destacan en este sentido los trabajos de Makoto Itoh, Thomas Sekine (1984, 1986) y Robert Albritton (1986, 1999).

2. La Nueva Dialéctica

La Nueva Dialéctica es la variante angloamericana del nuevo marxismo hegeliano al que nos referimos en la sección anterior. Christopher Arthur fue el primero en referirse con esa expresión a un conjunto de interpretaciones de la teoría marxista que se empezaron a desarrollar en la academia angloamericana desde mediados de la década de 1980. Lo hizo en 1993, en una reseña (Arthur 1993) del libro *Dialectics and Social Theory* de Ali Shamsavari (Shamsavari 1991). Otra denominación para esta tendencia es la de “nuevo marxismo hegeliano”, empleada por Rosenthal (1998). Sin embargo, prevaleció el término usado por Arthur, por lo que nos ajustaremos a esa convención. Los exponentes más representativos de esta línea de pensamiento son Christopher Arthur, Patrick Murray, Tony Smith, Geert Reuten y Michael Williams¹⁰.

Si bien los primeros trabajos que podemos enmarcar en la Nueva Dialéctica constituyeron artículos y libros más o menos dispersos, con el tiempo esta tendencia empezó a tomar cuerpo con la realización de simposios y la aparición de varias compilaciones de artículos que contribuyeron a visibilizarla como una tendencia más o menos unitaria. El primer ejemplo es Williams (1988), que contiene artículos de Arthur, Reuten y M. Williams, entre otros. A partir de 1991, por iniciativa de Fred Moseley, y con el objetivo de generar un espacio de intercambio entre economistas y filósofos marxistas, se empezó a realizar anualmente el Simposio Internacional de Teoría Marxiana (*International Symposium on Marxian Theory*, ISMT), alternando sus sedes entre EE.UU., el Reino Unido, Holanda, Italia y México¹¹. Si bien en el Simposio no han participado exclusivamente exponentes de la Nueva Dialéctica, éstos se cuentan

¹⁰ Sus trabajos más representativos son Arthur (2004), Murray (1988), Smith (1990) y (1993), y Reuten & Williams (1989).

¹¹ La información más detallada sobre el ISMT se encuentra en Bellofiore & Fineschi (2009b). Ver especialmente la introducción de Fred Moseley (pp. 15-24) y los apéndices (pp. 335-340).

entre sus principales impulsores, y es en el marco del Simposio donde fueron presentando y discutiendo sus posiciones¹². Los participantes de hecho constituyeron un grupo estable¹³, aunque a partir de 2003 empezaron a convocar a otros especialistas relevantes para las temáticas de cada encuentro. Las intervenciones en el simposio fueron recogidas en una serie de compilaciones: Moseley (1993), Moseley & Campbell (1997), Arthur & Reuten (1998), Campbell & Reuten (2002), Bellofiore & Taylor (2004), Moseley (2005), Robles Báez (2014), Bellofiore & Fineschi (2009a) y (2009b), Bellofiore, Starosta & Thomas (2013), Moseley & Smith (2014). Algunas de estas discusiones se desarrollaron también a través de revistas académicas como *Historical Materialism*¹⁴ y *Capital & Class*.

El rasgo más distintivo que comparten todos los integrantes de la Nueva Dialéctica es la remisión a Hegel para la reconstrucción de la metodología de *El capital* de Marx, pero una remisión con una impronta particular. De Hegel se recupera particularmente la *Lógica*, por su relevancia para la comprensión de *El capital* como un trabajo articulado por una *dialéctica sistemática*¹⁵. La dialéctica sistemática busca «articular las relaciones de un orden social *dado*, a saber, el capitalismo, por oposición a una dialéctica histórica que estudia *el ascenso y la caída* de los sistemas sociales» (Arthur 2004, p. 3).

La dialéctica sistemática difiere no sólo de la reconstrucción de la dialéctica de Engels y el DiaMat soviético, sino también de la dialéctica histórica defendida por otros marxistas hegelianos como Lukács. También difiere de la interpretación de Engels del método de exposición particular de *El capital* como una sucesión a la vez lógica e histórica de las categorías económicas. Podríamos decir que todas estas interpretaciones comparten un enfoque *diacrónico*: la dialéctica, de acuerdo con ellas, estudia el desenvolvimiento de un proceso que se extiende en el tiempo,

¹² Christopher Arthur, Tony Smith, Geert Reuten y Patrick Murray fueron varias veces organizadores (cuando el evento tuvo a sus respectivas universidades como sede) y han participado asiduamente.

¹³ El grupo estable fue integrado inicialmente por los filósofos Christopher Arthur, Paul Mattick Jr., Patrick Murray y Tony Smith, y por los economistas Fred Moseley, Martha Campbell, Guglielmo Carchedi y Geert Reuten. Mattick y Carchedi luego de un tiempo dejaron de participar y fueron reemplazados por Roberto Fineschi (filósofo) y Riccardo Bellofiore (economista). También participaron los economistas Nicola Taylor y Andrew Brown.

¹⁴ Ver especialmente el número 13:2 del año 2005, que contiene un simposio en torno al libro de Arthur.

¹⁵ «Digo “nueva” dialéctica porque no hay continuidad aquí con el viejo “DiaMat” descendiente de Engels; por el contrario, el movimiento común es una apelación directa a Hegel, y si Engels llega a ser mencionado, es sólo para que el autor en cuestión repudie vigorosamente su método “lógico-histórico”, favoreciendo una apropiación de la *Lógica* de Hegel al servicio de una dialéctica estrictamente *sistemática*» (Arthur 1993, p. 175). Ver también Arthur (2004), pp. 2-3.

mostrando cómo en cada fase se expresa una contradicción entre categorías antagónicas que es resuelta avanzando a una fase posterior en el tiempo caracterizada por una categoría superadora, en la cual surge un nuevo antagonismo, siendo siempre la contradicción el motor que moviliza el avance del proceso. Esta interpretación histórica del método dialéctico incorpora además la tesis de Engels (y de muchos marxistas) de que la primera sección de *El capital* se refiere a un modo de producción precedente al capitalismo denominado “producción mercantil simple”¹⁶. Es decir, para Engels esos capítulos iniciales todavía no se refieren a la producción de mercancías por medio de la explotación del trabajo asalariado por el capital, pues tienen como objeto un modo de producción anterior en el que las mercancías son producidas por el trabajo propio de un productor individual o una unidad doméstica (p. ej., un artesano que no explota asalariados sino que emplea su propio trabajo). La categoría de capital aparece posteriormente en *El capital*, lo que expresa la transición histórica de la producción mercantil simple a la producción capitalista.

La dialéctica sistemática, en cambio, es un abordaje *sincrónico*: la sucesión de categorías no expresa un proceso histórico, sino un corte “contemporáneo” de una totalidad compleja, en el que las categorías más simples y abstractas para caracterizar esa totalidad dan lugar por su propia insuficiencia a categorías cada vez más completas y superadoras. «El orden expositivo de estas categorías no tiene que coincidir con el orden de su aparición en la historia» (Arthur 2004, p. 4). En esto *El capital* sería similar a la *Lógica* de Hegel, donde el desenvolvimiento de las categorías no describe un desarrollo temporal de la realidad, sino la articulación de relaciones lógicas que constituyen sincrónicamente el entramado categorial que caracteriza a dicha realidad. Desde esta lógica los primeros capítulos de *El capital* no se refieren a un modo de producción precedente al capitalismo, sino que contienen la caracterización más abstracta posible de la

¹⁶ Ver el “Apéndice y notas complementarias al Tomo III de *El capital*” de Engels (Marx 1894, pp. 1125-1150). P. ej.: «la ley marxiana del valor tiene vigencia general –en la medida en que tienen vigencia las leyes económicas– durante todo el período de la producción mercantil simple, es decir hasta el momento en que ésta experimenta una modificación por el establecimiento de la forma capitalista de producción» (p. 1137).

Una de las formulaciones más explícitas de esta idea es de Ernest Mandel: «*El capital* no se ocupa exclusivamente del modo capitalista de producción, aun cuando el descubrimiento de las leyes que rigen este modo de producción es su objetivo fundamental. La producción capitalista es la producción generalizada de mercancías. La producción generalizada de mercancías desarrolla plenamente las tendencias y contradicciones latentes en cada una de sus “células” básicas: las mercancías. No es casual que Marx inicie el libro primero de *El capital* con un análisis que no lo es del “modo capitalista de producción”, ni del capital, ni del trabajo asalariado, ni siquiera de las relaciones entre el trabajo asalariado y el capital. [...] *El capital*, los *Grundrisse* y otros escritos económicos básicos de Karl Marx incluyen, por tanto, una gran cantidad de análisis de la producción simple de mercancías, una forma de producción que existió de múltiples maneras durante 10 000 años antes de que naciera el capitalismo moderno (Mandel 1998, pp. 11-12).

propia producción capitalista, centrándose en la categoría del valor tal y como ésta se manifiesta en la esfera de la *circulación*, en el intercambio de mercancías, haciendo abstracción por un momento de la manera en que esa categoría está anclada en la forma que adopta la *producción* de dichas mercancías¹⁷.

La mayoría de estos autores, especialmente Arthur y Reuten, adhieren a la *teoría de la forma de valor* inicialmente formulada por la *Neue Marx-Lektüre*. Reuten, por ejemplo, considera que «la teoría del valor de Marx es ambigua, y que hay lugar para al menos dos líneas de argumentación en el texto de Marx, una teoría del trabajo abstracto incorporado y una teoría de la forma de valor» (Reuten 2000, p. 158). De acuerdo con la primera, el valor es determinado por la cantidad de trabajo abstracto que requiere producir una mercancía, definiendo el trabajo abstracto mediante una abstracción intelectual de las particularidades de los distintos trabajos concretos. Reuten considera que «el concepto de trabajo abstracto presentado aquí es en verdad una noción *general*, transhistórica, en lugar de una noción históricamente *determinada*» (Reuten 2000, p. 154). Esa abstracción intelectual podría operarse con los trabajos concretos de las formas de producción precapitalistas, por lo que la teoría no explica qué tiene de distintivo el valor como forma social concreta de la producción capitalista. Para Reuten las mercancías no salen de la fábrica con un valor incorporado, sino que éste se determina socialmente en el intercambio, de manera que el trabajo se vuelve *abstracto en la práctica* sólo cuando las mercancías se intercambian en el mercado:

«el concepto de trabajo abstracto se refiere a la *abstracción en la práctica*, es decir, en el mercado, por la cual el trabajo concreto es realmente reducido a dinero homogéneo. Así, en el mercado y a través del mercado, el trabajo es realmente reducido y tratado como abstracto

¹⁷ «Lo existente ha de ser fundado en lo existente, así que no se recurre en ningún modo a la explicación histórica. Así, aunque la historia es significativa para explicar cómo lo existente llegó a ser, no puede explicar por qué es ‘lo que es’, cómo lo existente es reproducido como un todo interconectado. Si bien no rechazamos la importancia de la ciencia de la historia, sí discrepamos con todos esos tipos de historicismo (hegeliano, marxista o el que sea) para los que explicar el ‘surgimiento’ [*emergence*] es suficiente para la explicación del ‘ser’ [*being*] y el ‘devenir’ [*becoming*]» (Reuten & Williams 1989, p. 34).

«La creencia de que las etapas iniciales en *El capital* capturan una etapa histórica de producción mercantil simple que sigue la ley del valor está muy difundida. Pero se basa en una mala comprensión del método dialéctico de Marx. Marx en su ordenación sistemática de categorías no intentó explicar cómo surgió el capital (esa es la tarea de la teoría de la acumulación originaria, que es una digresión con respecto a esa ordenación [...]). En su lugar, comenzó con la totalidad que es el modo de producción capitalista, abstraigo sus determinaciones más simples, y luego progresó paso a paso a determinaciones más complejas y concretas de ese modo de producción» (Smith 1990, pp. 94-95). Ver también el segundo capítulo de Smith (1990) y el tercer capítulo de Smith (1993).

en el sentido de una entidad meramente productora de dinero» (Reuten 2000, pp. 153-4, n. 56).

De esta manera, Reuten adhiere específicamente a la variante monetaria de la teoría de la forma de valor. La teoría de la forma de valor de Arthur tiene otras particularidades que no desarrollaremos aquí¹⁸.

Parte del trabajo de la Nueva Dialéctica ha sido hermenéutico. Involucró, en términos de Arthur, un «retorno a las fuentes» (Arthur 2004, p. 2), con el objetivo de recuperar la manera en que Hegel y Marx comprendieron y emplearon la dialéctica. Esto implicó también hacer a un lado las diferentes interpretaciones posteriores, incluida la del propio Engels, ya que se considera que distorsionaron la cuestión. En el caso de la lectura de Marx esto significó un abordaje no sólo de *El capital*, sino también de los *Grundrisse* y los subsiguientes manuscritos económicos, donde la influencia hegeliana y el tinte dialéctico de la argumentación son más evidentes, permitiendo iluminar la lógica detrás de algunas derivaciones conceptuales que en *El capital* a veces no es tan manifiesta. Sin embargo, en la medida en que lo que se busca comprender y recuperar es el *método* de Marx, el valor de esta empresa no es meramente hermenéutico. Se trata también de *reconstruir* ese método más allá de los indicios insuficientes y los empleos contradictorios que se pueden encontrar en las fuentes, y de ponerlo a

¹⁸ La versión de Arthur de la teoría de la forma de valor es bastante idiosincrática. En primer lugar, Arthur rechaza formular la teoría laboral del valor en el comienzo de la exposición, argumentando que definir el valor desde un principio como objetivación de trabajo abstracto sería saltarse pasos de la exposición dialéctica. En un principio el valor es una *forma pura*, es la simple intercambiabilidad entre mercancías. El despliegue de las formas puras, desde la forma simple de valor, pasando por el dinero, hasta la forma de capital, culmina con la necesidad de fundar la valorización en el proceso de producción. Recién entonces es posible concebir el valor como una *sustancia* producida mediante la subsunción del trabajo (Arthur 2004, pp. 85-6, 105-6). En segundo lugar, sobre esta base (en el capítulo 3 de 2004) Arthur elabora un "nuevo concepto de trabajo abstracto" (según el cual la abstracción del carácter concreto del trabajo se produce no sólo en el intercambio de mercancías, sino también en la producción), un "nuevo concepto de explotación" (vinculada a la subsunción del trabajo en el capital en lugar de a la apropiación por el capital de una determinada cantidad de plustrabajo), y una "nueva teoría de la determinación del valor" (por el tiempo de explotación socialmente necesario).

Smith no desarrolla una teoría de la forma de valor en el mismo sentido que Arthur y Reuten. Sin embargo, se puede decir que adhiere al menos a sus fundamentos teóricos, y en particular a la distinción entre el concepto ricardiano del trabajo incorporado y el concepto marxiano de trabajo abstracto como categoría social (cf. Smith 1990, pp. 69-71).

Murray, por su parte, si bien no ofrece una versión específica de esta teoría, adhiere a ella e incluso sostiene, contra muchos de sus impulsores que consideran que Marx es ambiguo al respecto, que Marx la sostuvo inequívocamente (cf. Murray 2013).

prueba como forma de seguir produciendo conocimiento acerca de la sociedad en la que vivimos¹⁹.

Pese a estos rasgos comunes, en varias cuestiones sustantivas hay importantes divergencias entre los integrantes de la Nueva Dialéctica. Como señala Arthur, la expresión “Nueva Dialéctica” se refiere a «una literatura que comparte ciertos temas comunes, pero que no toma la forma de una “escuela” definida» (Arthur 2004, p. 1). Una divergencia importante se da en la manera en que se recupera el *legado de Hegel*. Smith, por ejemplo, sigue una línea interpretativa iniciada por Marcuse que revisa la crítica marxista de Hegel como un pensador idealista. Según esta interpretación hay fuertes rasgos *materialistas* en Hegel, y por lo tanto una mayor continuidad entre Hegel y Marx que la que usualmente se asume. Desde esta perspectiva, Smith considera que la *Lógica* de Hegel no es acerca de la Idea como una super-entidad que existe al margen de las cosas materiales concretas, sino que tiene vigencia para la comprensión de la realidad material porque cualquier dominio de objetos se estructura ontológicamente a partir de las categorías de la *Lógica*. En consecuencia, la relación de la *Lógica* con la obra de Marx no se debe a factores específicos, como una inspiración de Marx en esa obra o una homología entre la *Lógica* y *El capital* fundada ontológicamente como la que sostiene Arthur.

«No importa si los teóricos que están interpretando un ámbito-objeto dado son conscientes de ello o no, hay muchas chances de que sus teorías serán construidas con la ayuda de categorías fundamentales específicas (e implicarán estructuras ontológicas específicas) que pueden encontrarse en la *Lógica*. Marx no es una excepción a este punto» (Smith 1990, p. 46).

Smith establece la diferencia entre Hegel y Marx en tres puntos que no se vinculan directamente con la cuestión de la dialéctica sistemática: el criterio de verdad (mientras Hegel se conforma con la coherencia de las ideas, para Marx se debe añadir su verificabilidad práctica), la teoría de la historia (para Hegel tienen primacía los sistemas de ideas, para Marx los procesos socioeconómicos) y el tipo de sociedad en que se produce la reconciliación entre el individuo y la comunidad (para Hegel es el capitalismo, para Marx el comunismo) (Smith 1990, pp. 40-2).

Arthur y Murray, por el contrario, consideran que la dialéctica de Hegel es una lógica *idealista*. Si esa lógica permite comprender el movimiento del capital, eso puede querer decir dos cosas. Podría ocurrir que la *Lógica* de Hegel en realidad encubra el intento ideológico de eternizar en la idea absoluta la forma de movimiento de una realidad histórica particular como lo es la sociedad capitalista (Arthur atribuye esta posición a Postone, Sekine y Albritton). O, por el contrario,

¹⁹ Para un ejemplo de la aplicación de este método al estudio de problemas no abordados por Marx, ver el trabajo de Tony Smith sobre la globalización (2006).

podría ocurrir que el capital sea una entidad ontológicamente analogable a la idea absoluta (Arthur defiende esta posición)²⁰. Esta analogía o identidad ontológica estaría dada por el rol que juega la abstracción en el establecimiento de las categorías iniciales de la exposición, suscitando un movimiento conceptual análogo. A su vez, en esta relación se fundaría el carácter *crítico* de la teoría marxista, puesto que significaría que la realidad capitalista está puesta del revés, que las abstracciones (el valor, el capital) se han autonomizado de las personas y de las cosas concretas y se han apoderado de ellas, por lo que es preciso subvertir las relaciones en las que se fundan²¹.

Ahora bien, para Arthur esta relación implica más que una simple analogía. El rol de la *Lógica* de Hegel en relación con *El capital* no es el de un “tratado metodológico” que contiene prescripciones sobre cómo debe proceder la economía política para conocer un determinado objeto. Es decir, no es la relación de un discurso epistemológico con un discurso científico. Por el contrario, la progresión en que se ordenan las categorías de *El capital* es homóloga a la progresión que se desarrolla en la *Lógica*, de manera que ésta funciona como un mapa o un espejo de la sucesión de las categorías en *El capital*. Esta idea es lo que Arthur denomina como la *tesis de la homología*. La existencia y el alcance de esa homología es objeto de debate al interior de la Nueva Dialéctica. De hecho, Arthur es el único que la sostiene: para él es posible encontrar una homología entre la estructura general de la *Lógica* y el desarrollo de la forma de valor desde la mercancía hasta la forma de capital, antes de pasar a analizar cómo se produce el capital en la esfera de la producción, momento en que la homología se rompe (Arthur 2004, pp. 89-106). Quien sostiene una idea similar es Sekine, de la escuela japonesa, que extiende la homología con la *Lógica* al conjunto de los tres tomos de *El capital*.

Smith y Murray, por el contrario, son críticos de esta tesis, considerando que en realidad lo que ofrece la *Lógica* son distintos patrones de razonamiento y derivación conceptual que son relevantes en distintos momentos de *El capital* sin que ello involucre una homología punto por punto²². Para Smith, por ejemplo,

²⁰ Sigo en la reconstrucción de este debate a Arthur (2004), pp. 6-8.

²¹ Ver Arthur (2000). Murray sostiene una idea similar: «Marx va más allá de la crítica de Feuerbach al vincular el sistema filosófico invertido de Hegel con las realidades de la producción capitalista. El capital absolutiza la inversión de prioridades que comienza con la tercera determinación del dinero [el atesoramiento], cuando el dinero (la expresión del valor) se vuelve el *fin* de la circulación más que el medio. Hegel escribió que “El sistema de la lógica es el reino de las sombras”, y Marx interpreta el sistema filosófico de Hegel como dominado por esas sombras. Cuando Marx describe la dominación de la producción capitalista por el valor (el dinero) como el gobierno del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, expresa el mismo punto crítico y retiene la misma imaginaria» (1988, p. 219).

²² Ver por ejemplo la anterior cita de Smith de la página anterior, según la cual la relevancia de la *Lógica* para el estudio de la realidad capitalista se funda en que todo dominio de objetos se estructura ontológicamente a partir de sus categorías. De hecho, así

Marx toma de Hegel el patrón de razonamiento dialéctico básico, que caracteriza como la sucesión de categorías de unidad, categorías de diferencia y categorías de unidad-en-la-diferencia:

«Algunas categorías enfatizarán el momento de unificación. Otras enfatizarán la multiplicidad, la diferencia. Otras más articularán un balance más o menos precario entre las dos. [...] si nuestro objetivo es ordenar de la más simple a la más compleja, entonces las categorías (y las estructuras ontológicas que definen) de unidad simple deben ser ordenadas antes que las de diferencia, y las de unidad-en-la-diferencia deben seguir a estas últimas» (Smith 1990, p. 46).

Como veremos en el capítulo siguiente, Smith considera además que a lo largo de todo el desarrollo lineal o progresivo de *El capital* predomina una única estructura ontológica, que se expresa en términos de las categorías de la doctrina de la esencia, y por lo tanto a través de un predominio de las categorías de diferencia. Esto se opondría a la tesis de la homología de Arthur, que considera que tanto la doctrina del ser como la del concepto tienen sus momentos homólogos en *El capital*. Para Smith las categorías de la doctrina del ser sólo predominan en las sociedades precapitalistas, y las categorías de la doctrina del concepto sólo lo hacen en la sociedad comunista.

El objetivo de esta presentación fue establecer algunas coordenadas dentro de las que se ubican las distintas contribuciones de la Nueva Dialéctica. Una presentación más detallada ameritaría reconstruir brevemente los aportes de cada autor más allá de los ejes de discusión aquí señalados, lo cual prolongaría innecesariamente este trabajo y tocaría aspectos que no son directamente relevantes para la argumentación de esta tesis. Sin embargo, es preciso desarrollar con mayor detalle la concepción de la dialéctica sistemática formulada por Christopher Arthur. Esto cumple dos funciones. Por un lado, sirve de ejemplo o paradigma de cómo un autor muy representativo²³ de la Nueva Dialéctica concibe el despliegue de las categorías de *El capital*, con lo cual complementa y concluye la presente sección. Por otro lado, nos permite plantear con mayor concreción los

como Smith reconoce a Hegel la validez de la *Lógica* en cuanto ontología, también lo sigue en su rechazo a aplicarla linealmente al dominio de la *Realphilosophie* (filosofía de la naturaleza y del espíritu, al que pertenece la economía política): «hay una relación mucho más sutil que cualquier tipo de correspondencia uno-a-uno. Por ejemplo, una categoría relativamente temprana en la ordenación que constituye la *Realphilosophie* puede ser una encarnación real de una estructura categorial relativamente avanzada de la *Lógica*. Similarmente, una categoría tardía en la *Realphilosophie* podría ser una encarnación real de una categoría bastante temprana en la *Lógica*» (1990, p. 45).

²³ Arthur no sólo es el autor más representativo y reconocido dentro de esta tendencia, sino probablemente el más sólido e interesante. Para otra formulación sistematizada de la dialéctica sistemática ver Reuten (2014).

problemas que abordaremos a lo largo de este trabajo, con lo cual nos da el pie para la presentación del plan de la tesis y la introducción de las discusiones de los próximos capítulos. Por ello dedicamos la siguiente sección a reconstruir dicha concepción.

3. La dialéctica sistemática según Christopher Arthur

Como está implicado en la sección anterior, Arthur caracteriza la dialéctica sistemática por oposición a otras concepciones metodológicas precedentes en el seno (y por fuera) del marxismo. Naturalmente, se distancia de las corrientes antihegelianas, entre las que incluye a Althusser, el estructuralismo, el post-estructuralismo, el marxismo analítico, y la teoría del discurso (2004, p. 3). También critica la *vieja dialéctica*, «la escuela soviética del “Diamat”, enraizada en una versión vulgarizada de Engels y Plekhanov» (p. 3). Arthur rechaza la idea de la dialéctica como cosmovisión universal, como método universal, y la formulación de leyes de la dialéctica. Considera que este enfoque cae en un formalismo abstracto, que intenta forzar de manera arbitraria la aplicación de las leyes de la dialéctica a toda clase de contenidos, que terminan resultando en un conjunto de ejemplos carentes de sistematicidad (p. ej., tal o cual proceso ejemplifica la transformación de la cantidad en cualidad, tal o cual proceso ejemplifica la negación de la negación). Arthur sostiene que la dialéctica no es una fórmula abstracta que uno tiene de antemano y aplica a diversos contenidos, sino que es la forma que adopta el propio desarrollo del contenido a partir de sus necesidades internas, lo cual también es una característica del método absoluto identificada por Hegel en el capítulo sobre la idea absoluta²⁴.

Arthur se diferencia también de la concepción de la dialéctica de los “marxistas historicistas” como Lukács, Korsch y Gramsci. Este “marxismo hegeliano temprano” se preocupa por «recuperar la gran narrativa de la filosofía de la historia de Hegel y relacionarla con el materialismo histórico» (pp. 2-3). Es decir, se apropia de manera materialista de la idea hegeliana de que el desarrollo histórico tiene una lógica subyacente, y la aplica al estudio del surgimiento, el desarrollo y la caída de las formaciones sociales. Esta *dialéctica histórica* es «un

²⁴ Arthur considera que no sólo Hegel, sino también Lenin, realizaron una crítica del formalismo. «Lenin, en sus cuadernos filosóficos, se quejó de que la dialéctica había sido reducida a “la suma total de ejemplos (“por ejemplo, una semilla”, “por ejemplo, el comunismo primitivo”», y notó que la obra de Engels estaba en el origen de esta tendencia. [...] Hegel advirtió contra esta clase de procedimiento. [...] La ciencia, dijo, “exige entregarse a la vida del objeto”, por oposición a ese “formalismo que imagina que ha comprendido algo cuando ha atado alguna determinación del esquema” a ello» (Arthur 2004, p. 3; las citas son de Lenin 1914/6, p. 327; y Hegel 1807, p. 36 y p. 33). La cita de Hegel es de la *Fenomenología*, pero Arthur bien podría haber tenido en cuenta pasajes similares en la *Lógica*.

método para exhibir la conexión interna entre los estadios del desarrollo de un proceso temporal» (pp. 18-9). Arthur señala que

«siguiendo la dirección de Engels, los teóricos han subrayado que la dialéctica es un principio de movimiento, primariamente de la historia, dejando con ello en las sombras que el argumento dialéctico está mejor adaptado para reconstruir la articulación de una totalidad estructurada, sin importar si la totalidad es estable o probablemente en vías de transformarse en algo completamente diferente» (1998, pp. 10-1).

Sin embargo, Arthur no es del todo claro a la hora de especificar hasta qué punto rechaza la dialéctica histórica, ya que ésta puede tener algún tipo de vigencia en relación con el materialismo histórico aunque no la tenga como método para entender la lógica de *El capital*.

Abordando directamente las interpretaciones de *El capital*, Arthur también critica lo que denomina una *lógica lineal*, dentro de la cual incluye diferentes tipos de métodos que postulan que la exposición de las categorías económicas sigue una progresión de tipo lineal, favoreciendo, como veremos más adelante, el enfoque circular de la dialéctica sistemática. El grueso de sus dardos se dirige contra el *método lógico-histórico* de Engels, según el cual «la estructura lógica de *El capital* es simplemente un reflejo corregido de las etapas históricas del desarrollo del sistema de producción capitalista» (Arthur 2004, p. 17). Como hemos señalado al referirnos en el primer capítulo a la reseña de Engels de la *Contribución*, el orden lógico de exposición, de lo abstracto a lo concreto, coincide para él con el orden cronológico en el que las categorías económicas alcanzaron su “forma clásica” (lo que requiere, por supuesto, hacer abstracción de todo tipo de desviaciones fortuitas propias de la historia empírica). Para Arthur este método confunde la dialéctica histórica con la dialéctica sistemática, y da prioridad metodológica a la reconstrucción histórica, pues la derivación lógica no seguiría un desarrollo inmanente, sino que se reduciría meramente a «ordenar la historia desenredando las formas puras de las acreencias contingentes» (p. 63). Además, contradice la afirmación de Marx en la sección sobre “El método de la economía política” de la *Introducción*, «que afirmaba que sería “erróneo alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes”, y que las categorías deberían en cambio ser presentadas de acuerdo con la articulación del sistema existente» (Arthur 1998, p. 4; la cita es de Marx 1857/8, 28, p. 28). Para Arthur este aspecto del método de Marx implica una apropiación particular de Hegel, que retoma la articulación categorial sincrónica de *Lógica* en lugar de los textos sobre la filosofía de la historia.

Otro enfoque lineal, aunque sincrónico en lugar de histórico, es el *método de las aproximaciones sucesivas*, empleado por primera vez en el marxismo por Henryk Grossman y retomado por Paul Sweezy. Este método consiste en la

construcción en primer lugar de un modelo muy abstracto de la realidad que se busca describir, partiendo de un gran número de supuestos simplificadores. El método procede retirando uno a uno esos supuestos simplificadores, analizando los efectos que eso produce sobre el modelo, llegando a modelos cada vez más complejos y concretos de la realidad²⁵. Para Arthur este enfoque es un procedimiento científico válido, pero no es el tipo de derivación que Marx utiliza en *El capital*, ni el que corresponde a su objeto (2004, pp. 21-3). Uno de sus problemas es que la introducción y eliminación de supuestos y nuevas determinaciones no sigue una lógica inmanente, sino las decisiones arbitrarias realizadas por el investigador (p. 26). Es decir, en cada fase del método de aproximaciones sucesivas estaríamos ante modelos completos y autosuficientes, y es el propio investigador el que decide en qué momento pasar de un modelo más simple a uno más complejo. Veremos que para Arthur, en cambio, en cada fase de la exposición estamos ante una categoría defectuosa, que no se sostiene por sí misma, siendo esta carencia lo que suscita de manera inmanente el movimiento de concreción. Esta crítica apela a una idea que en el capítulo anterior hemos visto que está presente en la *Lógica* de Hegel, según la cual el método es concebido como el automovimiento del concepto y no como una adición externa de determinaciones.

Una tesis común a ambos enfoques lineales es que la ley del valor formulada por Marx en el primer capítulo de *El capital* (la ley según la cual el valor de las mercancías se determina por el tiempo de trabajo abstracto socialmente necesario para producirlas) rige en su forma más pura en un modo de producción en el que las mercancías *no* se producen de manera capitalista, es decir, no se producen a través de la explotación de trabajo asalariado por el capital. Como ya hemos señalado en las dos secciones anteriores, en el caso del método lógico-histórico de Engels este sistema sería un modo de producción que existió efectivamente antes del capitalismo, y en el cual la ley del valor adquirió su forma clásica: la producción mercantil simple. En el caso del método de las aproximaciones sucesivas de Sweezy este modo de producción no tendría una realidad histórica, sino que sería una abstracción (el modelo más simplificado del modo de producción capitalista), pero una abstracción en la que la ley del valor rige de la manera más prístina y completa.

Arthur es muy crítico de esa tesis, en cualquiera de sus variantes. Contra Engels en particular sostiene que «*Marx nunca usó el término “producción mercantil simple” en su vida*», y que la expresión sólo aparece en el Tomo III de *El capital*, pero chequeando con el manuscrito de Marx «es claro que todo el

²⁵ «Marx aceptaba y practicaba lo que los teóricos modernos han llamado el método de las «aproximaciones sucesivas», que consiste en avanzar paso a paso de lo más abstracto a lo más concreto, eliminando suposiciones simplificadoras en las etapas sucesivas de la investigación, de modo que la teoría pueda tomar en cuenta y explicar una esfera cada vez más vasta de fenómenos reales» (Sweezy 1973, p. 21).

párrafo [donde aparece la expresión] fue interpolado por Engels» (Arthur 2004, p. 19). De todas maneras, su tesis sustantiva, que no se ocupa de la cuestión de la existencia histórica de la producción mercantil simple, es que la ley del valor no puede regir en un sistema semejante (lo cual refutaría por igual a Engels y a Sweezy). En términos generales, su argumento es que recién con la introducción de las relaciones de producción capitalista se desarrollan los mecanismos que compelen a que las mercancías se vendan a su valor, por lo que en la producción mercantil simple la forma de precio sería una cáscara vacía que no expresa realmente una sustancia de valor, una equivalencia objetiva entre las mercancías intercambiadas (pp. 19-22). Si la ley del valor sólo puede regir en una economía capitalista, entonces

«ya desde su primera oración el objeto de *El capital* de Marx es en verdad el *capitalismo*. [...] el orden de la presentación de Marx no es el de una secuencia de modelos de objetos más y más complejos, sino el de un desarrollo progresivo de las formas del *mismo objeto*, a saber, el capitalismo» (Arthur 2004, p. 18).

En el cuarto capítulo de este trabajo desarrollo tanto la discusión general sobre el método lógico-histórico como el debate puntual en torno a la producción mercantil simple.

A diferencia de la lógica lineal, la dialéctica sistemática sigue una lógica diferente, caracterizada por el holismo, la fluidez conceptual, el carácter retrogresivo de la fundamentación, y el carácter inmanente, necesario y creativo de la transición lógica. En primer lugar, la pertinencia de la dialéctica sistemática para la exposición de *El capital* responde a que su objeto es «una *totalidad* donde cada parte tiene que ser complementada por otras para ser lo que es» (Arthur 2004, pp. 24-5). Los momentos y relaciones que constituyen la totalidad del sistema capitalista son expresadas por las categorías de la economía política, que por lo tanto tienen significado sistemático, *holístico*, en función de su posición con respecto a las otras categorías y al todo. «La tarea de la dialéctica sistemática es organizar tal sistema de categorías en una secuencia definida, derivando lógicamente una de otra [...] de una manera tal que todo el sistema tenga una arquitectónica» (pp. 64-5). Esto se corresponde con el planteo de Hegel al final de la *Lógica* de que a través del método, que va articulando una a una las determinaciones del concepto a medida que una se deriva de la otra, el concepto se termina constituyendo como sistema, como totalidad.

En segundo lugar, la dialéctica sistemática se caracteriza por la *fluidez conceptual*: «ningún concepto puede lograr su forma terminada en su introducción original, sino que retiene un carácter *fluido*, ganando una determinación más comprensiva a medida que es sistemáticamente relacionado con un contenido más rico» (Arthur 2004, p. 18). La razón es que el punto de partida es necesariamente una categoría abstracta, pues la totalidad, al ser compleja, no

puede ser aprehendida de manera inmediata en su carácter concreto. Esto implica que se parte de una categoría en cierto modo falsa, incompleta, insuficiente para caracterizar ella sola una totalidad que se sustente a sí misma. Por ello se produce un movimiento de avance progresivo en el establecimiento de relaciones con nuevas categorías y en la articulación de la totalidad, movimiento que va otorgando cada vez mayor determinación al momento abstracto inicial (p. 26). Hegel sostiene esto al señalar que la dialéctica supera el enfoque del entendimiento, que mantiene fijas en su abstracción las categorías que distingue, mostrando cómo se suceden unas a otras en un movimiento inmanente que las articula como totalidad, y por tanto transforman su sentido a medida que adquieren nuevas determinaciones cada vez más concretas.

Del hecho de que el carácter limitado o incompleto de una categoría sea el motor de su avance hacia categorías más concretas se deriva como tercer característica el hecho de que toda progresión en la dialéctica es también una *retrogresión*: cada avance se realiza para establecer un mejor fundamento para las categorías que en la fase anterior resultaban insuficientes. «El final, como la realidad más concreta, compleja y completa, soporta y sostiene adecuadamente todos los elementos que la componen, y con ello justifica retrogresivamente la secuencia lógica» (Arthur 2004, p. 65). De aquí el carácter *antifundacionista* de esta lógica: la verdad de todo el sistema no está garantizada por el punto de partida, como si éste fuera un axioma que transmite su verdad a las sucesivas derivaciones, sino que se constituye como tal en la medida en que al final de la exposición se logra construir una totalidad autosustentable. El punto de partida es siempre deficiente, inseguro, lo que suscita un movimiento de fundamentación. La secuencia establecida, entonces, debe ser «considerada como “fundación” de las categorías retrogresivamente, y como descubrimiento o presentación de las categorías ulteriores progresivamente» (p. 66). Esta idea es expresada por Hegel al final de la *Lógica*, al referirse al carácter retrogresivo y por tanto circular del método, y al definir la verdad no como un punto de partida garantizado de antemano sino como un proceso de autodeterminación del concepto.

Las transiciones de una categoría a otra en la dialéctica sistemática no responden a la decisión arbitraria del investigador de ir agregando determinaciones y eliminando supuestos para construir un objeto más complejo. Y, contra la vieja dialéctica formalista, Arthur sostiene que si «*El capital* es un verdadero tesoro de dialéctica, no es por la aplicación de un método universal abstracto, sino porque el movimiento de su misma materia requiere expresión en tales categorías lógicas» (Arthur 2004, p. 3). Las transiciones dialécticas son *inmanentes*, pues surgen de la falta de fundamento de cada fase de la exposición; son *necesarias*, pues expresan la relación de presuposición y dependencia mutua entre los elementos de la totalidad; y son *creativas*, pues el resultado es un contenido más rico, que para ser alcanzado requiere cierta espontaneidad que, por ejemplo, una computadora no podría tener. Arthur distingue entonces la transición

dialéctica de la deducción (donde la verdad se transmite de las premisas a la conclusión y la conclusión no añade ningún contenido nuevo a las premisas), de la inducción (pues no se trata de generalizar hechos particulares percibidos empíricamente, sino de hacer el camino inverso de lo abstracto a lo concreto) y del argumento trascendental (no se trata de establecer las condiciones de posibilidad de una experiencia considerada como establecida) (p. 83). Estos aspectos de la caracterización de Arthur también podrían ser identificados en la *Lógica* de Hegel, aunque Hegel no necesariamente se refiera a ellos con la misma terminología.

Dadas estas características, entonces, ¿cómo procede el método dialéctico en *El capital*? En primer lugar tenemos el problema de cómo determinar el *punto de partida*. Para Arthur debe ser

«suficientemente *simple* para ser captado inmediatamente por el pensamiento y suficientemente *determinado* históricamente para conducir a las otras categorías que estructuran esta sociedad específica. [...] debería presuponer lo menos que sea posible, para no afirmar dogmáticamente lo que no ha sido establecido; y debería eventualmente ser fundado como un resultado necesario de la reproducción del sistema» (Arthur 2004, p. 27).

El primer criterio se sigue del hecho de que una totalidad compleja no puede ser comprendida de manera inmediata, sino que debe ser presentada parte por parte, lo que requiere encontrar algún elemento simple con el cual empezar la exposición. El segundo criterio significa que el proceso de abstracción no es la elevación a un nivel de generalidad en el que ya no se distingue la especificidad histórica del punto de partida, pues semejante abstracción ahistórica impediría abordar las categorías que caracterizan la sociedad capitalista como una formación social históricamente concreta. El punto de partida abstracto lleva la marca de su carácter histórico, y es abstracto en el sentido de que está despojado de las relaciones con la totalidad que le dan fundamento. El resto de los criterios se sigue de las consideraciones anteriores sobre el carácter inmanente y retrogresivo de la progresión dialéctica. A partir de estos criterios Arthur propone, siguiendo a Banaji (1979), que en realidad hay un doble punto de partida en *El capital*, la mercancía como punto de partida analítico, y el valor como punto de partida sintético (Arthur 2004, pp. 29-30). Discutiremos esta idea en el siguiente capítulo.

En segundo lugar tenemos el problema del *método para avanzar* a partir del punto de partida. En virtud de lo que ya se ha dicho, sabemos que es un método para avanzar de lo abstracto a lo concreto, reconstruyendo las relaciones del momento abstracto inicial con los otros momentos de la totalidad, movimiento que al menos tendencialmente se aproxima a una presentación de la sociedad

burguesa como una totalidad autosustentable²⁶. Esta progresión no consiste en aplicar reiteradamente un esquema triádico en el que se niega el punto de partida (o el resultado anterior), y luego se niega la negación. El punto de partida siempre se mantiene, y se va expandiendo y determinando. La contradicción entonces no se concibe como una serie de tesis y antítesis, sino como un rasgo que caracteriza a todo momento abstracto de la exposición, de acuerdo con el cual cada momento abstracto se ve limitado por el hecho de que, al estar desgarrado de la totalidad, no puede sustentarse a sí mismo. La actividad de lo negativo radica en la incompletitud o la falta de fundamento de una categoría dada, y por lo tanto la remisión a otra categoría que la completa o la funda. El avance en la progresión dialéctica consiste entonces en desarrollar la completitud de los momentos iniciales, en donde cada paso siguiente debe resolver el problema del paso precedente añadiendo el mínimo de nuevos elementos (Arthur 2004, pp. 30-1, 66-7). Esta manera en que Arthur interpreta el rol de la negatividad como motor de la transición dialéctica posiblemente no agote la concepción hegeliana de este asunto, pero sí apunta a un aspecto efectivamente señalado por Hegel, al final de la *Lógica*, cuando dice que el carácter simple e indeterminado del punto de partida constituye una “deficiencia” que moviliza la transición a nuevas categorías.

Para terminar esta exposición, podemos ilustrar esta concepción de la progresión dialéctica construyendo un ejemplo, un tanto simplificado, de las primeras transiciones realizadas por Marx en *El capital*. El valor todavía no es valor en la simple mercancía, cuyo propio cuerpo sólo es útil para el consumo. El valor sólo se manifiesta como tal en el intercambio de una mercancía con otra. Así, pasamos de la pura mercancía a la forma simple de valor, donde se toma una mercancía aislada como equivalente a otra, por ejemplo “una billetera vale tres bufandas”. Ahora bien, esta forma expresa sólo los intercambios fortuitos, en los cuales la relación de valor todavía no está garantizada: el productor de bufandas en otro trueque podría intercambiar tres bufandas por un pantalón, y el productor de pantalones adquirir, a cambio de un pantalón, dos billeteras, lo que implicaría que no hay una relación de valor que se mantiene estable en todos esos intercambios (de lo contrario tendríamos una transitividad insostenible: “una billetera = tres bufandas = un pantalón = dos billeteras”). Por ello debe surgir la forma de dinero como “espejo universal” del valor de todas las mercancías, estableciendo la medida del valor para todos los intercambios.

²⁶ Para Arthur esta tendencia, que se realiza exitosamente en la *Lógica* de Hegel, es irrealizable en el caso de *El capital*. Esto se debe a que el capital se constituye como sujeto, como autodesarrollo, cuando tiene éxito en apropiarse de su otro, el trabajo y la naturaleza. Pero el capital nunca puede culminar esta apropiación, debido al carácter recalcitrante del trabajo, que puede constituirse como sujeto opuesto, y la naturaleza, cuyas leyes no se pueden violar y cuyos recursos son limitados (Arthur 2004, p. 106-8).

4. Plan de la tesis

Sobre la base de lo expuesto en este capítulo estamos en condiciones de presentar las discusiones que serán desarrolladas en los siguientes capítulos de esta tesis, sobre el trasfondo de una posición favorable a la Nueva Dialéctica, y por lo tanto con una vocación de crítica interna.

En el siguiente capítulo me centraré en el problema de la determinación del punto de partida de *El capital*. Allí evaluaré los criterios propuestos por Arthur (especialmente la simplicidad y la determinación histórica), y su propuesta de un doble punto de partida para *El capital*: la mercancía como punto de partida analítico y el valor como punto de partida sintético. Retomaré la propuesta de Smith de que *El capital* se estructura en torno a categorías de la doctrina de la esencia para sostener que el punto de partida de *El capital* es un entramado categorial complejo, matizando de esta manera el criterio de simplicidad propuesto por Arthur.

En el capítulo cuarto abordaré la discusión sobre la relación de la dialéctica sistemática con la historia. En primer lugar me centraré en las críticas de Smith y Arthur al método lógico-histórico, apoyándome también en la sección sobre "El método de la economía política" de la *Introducción* de Marx. En segundo lugar abordaré más específicamente la discusión sobre la producción mercantil simple, reelaborando los argumentos de Arthur contra Engels siguiendo un trabajo reciente de Octavio Colombo. Finalmente, intentaré mostrar más allá de estas críticas válidas de la Nueva Dialéctica a la interpretación de Engels, la formulación estrictamente sistemática del método de *El capital* deja fuera una dimensión histórica que está efectivamente presente en esta obra.

Finalmente, en la conclusión de este trabajo recapitularé los desarrollos precedentes, intentando elaborar una valoración de conjunto del aporte de la Nueva Dialéctica a la interpretación de *El capital*.

Capítulo 3

El problema del punto de partida

En el capítulo anterior hemos presentado los rasgos básicos de la dialéctica sistemática como método de ordenación de las categorías en *El capital*. En este capítulo profundizaremos un aspecto central de ella, que es la determinación del punto de partida de la exposición. El carácter holístico de la dialéctica sistemática podría sugerir la idea de que no hay un punto de partida privilegiado para la exposición dialéctica: si estamos ante un sistema de elementos interrelacionados, cualquier elemento que tomemos podría servir de punto de ingreso para recorrer el conjunto de las relaciones que articulan el sistema. Si bien esto puede ser cierto para la investigación o el análisis¹, en el caso de la exposición o la síntesis tanto Marx como Hegel defendieron la idea de que hay un orden lógico a seguir que establece pautas para la determinación del punto de partida.

¿Qué es lo que dice Marx al respecto? El Tomo I de *El capital* establece desde su primer párrafo que la *mercancía* es la categoría inicial de la exposición. Allí dice: «La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un “enorme cúmulo de mercancías”², y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía» (1867, p. 43). Sin más explicaciones, Marx parte de esa categoría, la analiza en términos de valor de uso y valor de cambio, llega a la categoría de valor como la esencia que se manifiesta en el valor de cambio, y analiza el desarrollo de las formas de valor hasta las formas de dinero y de capital. Así, más allá de las sugerencias que podemos extraer de la primera oración que hemos citado, el texto de Marx no ofrece una explicación de por qué comienza con la mercancía.

Dentro de los teóricos de la Nueva Dialéctica quien más ha aportado a esclarecer esta cuestión es Christopher Arthur, por lo que retomaremos su análisis. En la primera sección presentamos y discutimos los criterios definidos por Arthur para el establecimiento de un punto de partida para la exposición del modo de producción capitalista. En la segunda sección reconstruimos, siguiendo a Arthur, el razonamiento analítico por medio del cual Marx llega, de la variedad de datos

¹ Por ejemplo, Geert Reuten señala que el análisis «no es un proceso directo», representándolo gráficamente como un trayecto irregular y con rodeos desde una amplia base de fenómenos empíricos que ofrece múltiples puntos de entrada (2014, p. 247).

² El entrecomillado es una cita de la *Contribución*, que comienza con una formulación muy similar: «A primera vista, la riqueza burguesa aparece como una descomunal acumulación de mercancías, y la mercancía individual como su existencia elemental» (p. 9).

que tenemos acerca de la sociedad capitalista, a la mercancía como su momento más abstracto. En las secciones tercera y cuarta evaluamos si esa categoría de mercancía cumple los dos criterios principales establecidos por Arthur para el punto de partida: la determinación histórica y la simplicidad, respectivamente. Arthur encuentra que no satisface el criterio de la simplicidad, por lo que en la sección cuarta presentamos su intento de resolver este problema: atribuir a *El capital* un doble punto de partida, la mercancía como punto de partida analítico y el valor como punto de partida sintético. Con el fin de evaluar críticamente esta idea, en la sección quinta presentamos la visión de Tony Smith sobre el problema del punto de partida, para retomar en la sección sexta su idea de que *El capital* se estructura en torno a categorías de la doctrina de la esencia y defender entonces que el punto de partida no puede ser simple, sino un entramado categorial complejo.

1. Los criterios de Arthur

Como ya hemos señalado en el capítulo anterior, Arthur sostiene que el punto de partida debe ser «lo suficientemente *simple* para ser captado inmediatamente por el pensamiento y suficientemente *determinado* históricamente para conducir a las otras categorías que estructuran esta sociedad específica» (2004, p. 27). Éstos son los dos criterios más fundamentales, pero Arthur también señala que «el punto de partida debería presuponer lo menos que sea posible, para no afirmar dogmáticamente lo que no ha sido establecido; y debería eventualmente ser fundado como un resultado necesario de la reproducción del sistema» (p. 27). Exceptuando el criterio de la determinación histórica, los otros tres criterios remiten claramente a ideas de la *Lógica* de Hegel que presentamos en el primer capítulo, aunque Arthur no ofrece una referencia explícita. En esta sección intentamos aclarar el significado de estos requisitos y analizar su justificación.

Comencemos con el requisito de la simplicidad. Si bien Arthur no ofrece una justificación explícita de éste, en los escritos de Hegel y Marx es claro que ambos consideran la simplicidad como una condición inherente al punto de partida de una exposición sistemática. Si se parte de la base de que el objeto investigado es una totalidad, se tiene que aceptar que ésta no puede ser comprendida como tal inmediatamente, saltándose los pasos de su reconstrucción momento por momento. Para Hegel todo punto de partida se caracteriza por la inmediatez, y dado que algo complejo o diverso no puede comprenderse de manera inmediata, sino recorriendo sus diversos momentos internos, el punto de partida tiene que ser simple e indeterminado:

«Aquí tenemos entonces la razón precisa por la que aquello que constituye el comienzo no puede ser nada concreto, nada que contenga

una conexión *dentro de sí*. Es porque, como tal, presupondría dentro de sí un proceso de mediación y la transición de un primero a un otro, proceso cuyo resultado sería el algo concreto, ahora vuelto un simple. Pero el comienzo no debería él mismo ser ya un primero y un otro, pues cualquier cosa que sea en sí un primero y un otro implica que ya se ha hecho un avance. En consecuencia, lo que constituye el comienzo, el comienzo mismo, debe ser tomado como algo inanalizable, tomado en su inmediatez simple y sin llenar» (Hegel 1832, 21.62).

Una idea similar está presente en la *Introducción* de Marx, donde argumenta que en la economía política no es posible comenzar la exposición con realidades concretas como la población, porque una totalidad concreta todavía no desarrollada sólo puede ser representada caóticamente. «Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida» (1857/8, 21, p. 21). Hay un camino, seguido por la economía política naciente, y que uno podría identificar con el análisis o la investigación, que consiste en partir de la realidad concreta para hallar las determinaciones cada vez más abstractas que éstas suponen: por ejemplo, pasar de la población a las clases sociales, de éstas al capital y el trabajo asalariado, del capital al dinero, de éste al valor, etc. Sin embargo, lo que Marx considera el “método científico correcto”, al menos en el sentido de la presentación o exposición del asunto, es el camino inverso: la síntesis, la reconstrucción de la totalidad concreta a partir de sus determinaciones más simples y abstractas (21, p. 21)³.

En el caso de Hegel, este requisito de la simplicidad conduce a postular la categoría más simple y abstracta que puede encontrar como punto de partida: el puro ser. Esta categoría constituye el extremo de la simplicidad, algo que tiene sentido en el proyecto de Hegel de revelar el autodesarrollo del contenido del pensamiento puro, ya que eso requiere estrictamente no presuponer nada y no referirse a ningún contenido. Marx, sin embargo, está lidiando con una realidad social e histórica concreta, lo que implica que el ascenso a la simplicidad, el proceso de abstracción, debe ser limitado de alguna manera para que la reflexión teórica no pierda el asidero de su objeto de estudio. De lo contrario, su punto de

³ A esta diferencia entre el método de investigación y el método de exposición Marx se refirió también en el epílogo a la segunda edición del Tomo I de *El capital*: «el modo de exposición debe distinguirse, en lo formal, del modo de investigación. La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan sólo después de consumada esa labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real. Si esto se logra y se llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística» (1867, p. 19).

partida sería el mismo que el de Hegel, el puro ser, pues es la determinación más simple y abstracta posible para cualquier objeto de estudio, pero a partir de ella no podemos esperar reconstruir el sistema de la economía política⁴.

La primera oración de *El capital*, que caracteriza a la mercancía como la forma elemental de la riqueza en la sociedad capitalista, ofrece a Arthur un indicio para complementar el criterio de simplicidad, restringiendo el alcance del movimiento abstractivo. Dado que la totalidad que pretendemos reconstruir en el pensamiento es la sociedad capitalista, el punto de partida, además de simple, debe ser algún elemento representativo de esta forma de sociedad. Por lo tanto, Arthur propone que el punto de partida también debe ser históricamente determinado. El propósito de este requisito es

«que el movimiento de la abstracción retenga en la inmediatez del punto de partida propuesto algún signo de su origen en un conjunto de relaciones de producción históricamente determinado. Esto es posible si, en lugar de tomar la forma de un proceso de elevación a un nivel más genérico, aprovecha algún aspecto particular del todo bajo consideración que, siendo simple, esté a la vez tan implicado en el todo del cual es separado que todavía porte el rastro de su origen» (Arthur 2004, p. 27).

Cuando Arthur dice que la abstracción debe evitar elevarse «a un nivel más genérico», probablemente no esté pensando en la posibilidad de que ésta termine en categorías ontológicas como el puro ser. Pues hay otra clase de categorías, relevantes para la economía política y para la presentación del modo de producción capitalista, que son transhistóricas, inherentes a cualquier modo de producción. En *El capital* Marx reconoce esto desde el momento en que distingue entre el valor de uso y el valor de cambio como forma natural y forma social de la mercancía, y también al diferenciar el proceso de trabajo y el proceso de valorización como los dos aspectos (natural y social) de la producción capitalista. Que las sillas sirvan para sentarse o que en la producción haya trabajadores que emplean materias primas forman parte de esa dimensión natural o técnica de la producción social, que no es propia de ningún modo de producción en particular, sino del trabajo humano en general. En la *Introducción* Marx hace referencia a la *producción en general* para referirse a la abstracción que establece los rasgos en común que tienen todas las épocas históricas de la producción, en la medida en

⁴ Este punto también es destacado por Guido Starosta. Desde un punto de vista materialista, «el método de abstracción formal como el preludio del desarrollo sintético es más bien problemático. En efecto, cuando el objeto inmediato del acto de conocimiento no es pensado, sino una forma existente de ‘ser material’, la abstracción formal que resulta de hacer a un lado todas las determinaciones específicas nos lleva bastante lejos, y en realidad fuera, del propio ‘ámbito objeto’ que originalmente nos propusimos conocer, a saber, la realidad material» (2015, p. 90).

que «el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza, son los mismos» (1857/8, 7, p. 5). Lo que quiere decir Arthur es que este tipo de abstracción, al nivel de las condiciones naturales y transhistóricas de la producción, no puede ser el punto de partida, porque no nos permite reconstruir ningún modo de producción históricamente específico. El requisito de la determinación histórica debe frenar el proceso de abstracción antes de que éste se eleve a las categorías transhistóricas que definen a la producción en general, fijándose en alguna categoría simple que conserve la especificidad de la forma de producción capitalista⁵.

El tercer requisito de Arthur, el de presuponer lo menos posible en el punto de partida, no parece añadir nada nuevo al requisito de simplicidad. Esta idea remite sin dudas a la exigencia de Hegel para la *Lógica*, válida no sólo para el punto de partida sino también para la transición de una categoría a otra, de no introducir subrepticamente ningún supuesto ajeno al movimiento inmanente del pensamiento puro. Por eso se parte del punto de partida más abstracto posible, que al final de la *Lógica* es caracterizado como pura forma sin contenido. Como ya hemos señalado, este nivel de abstracción en el punto de partida no puede ser alcanzado en una exposición del sistema capitalista como realidad histórica concreta. Por eso es razonable que Arthur exija que se presuponga *lo menos posible*, entendiendo que algún tipo de presuposición será necesaria en el punto de partida.

Arthur no desarrolla más esta cuestión, pero aquí hay algo a tomar en consideración. En repetidas ocasiones Marx se refirió a la mercancía, en cuanto punto de partida, como *presupuesto* (*Voraussetzung*) de la producción capitalista. Por ejemplo, en las *Teorías sobre el plusvalor* Marx dice:

⁵ Si bien Arthur no realiza esta aclaración, es importante no interpretar este requisito como una prohibición de emplear abstracciones como la idea de producción en general.

En primer lugar, Marx sostiene que estas abstracciones son importantes porque permiten precisamente identificar, por contraste, cuáles son las categorías específicas a un modo de producción históricamente determinado. A fin de comprender las categorías de la economía política burguesa en su historicidad es preciso poder contrastarlas con las categorías que definen el aspecto transhistórico de la producción. «Las determinaciones que valen para la producción en general son precisamente las que deben ser separadas, a fin de que no se olvide la diferencia esencial por atender sólo a la unidad» (1857/8, 7, p. 5). Si no se establece este contraste claro, se cae en el error que cometen los economistas burgueses al «introducir subrepticamente las relaciones *burguesas* como leyes naturales inmutables de la sociedad in abstracto» (8, p. 7).

En segundo lugar, las categorías transhistóricas caracterizan a todo proceso de producción social, por lo que la exposición de un modo de producción históricamente determinado no puede prescindir de ellas. No se puede representar lo históricamente concreto de la producción abstrayéndonos de las condiciones ahistóricas y naturales en las que ésta se desarrolla. Las mercancías deben ser presentadas a la vez como valores y *como valores de uso*, el proceso de producción como proceso de valorización y *como proceso de trabajo*, etc.

«Partimos de la *mercancía* –de esa forma social específica del producto– como fundamento y presupuesto de la producción capitalista. [...] *Antes* de la producción capitalista –en anteriores modos de producción–, una gran parte del producto no entra en circulación, no es lanzada al mercado, no se produce como mercancía, no es mercancía. [...] Y, sin embargo, el desarrollo del producto como mercancía, la circulación de mercancías y, por tanto, dentro de ciertos límites, la circulación de dinero y, consiguientemente, un comercio desarrollado hasta cierto punto, son *presupuesto, punto de partida* de la formación del capital y de la producción capitalista. Como tal presupuesto tratamos a la mercancía, al partir de ella como del elemento más simple de la producción capitalista» (1862/3 III, 807, pp. 97-8)⁶.

Es decir, el punto de partida mismo sería un presupuesto: la mercancía es un presupuesto de la producción capitalista.

Para comprender esta idea debemos remitirnos al concepto hegeliano de presupuesto, ya que es probable que Marx lo esté empleando en el mismo sentido que Hegel en la *Lógica*. Este concepto adquiere su sentido más técnico en el apartado sobre la reflexión del capítulo sobre la apariencia de la doctrina de la esencia. Mientras que la reflexión ponente se caracteriza por *poner* (*setzen*) ella misma su determinidad, sin presuponer nada ni derivarla de otro lado, la reflexión externa se distingue por tomar como punto de partida inmediato un otro, por *presuponer* (*voraussetzen*) algo ajeno a sí misma, algo exterior y dado a la reflexión. Ese punto de partida es precisamente el *presupuesto* (*Voraussetzung*), cuyo carácter de otro es luego superado en la reflexión determinante, resultando ser algo puesto (*gesetzt*) por la propia reflexión, es decir, convirtiéndose en su resultado.

Así, tomar la mercancía como un presupuesto sería tomarla como algo dado, que de alguna manera precede (lógica o históricamente) a la producción capitalista, y que es un elemento necesario para que ésta se ponga en movimiento. Esto implica no considerarla, al menos en un primer momento, como un resultado de dicha producción. Como dice Marx en los *Grundrisse*, refiriéndose a la circulación simple de los primeros capítulos de *El capital*: «*La circulación, pues,*

⁶ La misma idea aparece en otra parte de los manuscritos del 61-63: «La formación del capital sólo puede tener lugar sobre la base de la producción y la circulación de mercancías, y por tanto en un estadio del comercio que ya esté dado y ya haya crecido hasta un cierto volumen, mientras que la producción y la circulación de mercancías (que incluye la circulación del dinero), por el contrario, de ningún modo presuponen la producción capitalista para su existencia, apareciendo más bien como el presupuesto necesario, dado, histórico de la producción capitalista» (Marx 1861/3, 185, pp. 307-8).

Los dos pasajes citados también aparecen con ligeras modificaciones en los *Resultados*, que fueron escritos un año después (Marx 1863/4, 441, 444; pp. 108-110, 114).

no lleva en sí misma el principio de la autorrenovación. Sus elementos le están presupuestos [vorausgesetzt], no puestos [gesetzt] por ella. Las mercancías deben ser lanzadas permanentemente en ella, de nuevo y desde afuera, al igual que el combustible al fuego» (1857/8, 166, pp. 193-4). Es decir, al considerar la circulación simple de mercancías (el circuito M-D-M) y la forma general de la circulación de capital (D-M-D'), en las dos primeras secciones de *El capital*, estamos poniendo entre paréntesis la forma de producción de las mercancías. Simplemente *presuponemos* que las mercancías están ahí, que aparecen en el mercado. Desde esta perspectiva, todavía abstracta, la circulación está en una posición delicada: requiere que las mercancías simplemente aparezcan, lo cual hasta aquí es un hecho fortuito. Esta falta de fundamento suscita un movimiento de concreción que nos lleva al siguiente nivel de la progresión dialéctica, la esfera de la producción. Recién cuando presentamos de manera integral el funcionamiento del sistema de producción capitalista la mercancía aparece ya no como su presupuesto, sino como su resultado, como un elemento que la producción capitalista garantiza permanentemente para su autorreproducción⁷.

El punto de partida, entonces, en cuanto presupuesto, es algo que la producción capitalista toma como dado, algo que en un primer momento no puede ser caracterizado como su resultado, sino simplemente como algo que se presenta y que no se cuestiona. A su vez, es algo necesario para que la producción capitalista pueda existir, su función como presupuesto es precisamente permitir su existencia, ser el elemento que posibilite su construcción como sistema, y por tanto su presentación⁸. Una vez clarificado de esta forma el concepto, queda claro

⁷ Hay otros pasajes en los *Grundrisse* donde es claro que Marx emplea esta misma terminología en un sentido hegeliano: «si bien, pues, los presupuestos [Voraussetzungen] del devenir del dinero en capital aparecen como ciertos *presupuestos* exteriores a la génesis del capital, éste, no bien ha llegado a ser capital en cuanto tal, produce sus propios presupuestos, o sea, la posesión de las condiciones reales para la creación de nuevos valores *sin intercambio*, a través de su propio proceso de producción. Esos supuestos que originariamente aparecían como condiciones de su devenir -y que por tanto aún no podían surgir de su acción *como capital-*, se presentan ahora como resultados de su propia realización, como realidad *puesta [gesetzt]* por él: *no como condiciones de su génesis, sino como resultados de su existencia*» (363-4, p. 421).

⁸ A veces Marx dice que la mercancía constituye el *presupuesto histórico* de la producción capitalista. Cuando sostiene que la existencia de al menos un limitado nivel de desarrollo del comercio y de la circulación mercantil en las sociedades precapitalistas constituye el presupuesto de la formación del capital está apuntando a una transición histórica entre una forma de producción y otra. De hecho, Marx sostiene en los *Resultados* que el círculo que va de la mercancía como presupuesto de la producción capitalista a la mercancía como su resultado «corresponde al *desarrollo histórico* del capital», y afirma que la circulación de mercancías y el desarrollo del comercio en las sociedades preburguesas «[s]on el *presupuesto* * *histórico* del modo capitalista de producción» (1863/4, 441-2, pp. 109-10).

Si analizamos el sentido de esta expresión vemos que no excluye una presuposición *lógica*, sino que de hecho la supone. Este concepto de presuposición histórica parece

por qué el punto de partida debe ser un presupuesto. Dado que al comienzo de la exposición el sistema capitalista todavía no puede haber sido presentado integralmente como un sistema que produce sus propias condiciones de existencia, esas condiciones, al ser necesarias para la existencia del sistema, deben ser introducidas de algún modo para realizar su exposición, por lo que deben ser traídas desde afuera, deben presupuestas como dadas. Así, si bien el requisito de la simplicidad exige traer a colación la menor cantidad posible de presupuestos, la única manera de evitar completamente los presupuestos sería partir de la indeterminidad pura como en la *Lógica* de Hegel. El punto de partida será entonces un presupuesto, aunque luego se demuestre que es un resultado de la propia operación del sistema⁹.

Finalmente, la idea de que el punto de partida debe reaparecer al final de la exposición, siendo fundamentado en la medida en que se revela como resultado de la reproducción del sistema, se remite a la descripción de Hegel del movimiento circular del método. Al analizar la dialéctica entre presupuesto y resultado hemos visto que Marx se hizo eco de esta idea. Esto se expresa en la intención de culminar el Tomo I con una caracterización de la mercancía como resultado del proceso de producción capitalista, aunque ciertamente el final del Tomo I no es el

sostener que la circulación mercantil precapitalista no es un antecedente contingente del capitalismo, como lo sería si éste también pudiera haber surgido en ausencia de circulación mercantil. Como dice Marx en los *Resultados*, la «formación del capital *no puede* operarse si no es sobre la base de la circulación de mercancías» (441, p. 109; el énfasis es mío). Ahora bien, si estamos ante una relación necesaria, ésta no puede fundarse en una mera causación histórica: a través de la historia podemos constatar cómo se dio empíricamente el paso de la existencia localizada del comercio en algunas economías precapitalistas a las relaciones de producción capitalistas que se fueron generalizando hasta constituir la sociedad burguesa contemporánea, pero el establecimiento de por qué una era el presupuesto necesario de las otras parece exceder esa mera constatación histórica. Esta relación necesaria, que establece por qué determinadas condiciones deben darse históricamente antes que otras, parece ser de un carácter lógico o conceptual. Que el punto de partida sea un presupuesto, entonces, implica que el conjunto de la exposición depende lógicamente o conceptualmente de esa categoría.

* He modificado ligeramente la traducción para unificar la terminología, ya que Pedro Scaron ha preferido vertir *Voraussetzung* por *premisa*. Ver también la cita de los manuscritos de 1861-63 en la nota 6, donde también se sostiene esta idea (de hecho, proviene de todo un párrafo de los manuscritos que es reelaborado en la parte citada de los *Resultados*).

⁹ La mercancía no será el único presupuesto de la exposición. En la transición a la esfera de la producción se presupondrá la existencia de fuerza de trabajo libre, condición necesaria para la valorización del capital. Recién con el análisis de la reproducción del capital se comprende cómo el sistema reproduce la fuerza de trabajo como una de sus condiciones, y con la presentación de la acumulación originaria se comprende cómo se gestó esa condición en primer lugar.

final de toda la exposición, y el Tomo III culmina con el análisis de las clases sociales y no con un retorno a la mercancía¹⁰.

No considero que haya buenas razones para proponer de manera estricta este requisito, más allá de querer imitar la arquitectónica de la *Lógica* o de sostener (a través de alguna forma fuerte de tesis de la homología) que su vinculación con la arquitectónica de *El capital* es muy estrecha. Es cierto que a medida que avanza la exposición el punto de partida va ganando en determinación, lo que puede hacer necesario volver a exponer la categoría inicial para presentarla en sus relaciones más concretas. Sin embargo, suponer de antemano que la exposición debe terminar necesariamente con esa categoría puede ser una forma de forzar un esquema que no es requerido por las propias necesidades de la exposición, sobre todo a medida que esta empieza a avanzar a niveles más concretos, donde la complejidad del asunto se presta cada vez menos a una presentación dialéctica prolija. Tal vez nada impide cerrar con una reconsideración de la categoría inicial, pero eso puede resultar artificial, una recapitulación que no añade ningún contenido nuevo a la exposición y se realiza sólo por esa necesidad arquitectónica. A la inversa, si tuviéramos un punto de partida capaz de iniciar una presentación clara de las relaciones internas del sistema pero no pudiéramos garantizar que reaparezca de manera significativa al final, este criterio nos obligaría a descartar ese punto de partida, sacrificando una buena exposición ante el formalismo del esquema. Finalmente, el cumplimiento de este criterio sólo se puede verificar una vez culminada la exposición del sistema, una tarea que Marx no llegó a realizar y que por lo tanto nos trae complicaciones adicionales. De todas maneras, este requisito problemático no juega un rol importante en la manera en que Arthur establece el punto de partida de la exposición, por lo que podemos omitirlo a la hora de discutir su interpretación.

¹⁰ Sekine (1986), de la escuela japonesa, elabora una interpretación del Tomo III en la que se culmina con un retorno a la categoría de mercancía. El final de la “teoría pura del capitalismo” sería una “doctrina de la distribución”, que tiene su momento culminante en el capital que rinde interés en la forma de la sociedad por acciones, que es interpretada por Sekine como una mercantilización del capital.

Por otra parte, Marx finalmente no incluyó al final del Tomo I el capítulo sobre los resultados del proceso inmediato de producción, que incluye la sección sobre la mercancía como resultado de la producción capitalista como cierre del Tomo I. Una de las razones que aducen los editores de las MEGA² para explicar esta exclusión es que «Marx llegó a creer que tratar la mercancía como producto del capital en los ‘Resultados’ era prematuro. El esfuerzo para distinguir la mercancía como un individuo de la mercancía como una parte alícuota de la masa de mercancías producidas por el capital estaba mal ubicado, dado que una explicación completa de la mercancía como el producto del capital tendría que esperar hasta la introducción de los precios de producción en el Volumen III» (Murray 2009, p. 170). Esto sugiere que Marx podría haber incluido ese capítulo sobre la mercancía en el Tomo III, culminando su obra con el punto de partida (aunque no está claro si lo habría hecho al final).

2. El razonamiento analítico de Marx

Ahora debemos discutir cómo llega Arthur a establecer un punto de partida basándose en estas consideraciones. Con estos criterios es necesario seleccionar, estudiando la realidad concreta, las determinaciones, categorías o relaciones más apropiadas para iniciar la exposición. Ese estudio de la realidad concreta es un proceso de *análisis* o un paso de lo concreto a lo abstracto. En el primer capítulo ya habíamos señalado que Marx en la *Introducción* y en el Epílogo a la segunda edición de *El capital* se había referido brevemente a esta “fase de investigación”, caracterizándola como el procedimiento típico de la economía política clásica. En las *Teorías sobre el plusvalor* Marx desarrolla de manera más extensa su visión de cómo opera el análisis como metodología predominante de la economía política clásica:

«La economía clásica busca mediante el análisis reducir a su unidad interior las diferentes formas fijas y ajenas entre sí de la riqueza, y despojarlas de la forma en que se mantienen una al lado de la otra e indiferentes entre sí; quiere comprender la conexión interna, a diferencia de la diversidad de las formas de manifestación. De ahí que reduzca la renta a plusganancia, con lo que aquella deja de ser una forma especial, *independiente*, y es separada de su aparente fuente, la tierra. Despoja, asimismo, al interés de su forma independiente, y lo pone de manifiesto como una parte de la ganancia. Reduce así todas las formas de ingreso, y todas las figuras y títulos independientes bajo los que los no trabajadores participan del valor de la mercancía, a la forma única de la ganancia. Pero ésta se resuelve en el plusvalor, puesto que el valor total de la mercancía se resuelve en el trabajo, y la cantidad pagada del trabajo contenida en ella [se resuelve] en el salario, entonces el excedente por sobre éste [se resuelve] en el trabajo impago, apropiado gratuitamente bajo diversos títulos, pero que es plustrabajo provocado por el capital. La economía clásica se contradice ocasionalmente en este análisis; intenta con frecuencia llevar a cabo esta reducción directamente, sin eslabones intermedios, poniendo de manifiesto la identidad de la fuente de la que emanan las diferentes formas. Pero esto se desprende necesariamente de su método analítico, con el que deben comenzar la crítica y la conceptualización. No tiene interés en desarrollar genéticamente las diferentes formas, sino en reducirlas a su unidad a través del análisis, puesto que parte de ellas como de presupuestos dados. Ahora bien, el análisis es el presupuesto necesario de la presentación genética, para comprender el proceso real de conformación en sus diferentes etapas» (1862/3 III, 920-1, p. 442-3).

Este largo pasaje, poco tenido en cuenta en la bibliografía relevada sobre la metodología de Marx, es rico en sugerencias metodológicas. El análisis es caracterizado como la reducción a una unidad de distintas formas que en su manifestación aparente son fijas y ajenas entre sí (p. ej., la ganancia industrial, la ganancia comercial, el interés, la renta de la tierra). Podemos identificar en realidad dos movimientos aquí, el primero de separación, que consiste en identificar y aislar las distintas formas y relaciones que se manifiestan diferenciadamente en la totalidad concreta, y el segundo de reducción de estas formas o relaciones a una unidad. Esto implica romper ciertos vínculos aparentes, divorciar estas formas de sus fuentes aparentes: la renta no surge natural o inmediatamente de la propiedad de la tierra, el interés no surge del préstamo de dinero, etc. Todas estas formas son producto del reparto del plusvalor, y por lo tanto tienen como origen común la explotación del trabajo asalariado por el capital industrial. Lo que reciben las otras fracciones del capital (o de la clase dominante en general: el terrateniente que pone la tierra donde se realiza parte de la producción, el comerciante que distribuye las mercancías, el banquero que le presta dinero al industrial para que éste pueda realizar sus inversiones) son deducciones del plusvalor producido por el capital productivo o industrial.

El defecto del análisis, con respecto a la presentación *genética* (que sería el paso de lo abstracto a lo concreto, la *síntesis*), es que se contenta con establecer esa forma unitaria, sin restablecer la manera como esa forma se termina manifestando a través de las distintas formas concretas. Así, sabemos que las distintas formas de ganancia y renta se reducen al plusvalor, pero no comprendemos la manera concreta y sistemática en que esas formas se generan a partir del plusvalor. Todavía tenemos una representación caótica de la totalidad concreta, pues las distintas formas concretas siguen existiendo una al lado de la otra, sólo que vinculadas a través de una simple relación de reducción a una única forma universal. La totalidad es representada como una estructura simple donde las múltiples determinaciones concretas remiten unívocamente y en pie de igualdad unas con otras al principio unificador, sin jerarquizar las categorías y exponer las mediaciones necesarias por las cuales ese principio unificador se va desarrollando hasta conformar esa totalidad concreta, lo que imposibilita comprender el vínculo interno específico de cada categoría con la totalidad. Esta comprensión sólo puede ser alcanzada por medio de la presentación genética, la síntesis, o la dialéctica sistemática propiamente dicha.

Sin embargo, la síntesis presupone necesariamente el análisis, porque en cuanto movimiento de lo abstracto a lo concreto requiere la identificación analítica del principio unificador abstracto y universal, y en el camino a ese principio requiere haber identificado también las relaciones específicas entre las categorías más concretas, para poder exponerlas en el momento de hacer el retorno a lo concreto. Esto está detrás de la crítica de Marx a Lassalle en una carta a Engels del 1 de febrero de 1858:

«el compañero intenta exponer la economía política a la manera de Hegel. Descubrirá a sus expensas que una cosa es que una crítica lleve a una ciencia al punto en el que admite una presentación dialéctica y otra muy distinta es aplicar un sistema de lógica abstracto y prefabricado a presentimientos vagos de tal sistema» (Marx & Engels 1856/9, p. 261).

Es decir, en ausencia de un análisis cabal del asunto, que se apropie detalladamente del objeto de estudio hasta llevarlo al punto en que admite una presentación dialéctica, el intento de presentar sintéticamente el objeto sólo podrá consistir en aplicar la dialéctica de Hegel como un esquema a las representaciones vagas que uno tenga sobre el objeto en cuestión.

Vale hacer la aclaración de que este análisis no puede ser entendido simplemente como el trabajo de un investigador individual. Si bien desde la perspectiva del investigador individual podemos hablar de los momentos en que éste razona analíticamente y los momentos en que lo hace sintéticamente, Marx usa estos conceptos predominantemente para referirse a la maduración de una ciencia como un todo, un proceso que involucra a muchos individuos y que puede extenderse por varias generaciones. Así, la fase analítica previa a la exposición de la crítica de la economía política no es simplemente una investigación que Marx desarrolla individualmente, sino el largo proceso en el que la economía política clásica aisló las categorías centrales que caracterizan a la sociedad capitalista.

Esto se vincula a su vez con la crítica de la habitual manera empirista de interpretar los procesos de análisis o abstracción. Dado que desde un punto de vista psicológico-individual la relación con los objetos externos se da a través de los sentidos, el empirismo supone que la aprehensión del objeto concreto de la que parte el análisis para aislar sus momentos abstractos es solamente una aprehensión sensorial. En la práctica científica real el investigador se basa en resultados de investigaciones precedentes, relatos y testimonios, datos estadísticos, noticias periodísticas, etc.: toda una serie de recursos que, si bien en última instancia provienen de una aprehensión sensorial de su objeto, se encuentran altamente elaborados y conceptualizados. Por un lado, esta mediación conceptual y el carácter remoto de la intuición sensible del objeto es un aspecto necesario de la ciencia entendida como una empresa social, ya que los distintos individuos necesitan transmitirse entre sí, a través de formas conceptualmente ya elaboradas, los resultados de sus investigaciones sobre el objeto. Por otra parte, sobre todo en el caso de una ciencia social como la economía política, esto es también una consecuencia del nivel de abstracción con respecto a la realidad inmediatamente sensible en el que se ubica su objeto y las variables que considera en el momento

de su estudio¹¹. Así, no hay que caer en la simplificación de pensar que el análisis, como paso de lo concreto a lo abstracto, parte de la realidad concreta tal y como ésta es inmediatamente representada, de un encuentro sensorial cara a cara con su objeto. A todas sus investigaciones Marx las realizó dentro de las paredes de una biblioteca o de su casa, apropiándose de información ya procesada de todo tipo, en gran parte elaborada durante décadas por investigadores que le precedieron.

Arthur no se detiene a comentar las características del procedimiento analítico en general, pero a la hora de interpretar cómo Marx establece la mercancía como categoría inicial de *El capital* le atribuye un razonamiento analítico que parte de la forma de *capital*. Arthur no explicita el porqué de este punto de partida; simplemente dice que Marx «está frente al capital» (Arthur 2004 p. 27). Sin embargo, la razón resulta bastante obvia. Marx dice en la *Introducción*:

«Nada parece más natural, por ejemplo, que comenzar por la renta del suelo, la propiedad de la tierra, desde el momento que se halla ligada a la tierra, fuente de toda producción y de toda existencia, así como a la primera forma de producción de todas las sociedades más o menos estabilizadas: la agricultura. Y sin embargo, nada sería más erróneo. En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras el rango y la influencia. [...] En la sociedad burguesa [...] la agricultura se transforma cada vez más en una simple rama de la industria y es dominada completamente por el capital. [...] No se puede comprender la renta del suelo sin el capital, pero se puede comprender el capital sin la renta del suelo. El capital es la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa. Debe constituir el punto de partida y el punto de llegada, y debe considerársele antes que la propiedad de la tierra» (1857/8, 27, pp. 27-8).

¹¹ Por ejemplo, un economista que quiere investigar empíricamente la vinculación de la inflación con el tipo de cambio no necesita “datos sensibles” sobre su objeto (p. ej. el color, el tamaño y la distribución espacial de las mercancías). Probablemente se basará en la difusión del tipo de cambio del Banco Central y en los reportes de inflación del instituto nacional de estadísticas. Naturalmente, para elaborar un índice de inflación se necesita algún tipo de contacto empírico con las mercancías medidas. Pero, de nuevo, no se trata de captar sus propiedades sensibles, sino de usar los sentidos para adquirir una información que excede a las cualidades sensibles del objeto, pues ya está elaborada y conceptualizada. Si el encuestador va a un supermercado a ver a cuánto se está vendiendo el paquete de fideos, ni siquiera necesita observar esa mercancía: le basta ver la lista de precios, pero no para ver el color y la tipografía de los números, sino simplemente para conocer el precio, que no es precisamente una cualidad “sensible” del objeto. En esta disciplina los datos sensoriales juegan mucho más un rol de soporte de otro tipo de información altamente conceptualizada que el de una presentación directa de cualidades sensibles científicamente relevantes del objeto. Esto es algo que en el campo de la epistemología marxista ha enfatizado sobre todo Althusser, en su crítica del empirismo y al sostener que los insumos del proceso de producción de conocimiento son siempre generalidades (las que denomina Generalidades I; Althusser 1967, pp. 150-160).

La cita de las *Teorías del plusvalor* de la página 68 es un complemento de ésta. El capital, como forma social predominante de la sociedad burguesa, es la categoría que tiene primacía explicativa sobre el resto de las categorías más concretas, que sólo pueden ser comprendidas a partir de su relación con éste. La categoría de capital representa la esencia de la forma de producción burguesa, el principio unificador que articula el conjunto de la totalidad concreta, es una categoría históricamente determinada, y por lo tanto constituye *prima facie* el punto de partida más apropiado de la exposición sintética.

Ahora bien, el punto de Arthur es que Marx se vio obligado a retroceder aún más en el movimiento analítico, porque la categoría de capital es relativamente *compleja*, con demasiados presupuestos y susceptible todavía de un mayor análisis. Aunque es una categoría históricamente determinada, no satisface el principio de simplicidad. Si bien representa la esencia de la totalidad, es preciso reducirla a su germen. «[Marx] está frente al capital; no puede comenzar con él porque incluso si se desviste su concepto hasta presentar su esencia desnuda todavía tiene la complejidad de la autovalorización, cuya apariencia inmediata es un incremento en el reflujo de dinero. Entonces abstrae de esta relación compleja la figura del dinero» (Arthur 2004, p. 27). Incluso quitando las determinaciones más concretas ligadas a la categoría de capital (por ejemplo, la idea del plusvalor originado en la explotación de trabajo asalariado), se llega a un concepto formal de capital que no es lo suficientemente simple. En su forma más abstracta el capital es valor que se autovaloriza, que se manifiesta como un ciclo en el que un determinado monto de dinero adelantado retorna con un incremento (D-M-D'). Esto presupone no sólo este ciclo del dinero, sino la categoría del dinero en cuanto tal.

Ahora bien, el dinero tampoco constituye un punto de partida apropiado, pues esta categoría también posee su complejidad: «el dinero es esencialmente una idea incompleta, que no tiene sentido excepto en sus varias relaciones con las mercancías, como la de ser medio de su circulación» (Arthur 2004, p. 27). Incluso la función más abstracta y simple del dinero, la de ser medida del valor¹², supone una relación con las mercancías, que son las que ven expresado su valor a través del dinero. De esta manera, Marx llega a la mercancía como categoría inicial, por lo que la exposición consistirá en realizar el camino inverso de este razonamiento analítico, derivando primero la categoría de dinero y luego la de capital.

¹² El dinero como medio de circulación supone el circuito completo M-D-M, caracterizado como los dos actos sucesivos de venta (M-D) y compra (D-M). El dinero como medida de valor, en cambio, es una relación exclusiva entre el dinero y una mercancía, que se realiza incluso idealmente, sin requerir que se concrete un intercambio (no hace falta que se compre el libro, que se presente efectivamente el dinero, para que éste valga \$150).

Aunque Arthur no cita ningún texto de Marx para atribuirle este razonamiento, en cierto modo esta idea está reconocida en los pasajes que hemos citado en la sección anterior, donde Marx señala que la mercancía es un presupuesto de la producción capitalista. Este movimiento analítico se distingue de la reducción anteriormente presentada de las distintas formas de ganancia y renta al plusvalor. Ya no se trata de encontrar un principio unificador de muchas cosas que se manifiestan aisladamente una al lado de otra. Partimos de una categoría, el capital, que ya está en cierto modo unificada, es una estructura articulada, una unidad en la diversidad. Sin embargo, esa diversidad, en la medida en que sigue siendo relativamente compleja, puede seguir siendo reducida a una forma que idealmente debería ser simple, una unidad pura sin diversidad. Por ello el procedimiento analítico sigue tratándose de una reducción de la diversidad a la unidad; pero al partir de una única categoría que ya es un principio unificador, podemos caracterizar esta fase también como el paso de la esencia a su germen¹³.

En la medida en que este ulterior análisis parte del capital ya establecido como principio unificador, tiene una clara prerrogativa: el análisis debe llegar a una categoría que permita un retorno sintético *al capital* como forma social fundamental para la comprensión del conjunto de las relaciones de la sociedad burguesa. El procedimiento analítico de Marx, en consecuencia, no va directamente de la representación caótica de la totalidad concreta a la categoría de mercancía como punto de partida más abstracto, sino que ese análisis está mediado por el establecimiento de la categoría de capital como forma social predominante en la sociedad burguesa, y por tanto el procedimiento analítico se centra en esa forma social e intenta establecer sus presupuestos y sus determinaciones más abstractas. Esto a su vez prefigura el camino inverso que debe hacer el movimiento de síntesis: en primer lugar se debe derivar la forma de capital a partir de la forma de mercancía para luego, una vez establecida la relación esencial, demostrar cómo ésta se va concretizando a través de categorías y relaciones cada vez más complejas y diversas.

El argumento analítico reconstruido por Arthur en sí mismo no demuestra que la mercancía sea un buen punto de partida: sólo establece que es una categoría más simple que el dinero y el capital, al ser presupuesta por ellas. Debemos verificar, entonces, si efectivamente satisface los criterios propuestos por Arthur. Luego de formular el razonamiento por el que Marx llega a la mercancía como

¹³ Arthur dice, por ejemplo, que «la forma de valor (como el germen del capital) debería ser analizada primero» (Arthur 2004, p. 86). El campeón de la posición de tratar al capital como esencia, y a sus presupuestos como su germen o su embrión, es Scott Meikle: «La forma-mercancía es convertida en el punto de partida en "el método de presentación" porque la investigación ha revelado que es, como Marx repetidamente la describe, la "forma embrionaria" de la esencia cuyos necesarios cambios y realizaciones de potenciales culminan en el logro de la forma final, finalizada, de esa esencia: el capital» (Meikle 1985, p. 71). Sin embargo, a diferencia de los adherentes a la Nueva Dialéctica, el esencialismo que Meikle atribuye a Marx es mucho más aristotélico que hegeliano.

punto de partida, Arthur plantea el problema de que ésta no satisface claramente los requisitos de simplicidad y determinación histórica.

3. La mercancía como categoría históricamente determinada

Comenzamos con la objeción sobre la determinación histórica, ya que es la más simple de abordar. Arthur objeta que la mercancía no sería tan determinada históricamente pues «un intercambio de mercancías de algún tipo aparece en épocas precapitalistas» (2004, p. 28). El propio Marx ha sostenido, en pasajes que hemos citado en la primera sección, que cierto grado de circulación mercantil precede históricamente y es condición para el surgimiento de la producción capitalista, y de hecho la existencia de mercancías es tan temprana como la del comercio, una actividad que las sociedades humanas han realizado en los más diversos modos de producción. En consecuencia, la mercancía no parece ser una categoría específica del modo de producción capitalista, lo cual pone en duda que partiendo de ella se pueda llegar a las categorías históricamente determinadas que caracterizan a dicho modo de producción.

A esto Arthur responde que «el punto de partida no es alguna vaga noción de “mercancía”, sino la mercancía como la forma característica en la que el producto aparece en el capitalismo» (2004, p. 28). La diferencia es que mientras que en las sociedades precapitalistas el intercambio de mercancías se desarrollaba como una actividad secundaria para la reproducción de esas formas de sociedad, en la sociedad capitalista esta actividad se generaliza y la mercancía se convierte en la forma general del producto del trabajo. En términos lógicos esto significa que «la categoría simple de la *universalidad* es incorporada al punto de partida» (2004, p. 28). Arthur considera que esta idea aparece implícitamente en el comienzo de *El capital*, cuando Marx se refiere a la mercancía como la forma elemental de la riqueza *en la sociedad burguesa*, y que la sostiene explícitamente en otros textos como los manuscritos de 1861-63 y los *Resultados*. La evidencia textual más relevante que aduce es una cita del manuscrito de 1861-3 (del mismo párrafo que la de la nota 6) en la que Marx dice que «la producción y la circulación de mercancías [...] de ningún modo requiere la producción capitalista para su existencia [...]. Por otro lado, es sólo sobre la base de la producción capitalista que la mercancía se convierte por primera vez en la forma *general* del producto» (1861/3, 185, p. 308).

El problema inmediato que aparece con esta solución es que en el punto de partida la mercancía *no aparece* con la determinación de ser la forma general del producto de una sociedad históricamente determinada. El punto de partida es para Marx la mercancía *individual*, despojada de todas sus relaciones con el sistema de producción dentro del cual es producida. En las *Teorías sobre el plusvalor* Marx dice que en el punto de partida «tenemos ante nosotros a la mercancía individual

[*einzelne Ware*], al producto individual»: «Tomamos individualmente los productos y analizamos las determinaciones de forma que tienen en cuanto mercancías» (1862/3 III, 807, pp. 97-8)¹⁴. Marx en el comienzo de *El capital* se refiere a la mercancía como forma elemental de la riqueza en la sociedad capitalista sólo como un preludio analítico necesario para el aislamiento de la forma de mercancía, que en cuanto categoría abstracta inicial es individualizada y pierde (temporariamente) esa determinación. La forma de mercancía como producto del capital aparece recién al final de la exposición, en el tratamiento de la mercancía como resultado de la producción capitalista, en los *Resultados del proceso inmediato de producción*¹⁵.

En lo que respecta a la determinación más explícita de la mercancía como forma general del producto, ésta también aparece como un resultado de la producción capitalista, no ya en el sentido de que el proceso de valorización (analizado como algo que ocurre en una fábrica individual) le imprime características particulares (las referidas en la nota 15), sino en el sentido de que es un resultado histórico de la expansión del capitalismo como formación social. En los *Resultados* Marx dice:

«Esta progresión en círculo de nuestro análisis corresponde al desarrollo histórico del capital, desarrollo entre cuyas condiciones de surgimiento se encuentra el intercambio de mercancías, el comercio;

¹⁴ Esto es precisamente lo que hace Marx al comienzo de *El capital*, donde presenta la mercancía individual como la forma elemental de la riqueza en la sociedad capitalista (1867, p. 43), e inmediatamente después se pone a analizar las determinaciones internas que la constituyen como tal: el valor de uso y el valor de cambio (pp. 43-5).

¹⁵ Marx allí expresa claramente la idea de que hay un contraste entre la mercancía como punto de partida y la mercancía como resultado de la producción capitalista:

«Habíamos partido de la mercancía individual como de un artículo autónomo en el que se objetiva determinado cuanto de tiempo de trabajo y que por ello tiene un valor de cambio de una magnitud dada.

La mercancía se presenta ahora [tal como surge de la producción capitalista] determinada en forma doble [aunque le siguen tres apartados]:

1) [...] la mercancía como producto del capital en parte contiene trabajo pago, y en parte trabajo impago* [...].

2) [...] Como resultado del proceso no comparecen mercancías aisladas, sino una masa de mercancías, en la cual se ha producido el valor del capital adelantado + la plusvalía [...]. Ya no hay que calcular el trabajo empleado en cada mercancía, y ello a causa del cálculo promedial [...]. Ese trabajo sólo vale en cuanto parte alícuota del trabajo total recaído en ella [...].

3) [...] la mercancía se muestra ahora en el volumen y las dimensiones de la venta que tiene que operarse para que se realicen el viejo valor del capital y el de la plusvalía por él producida, lo cual de ningún modo sucede si se venden a su valor las mercancías singulares» (1863/4, 444-5, pp. 114-5).

* Marx reconoce que ésta es una forma imprecisa (pues lo que se paga no es el trabajo, sino la fuerza de trabajo), aunque cómoda, de referirse al trabajo necesario y al plustrabajo.

esa condición misma, empero, se forma sobre la base de diversos estadios de producción a todos los cuales es común la circunstancia de que en ellos la producción capitalista no existe en absoluto o existe sólo esporádicamente. Por lo demás, el intercambio de mercancías desarrollado y la *forma de la mercancía* como forma social, necesaria y general del producto mismo, son tan sólo el *resultado del modo capitalista de producción*» (Marx 1863/4, 441, p. 109).

Esta generalización de la forma de mercancía a todos los productos del trabajo es coextensiva con la expansión del propio sistema capitalista hasta apoderarse de todo el proceso de trabajo de una sociedad. El carácter expansivo de la sociedad capitalista sólo aparece con claridad cuando Marx desarrolla las tendencias de la acumulación del capital al final del Tomo I, por lo que la mercancía como forma general del producto sólo puede comprenderse al final de dicha exposición, y no en el punto de partida.

En consecuencia, en la medida en que el punto de partida es la mercancía individual, ésta aparece como una forma aislada, como el elemento más simple de la producción capitalista, despojado de las relaciones que mantiene con el conjunto de la producción, por lo que no contiene ninguna marca de que se trata de una mercancía producida de manera específicamente capitalista, de la forma general del producto de esa sociedad específica. La categoría de mercancía no posee al comenzar la exposición esa determinación histórica, y si forzamos que la tenga estaríamos añadiendo un presupuesto al punto de partida, contrariando el criterio de simplicidad y el de no introducir más presupuestos que los estrictamente necesarios. El problema no es en sí misma la mayor complejidad que adquiere el punto de partida (pues en el resto de este capítulo argumentaremos que el requisito de simplicidad debe ser relajado), sino que esta determinación adicional ha perdido su sentido concreto al haber sido abstraída del momento de la exposición dialéctica al que pertenece, que es la caracterización de las tendencias de la acumulación del capital y de la naturaleza expansiva y totalizadora del capital. Esa determinación histórica se convierte en un añadido exterior al concepto abstracto inicial de mercancía, que no expresa una determinación orgánicamente presente en ese concepto, transformando el punto de partida en un comienzo que no sólo es complejo, sino que es una multiplicidad sin una unidad orgánica¹⁶.

¹⁶Arthur, desde su peculiar versión de la teoría de la forma de valor, ha formulado una crítica similar a la decisión de Marx de presentar la ley del valor antes fundar el proceso de valorización del capital en la esfera de la producción. Arthur considera más apropiado exponer el desarrollo de las formas de valor como formas puras, sin presuponer todavía que lo que se expresa en esas formas es el trabajo abstracto, demostrando que la propia dialéctica de las formas concluye en que es el trabajo abstracto lo que éstas toman como contenido. «El hecho de que la presentación sólo encontró necesario volverse hacia el trabajo productivo cuando la forma de capital requirió un fundamento implica que hay fundamentos inadecuados para postular una teoría laboral del valor al nivel del mero

Considero que la manera más apropiada de superar estos problemas es no intentar forzar que el punto de partida aparezca ya desde el comienzo como históricamente determinado. Si en el curso de su desarrollo las formas más concretas adquieren esa determinación histórica, entonces el punto de partida cumple su cometido. Para usar una expresión hegeliana, podemos decir que la determinación histórica sólo tiene que existir *en sí* en el punto de partida, como algo que se revela en el transcurso de la exposición y que no aparece de manera explícita inmediatamente. En este caso, si la categoría de mercancía nos permite avanzar dialécticamente a la categoría históricamente determinada de capital, podemos juzgar que el criterio de la determinación histórica está satisfecho. Esa posibilidad no puede ser garantizada de antemano, sino que depende del éxito de la derivación dialéctica de la categoría de capital. Al igual que el criterio de que el punto de partida debe reaparecer como resultado de la exposición, esta reformulación del criterio de la verificación histórica sólo puede comprobarse en el transcurso de la exposición. Por cuestiones de espacio hemos resuelto no reconstruir y evaluar las transiciones dialécticas de *El capital*, por lo que esta verificación queda abierta a una futura investigación.

4. El criterio de simplicidad: mercancía vs. valor

La otra objeción de Arthur es que la mercancía no es una categoría simple: ésta se caracteriza por dos determinaciones, el valor de uso y el valor de cambio. Dado que la exposición de Marx prosigue, en la sección sobre la forma de valor, partiendo sólo de la categoría del valor de cambio como forma de manifestación del valor, Arthur se pregunta si «no debería entonces afirmarse que el *verdadero* punto de partida de Marx era el *valor*, algo apropiadamente simple y universal que podemos mostrar que está fundado en el capitalismo» (2004, p. 28). Es decir, el razonamiento analítico que Arthur atribuye a Marx, que pasa de la categoría de capital a la de mercancía, se habría quedado corto, pues la mercancía todavía no es la categoría simple que se está buscando: es preciso proseguir el análisis hasta encontrar la categoría más simple y abstracta supuesta por la categoría de mercancía, el valor.

Sin embargo, si bien el valor para Arthur es una categoría simple, no es una categoría inmediata. No está inmediatamente presente en las mercancías, sino que debe ser obtenida a partir de una reflexión sobre la naturaleza del intercambio mercantil: «mientras que es una inmediatez para el pensamiento, lo es sólo como

intercambio de mercancías. La “adecuación” entre la forma y el contenido sería demasiado laxa, la relación todavía demasiado indeterminada» (Arthur 2004, p. 105). Si Arthur fuera consecuente con este criterio, no debería “adelantar” que la mercancía es la forma general del producto, una relación que también aparecería demasiado indeterminada en el punto de partida, ya que se vuelve necesaria sólo al final del Tomo I.

una inmediatez mediada, un pensamiento que surge de la contemplación de un conjunto sistemático, regular, reproducido de intercambios que da origen a la hipótesis de algún principio ordenador como el valor» (2004, p. 29).

Arthur plantea entonces la situación como un dilema donde hay dos opciones de punto de partida con sus respectivos pros y contras: la mercancía, que es inmediata pero no simple, y el valor, que es simple pero no inmediato. Por ello, siguiendo a Jairus Banaji, afirma que *El capital* posee un *doble punto de partida*:

«la forma de mercancía del producto es el punto de partida *analítico*, del que separamos el valor y el valor de uso, mientras que este valor forma el punto de partida *sintético* para desarrollar relaciones más complejas en el curso de la búsqueda de cómo fundarlo como la esencia universal pura de la mercancía» (Arthur 2004, p. 30).

Banaji entiende el análisis y la síntesis como dos fases sucesivas: hay «una fase inicial de Análisis que nos lleva de la mercancía individual al concepto de valor, y una fase subsiguiente de Síntesis que, partiendo del valor, deriva el concepto de capital» (1979, p. 28). Desde su perspectiva, el análisis «es simplemente un preludio [...] del proceso que [Marx] denomina “presentación genética” [...], [d]el movimiento lógicamente continuo de lo abstracto a lo concreto» (1979, p. 40). Ni Banaji ni Arthur argumentan demasiado a favor de esta interpretación del punto de partida¹⁷. La razón más importante que pueden aducir es que Marx efectivamente,

¹⁷ Arthur cita el parágrafo 238 de la *Enciclopedia* de Hegel, que parece sostener la misma idea para la lógica. «El *comienzo* en el sentido del ser inmediato se toma de la intuición y la percepción: es el comienzo del método *analítico* del conocimiento finito; en el sentido de la universalidad, el comienzo es el comienzo del método *sintético* del mismo conocimiento finito. Pero ya que lo lógico es inmediatamente tanto universal como ente, es tanto lo que se presupone por el concepto como es también inmediatamente el concepto mismo; por ello el comienzo de lo lógico es comienzo tan *sintético* como *analítico*» (1830, §238, p. 297). La cita, sin embargo, no se explica sola, y Arthur no ofrece ningún indicio de cómo interpretarla ni de en qué sentido apoya su posición. Es más bien un empleo oportunista de la misma, por el hecho de que ateniéndonos sólo a los términos Hegel parece decir lo mismo que él.

Según mi interpretación Hegel comienza hablando del análisis y la síntesis no como métodos de la *Lógica* sino del conocimiento finito. El análisis parte de alguna cosa concreta, perceptible, y se remonta a principios universales; la síntesis es el movimiento demostrativo que parte de lo universal ya aceptado como verdadero. Un ejemplo de análisis sería resolver un problema geométrico construyendo una figura, descomponiéndola en triángulos rectángulos y aplicando entonces principios universales como el teorema de Pitágoras. El ejemplo geométrico de la síntesis serían los *Elementos* de Euclides, obra que parte de axiomas supuestamente autoevidentes con los que se demuestran uno a uno los distintos teoremas geométricos. (Ver Pozzo 1993 para una buena exposición de la comprensión de estos métodos por parte de Hegel).

Cuando Hegel pasa a hablar de lo lógico, por contraposición al conocimiento finito, la cita se vuelve menos clara. Según mi interpretación, en la medida que en lo lógico se identifica el ente con lo universal, el ser con el concepto, se funden los dos extremos entre los que se mueven el análisis y la síntesis (como las dos direcciones opuestas que puede

luego de introducir a la mercancía como categoría inicial, la analiza o descompone en sus dos determinaciones, el valor de uso y el valor de cambio, y a partir de ésta última extrae la categoría supuestamente más abstracta del valor, que precisamente por esa abstracción sería un punto de partida dialéctico más apropiado.

Lo primero que debemos preguntarnos acerca de esta interpretación es por qué, si el punto de partida sintético es el valor, *El capital* comienza con la categoría de mercancía. Debemos conceder que efectivamente puede ser útil que la presentación del sistema explicita cuáles fueron los pasos más importantes del análisis que estableció las abstracciones que constituyen el punto de partida. De hecho, varios intérpretes consideran que el modo de exposición de Marx en *El capital* no es puramente sintético, sino que contiene algunos momentos analíticos. Guido Starosta, por ejemplo, sostiene que

«la presentación de los descubrimientos de la investigación dialéctica podría adoptar, en principio, una forma completamente sintética. Sin embargo, ésta no es la manera en que Marx estructuró su exposición dialéctica en el Volumen I de *El capital* [...]; esta exposición tiende a incluir, en una forma ‘estilizada’, breves presentaciones del proceso analítico» (Starosta 2015, p. 126)¹⁸.

adoptar el movimiento), y por lo tanto ambos movimientos mismos. El método absoluto es analítico porque toma el objeto, el ser, y lo analiza presentando una por una sus determinaciones. Pero también es sintético porque ese movimiento no está determinado externamente por un objeto ajeno, sino que es la propia actividad del concepto, de lo universal, que partiendo de la pura simplicidad despliega todo su contenido. Esta idea aparece más clara al final de la *Ciencia de la lógica*, cuando Hegel dice que el método absoluto es analítico porque las determinaciones que recorre son siempre internas al concepto, pero a la vez es sintético porque cada determinación implica siempre una relación con otra determinación que le es extraña (siendo la unidad de ambas en el concepto un resultado).

De acuerdo con lo que dice Hegel, entonces, no tiene sentido la interpretación del análisis y la síntesis como dos fases sucesivas. Esto es claro en el añadido: «El método filosófico es tanto analítico como sintético, pero no en el sentido de una mera juxtaposición o una mera oscilación de estos dos métodos de conocimiento finito. Por el contrario, los contiene en sí como superados, y en consecuencia se comporta en cada uno de sus movimientos tanto analítica como sintéticamente al mismo tiempo». Si el comienzo de *El capital* se caracteriza por una primera fase analítica que va de la mercancía al valor, y una segunda fase sintética que va del valor al capital, entonces se trata de un empleo de los métodos analítico y sintético como métodos del conocimiento finito, y no como Hegel los supera en el método absoluto de la *Lógica*. Bajo esta interpretación no hay comparación posible entre *El capital* y la *Lógica* de Hegel.

¹⁸ Asimismo, Reuten sostiene: «En *El capital* este análisis es expuesto durante y junto a su presentación sistemática. Aunque este análisis está sistemáticamente ubicado en los lugares apropiados (por capítulo), esto da a la presentación dialéctica sistemática de Marx una complejidad muy distintiva, particularmente porque él usualmente no distingue claramente entre sus textos analíticos y sintéticos. Esto con frecuencia complica la detección del orden sistemático» (2014, p. 249).

Así, si bien en sus observaciones metodológicas Marx parece ser tajante en su separación entre el análisis como fase de investigación y la síntesis como fase de exposición, las necesidades concretas de la exposición parecen haberlo conducido a relajar este criterio. La evaluación de esta tesis acerca del rol del análisis dentro de *El capital* es importante para comprender el alcance de la dialéctica sistemática como método de exposición, pues ésta entonces no agotaría la estructura argumentativa de la obra de Marx. Sin embargo, un análisis detallado de la trama de *El capital* para separar los momentos de análisis de los de síntesis excede los alcances de este trabajo¹⁹. Nos limitaremos simplemente a discutir la interpretación de Arthur del punto de partida de *El capital*.

Recapitulando la propuesta de Arthur, el problema de tomar la mercancía como punto de partida sería que ésta no es una categoría simple y abstracta, pues es un objeto concreto que contiene la distinción entre valor de uso y valor de cambio. Es necesario continuar el proceso analítico, que nos conduce a la categoría de valor, más apropiada desde la perspectiva de la simplicidad y la abstracción, pero que tiene la desventaja de que no es inmediata, no está dada al pensamiento sino que es producida por el propio proceso de análisis y abstracción. La solución de Marx habría sido, entonces, incluir en la presentación una versión “estilizada” del proceso abstractivo que va de la mercancía al valor.

Reconstruyamos brevemente ese proceso abstractivo. Luego del análisis de la mercancía en valor de uso y valor de cambio, Marx se centra en una de esas dos determinaciones, el valor de cambio. Que una mercancía tenga valor de cambio quiere decir que una determinada cantidad de esa mercancía puede ser intercambiada por cierta cantidad de otra mercancía, lo cual no es una relación fortuita. Si decimos que el valor de cambio de un par de zapatos es de dos hormas de queso no nos estamos refiriendo a un trueque ocasional, como cuando un dueño de un par de zapatos hambriento encuentra la oportunidad de cambiarlos por esa cantidad de queso. El trueque ocasional es una relación entre valores de uso en cuanto tales que no son producidos como mercancías, y la magnitud del intercambio depende de cómo los participantes del intercambio valoran subjetivamente los objetos involucrados en ese momento particular. El valor de cambio involucra una relación estable y objetiva entre las mercancías involucradas: se basa en el hecho de que el par de zapatos y las dos hormas de queso comparten algo cualitativa y cuantitativamente común. Esto en común que

¹⁹ Starosta presenta una caracterización general de cómo entiende esta articulación. En la exposición se van sucediendo *nodos presentacionales*: cada uno de ellos parte de una categoría concreta; una primera fase de análisis descompone esa categoría y establece sus momentos más abstractos y esenciales; una segunda fase de síntesis conecta esas momentos presentándolos en su unidad sistemática; la síntesis culmina en una nueva categoría, que inaugura un nuevo nodo presentacional, en el cual se reitera el proceso (2015, pp. 126-7). Más adelante nos referiremos a la manera en que aplica esta concepción al análisis del punto de partida de *El capital*.

comparten, el fundamento del valor de cambio, es el valor, cuya sustancia y magnitud luego Marx identifica a partir de la teoría laboral del valor. Una vez fijado este concepto, de acuerdo con Arthur, comenzaría el movimiento sintético partiendo del valor como concepto absolutamente simple y universal, derivando de allí el resto de las categorías: el dinero, el capital, etc.

Esta interpretación suena plausible porque la categoría de mercancía efectivamente parece más concreta que la categoría de valor: una sería un objeto tangible, la otra una categoría teórica. Además, Marx efectivamente subdivide la mercancía en sus dos determinaciones y se centra en el examen del valor de cambio, lo que hace suponer que el análisis no culmina con la categoría de mercancía. Sin embargo, creemos que esta interpretación no resiste un examen más detenido: la categoría de mercancía de la que partimos no es tan concreta como supone Arthur, y la categoría de valor no es tan simple.

En la sección anterior señalamos cómo Marx establece como punto de partida la mercancía *individual*, lo que representa un movimiento abstractivo, pues elimina de la forma de mercancía una gran cantidad de determinaciones que ésta posee en cuanto *resultado* de la producción capitalista, quedándose sólo con aquellas que presenta de manera inmediata en cuanto objeto individual (a saber, el valor de uso y el valor de cambio). Este punto ha sido sostenido enfáticamente por Tony Smith, para quien

«la "mercancía" con la cual Marx comenzó *no* es en modo alguno una cosa material concreta. Concretamente, en la producción generalizada de mercancías las mercancías materiales generalmente son producidas dentro de una relación social entre capital y trabajo asalariado que directa o indirectamente involucra al capital bancario y al estado también; siempre aparecen con precios de mercado pegados a ellas que se desvían más o menos de sus precios de producción, que a su vez se desvían más o menos de sus valores; cuando son intercambiadas las mercancías concretas conducen a una ganancia que generalmente diverge del plusvalor "contenido" en ellas, y así sucesivamente. Ninguno de estos aspectos vale para "la mercancía" con la que Marx comenzó. Ésta es una categoría, un constructo del pensamiento, y no una cosa material concreta» (1990, p. 23).

El valor de cambio también es presentado de manera abstracta, a través de una forma que no existe prácticamente hoy en día: el intercambio directo entre dos mercancías. Actualmente el valor de cambio existe sólo bajo la forma de precio: no decimos que un par de zapatos vale dos hormas de queso, sino que vale \$700. Esta forma de comenzar la presentación del valor de cambio es más apropiada no sólo porque es más simple, al evitar el empleo y la definición de la categoría adicional del dinero, sino porque la categoría de dinero puede ser derivada precisamente de esta forma más abstracta y simple del intercambio.

Por su parte, en lo que respecta al concepto de valor, en el razonamiento de Marx la definición *formal* del valor como lo que es común a las mercancías intercambiadas o como fundamento del valor de cambio va de la mano con la identificación de su *sustancia*, con la idea del valor de una mercancía determinado por el tiempo de trabajo humano socialmente necesario para producirla. Si la determinación por el tiempo de trabajo humano socialmente necesario es constitutiva del valor, esta categoría difícilmente puede ser interpretada como una categoría más simple y abstracta que la de mercancía, pues contiene muchas más determinaciones. Es cierto que Arthur separa los dos momentos del razonamiento de Marx, tratando el valor como una pura forma hasta después de introducir la categoría de capital, momento en que el trabajo abstracto se constituye como contenido o sustancia de esta forma²⁰. De todas maneras, la categoría de valor en su sentido formal significa lo que tienen en común diferentes valores de uso que pueden ser intercambiados, por lo que todavía estamos ante una categoría compleja: presupone la categoría de valor de uso, la relación de intercambio entre distintos valores de uso (es decir, la categoría de valor de cambio), y postula la idea de algo común a esos valores de uso como fundamento de la relación de intercambio. La categoría de valor es tanto o más compleja que la de mercancía. Por lo tanto, tampoco parece constituir un buen punto de partida sintético, si nos atenemos al requisito de simplicidad.

Antes que intentar proseguir la búsqueda de una categoría simple para establecer el verdadero punto de partida sintético, considero que lo más apropiado es dejar de intentar aplicar estrictamente el requisito de simplicidad establecido por Arthur. En la medida en que las determinaciones que contenga el punto de partida no sean tan complejas como para no ser comprendidas, o que no presupongan relaciones o momentos más abstractos que en realidad podrían ser expuestos con anticipación (constituyendo categorías sintéticamente anteriores), es aceptable partir de una categoría que no sea puramente simple. Ahora bien, si relajamos este criterio todavía tenemos el problema de establecer cuál de los dos candidatos a punto de partida, la mercancía y el valor, es el verdadero punto de partida sintético. Antes de abordar esa cuestión, creemos que es útil presentar la discusión de Tony Smith acerca del punto de partida de *El capital*, que ofrece algunos elementos para resolver estos problemas y comprender la razón de la complejidad de la categoría inicial.

5. La derivación del punto de partida de Tony Smith

A diferencia de Arthur, Tony Smith no intenta reconstruir el razonamiento analítico que permite llegar a la categoría de mercancía como categoría inicial,

²⁰ Ver nota 18 del capítulo anterior y nota 16 de este capítulo.

sino que la deriva dialécticamente de la teoría general del materialismo histórico. Es decir, es un momento de un razonamiento *sintético* más amplio. Este razonamiento se basa en dos supuestos. En primer lugar, si el materialismo histórico es la teoría que intenta comprender globalmente el desarrollo de todas las formas de producción social, la economía política, como teoría del modo de producción capitalista, debe constituir un capítulo del materialismo histórico. En segundo lugar, el materialismo histórico es capaz de ser reconstruido a través de una lógica dialéctica-sistemática, de manera que las categorías que caracterizan de manera general a un modo de producción pueden derivarse dialécticamente de las categorías que estructuran la presentación de la teoría del materialismo histórico. Así, Smith caracteriza que el materialismo histórico, al menos en su “dimensión filosófica”, «apunta a la ordenación sistemática de las diferentes formas de producción social de acuerdo a principios inmanentes a la producción social» (1990, p. 79). En consecuencia, el punto de partida de la presentación del modo de producción capitalista se puede construir a partir de una derivación dialéctica perteneciente a la teoría más general del materialismo histórico.

Como es sabido, las dos categorías que estructuran el concepto de modo de producción para Marx, y que por tanto constituyen las categorías teóricas más importantes del materialismo histórico, son la de fuerzas productivas y la de relaciones de producción. En general, todo modo de producción se caracteriza por el predominio de un determinado conjunto de relaciones de producción (p. ej., el esclavismo, la servidumbre feudal, el trabajo asalariado), cuya constitución y persistencia se explica por su correspondencia con un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Las fuerzas productivas en general se desarrollan de manera progresiva, y los modos de producción se suceden, por lo tanto, según se correspondan con menores o mayores niveles del desarrollo de aquellas (Marx 1859, pp. 4-6).

La reconstrucción dialéctica del materialismo histórico de Smith pone en un segundo plano la categoría de fuerzas productivas o de productividad, y se centra en la caracterización de las relaciones sociales de producción, o lo que él denomina *socialidad*²¹. Ésta puede ser caracterizada en términos de dos pares de opuestos: directa/indirecta, y restricta/irrestricta. La socialidad *directa* se caracteriza por relaciones sociales de producción inmediatamente dadas, que se presentan a los sujetos sin mediaciones, como lo que son. La socialidad *indirecta*,

²¹ Señalará simplemente que «[l]as diferentes etapas de la socialidad se superponen con una ordenación en términos de los avances en la capacidad productiva» (Smith 1990, p. 64). Es decir, la progresión dialéctica inmanente de las formas de socialidad se corresponde con el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas. Su explicación de esta coincidencia es que las relaciones sociales primitivas no permiten “institucionalizar” el avance técnico, algo que recién ocurre con la sociedad capitalista. Entiendo que Smith se refiere al complejo entramado institucional dedicado a producir innovaciones en ciencia y tecnología destinadas a la productividad.

por el contrario, se caracteriza por el hecho de que «el trabajo es emprendido por productores *privados* aislados» (1990, p. 63), por lo que sus relaciones sociales son mediadas y veladas por los productos de su trabajo, las mercancías (lo que Marx denominó fetichismo de la mercancía). La socialidad *restringida* comprende relaciones de producción fuertemente reguladas por códigos tradicionales (p. ej., los gremios de la producción artesanal feudal), mientras que en la socialidad *irrestringida* las relaciones se encuentran desreguladas.

Así, podemos clasificar los modos de producción según las distintas combinaciones que habilitan estos pares de conceptos (socialidad directa y restringida, indirecta y restringida, indirecta e irrestringida, y directa e irrestringida). El primer caso es el de las relaciones sociales *directas* y *restringidas*. «Todos los ejemplos históricos de formas precapitalistas de producción pueden ser agrupados juntos bajo este encabezado, incluyendo las sociedades de parentesco, las sociedades esclavistas, las sociedades feudales, las sociedades basadas en la producción patriarcal dentro de unidades domésticas campesinas, etc.» (Smith 1990, p. 63). La socialidad *indirecta* y *restringida* se corresponde con la producción mercantil artesanal, que para Smith (y según él para Marx) no debería contar como un modo de producción propiamente dicho, ya que «es un tipo subordinado que existe en el contexto de formas más dominantes», como la producción feudal, y «cuando sí ganó importancia demostró ser inherentemente inestable y condujo al capitalismo» (p. 63). La socialidad *indirecta* e *irrestringida* es la que caracteriza al modo de producción capitalista. Por último, la socialidad *directa* e *irrestringida* se corresponde con la producción socialista.

Smith considera que esto no se trata de una simple clasificación, sino que es posible trazar un *ordenamiento dialéctico-sistemático* a partir de estas categorías. Descartando la socialidad indirecta y restringida por los motivos antes señalados, el orden sería (1) directa y restringida, (2) indirecta e irrestringida, y (3) directa e irrestringida. La razón de este orden es que se corresponde con una sucesión dialéctica, donde el primer momento comprende una categoría de unidad simple, el segundo momento una categoría de diferencia, y el tercer momento una categoría de unidad en la diferencia, que es la forma en la que Smith presenta la tríada dialéctica. En lo que respecta al primer caso, Smith se limita a presentar citas de Marx donde se describe el carácter inmediatamente dado y restringido de las relaciones sociales precapitalistas, pero sin explicitar por qué se corresponden con categorías de unidad simple. En el segundo caso, explicita que «esta forma está caracterizada por el momento de la diferencia, de la fragmentación, de la alienación y la explotación, del antagonismo, de las fuerzas exteriores con las cuales los individuos en última instancia no pueden reconciliarse» (1990, p. 64). Finalmente, la planificación consciente del trabajo y la libre asociación de los individuos en el tercer caso permiten una «reconciliación de lo universal (la comunidad) y lo individual» (p. 64), concebible como una estructura de unidad en la diferencia. Esas tres fases a su vez estarían típicamente representadas por las

categorías de la doctrina del ser, la doctrina de la esencia y la doctrina del concepto respectivamente, ya que las tres divisiones de la *Lógica* de Hegel encarnarían los tres momentos del razonamiento dialéctico.

Esta ordenación conceptual tiene para Smith «sutiles correspondencias con la ordenación dada en la historia» (1990, p. 64). Esto es claramente válido para la secuencia general “formas precapitalistas – capitalismo – socialismo” (aceptando la visión marxista de que el modo de producción que sucederá al capitalismo es el socialismo). Sin embargo, la diversidad y la sucesión de las formas precapitalistas parecen quedar fuera de cualquier reconstrucción dialéctica, libradas a una suerte de pura contingencia de la prehistoria humana. A su vez, Smith no explica esta correspondencia; más bien resalta que puede tener excepciones, con estadios históricos anteriores que no lleven a un estadio superior desde un punto de vista sistemático.

Esta reconstrucción del materialismo histórico de Smith es sugerente, en particular por el intento de darle una impronta hegeliana que suele estar ausente en los debates sobre esta teoría, o está presente de manera más superficial (p. ej., apelando a la simple “contradicción” entre fuerzas productivas y relaciones de producción que es “superada” por un nuevo conjunto de relaciones de producción). Sin embargo, Smith lo expone brevemente y sin demasiadas explicaciones, por lo que es factible que en un examen crítico más detenido surjan distintas objeciones. Podemos suponer, por ejemplo, que Arthur no acordaría con este enfoque, ya que para él la dialéctica sistemática se vuelve relevante como herramienta de análisis cuando el objeto de estudio está constituido por la presencia de abstracciones reales, que son específicas al modo de producción capitalista, por lo que el enfoque dialéctico no puede tener una validez transhistórica. De cualquier manera, no podemos desarrollar aquí la discusión de esta interpretación de Smith. Sólo me interesa retomar dos sugerencias de su enfoque.

La primera sugerencia es que el punto de partida de *El capital* puede ser formulado atendiendo a la *forma específica de socialidad* que caracteriza al modo de producción capitalista. Smith desarrolla explícitamente esta sugerencia en su réplica a la tradicional objeción al razonamiento por el cual Marx postula que el trabajo abstracto es la sustancia del valor. La objeción, que se remonta a Böhm-Bawerk, afirma básicamente lo siguiente: Marx se propuso abstraer de las mercancías alguna propiedad común que fundamente el valor de cambio y concluyó que esa propiedad era el trabajo abstracto; pero esta conclusión es arbitraria, porque Marx podría haber tenido en cuenta otras propiedades comunes a las mercancías, como la utilidad o la escasez. En su réplica Smith señala que Marx no establece las categorías del valor y el trabajo abstracto meramente a través de una “abstracción formal”, que aísla sin ningún criterio objetivo alguna propiedad común a todas las mercancías. Por el contrario, el análisis de Marx se

centra en esas categorías porque son las que permiten distinguir la forma específica de socialidad de la producción capitalista.

«El trabajo abstracto es la categoría fundamental usada para explicar la noción de la forma de valor, una forma de socialidad indirecta e irrestricta que permite una producción avanzada. Su función inicial en la teoría es apartar una forma específica de producción de todas las demás, de manera que la teoría pueda luego proceder a una reconstrucción de las determinaciones que hacen inteligible este modo específico» (Smith 1990, p. 68).

Este argumento coincide con el criterio de Arthur de que el punto de partida debe ser históricamente determinado, pero además especifica que la categoría inicial debe captar en su forma más abstracta la *relación social* que caracteriza a la producción capitalista. La relación social capitalista es siempre una relación indirecta, establecida a través del intercambio de mercancías. La propia relación salarial, que vincula a los productores directos con sus explotadores y con los medios de producción, implica la compra-venta de la mercancía fuerza de trabajo. De esta manera, la mercancía constituye la forma más general y abstracta de la socialidad específicamente capitalista.

La segunda sugerencia es que esta forma de socialidad es caracterizada típicamente por medio de *categorías de esencia*, o lo que Smith (siguiendo probablemente a Hans-Jürgen Krahl) denomina *Wesenslogik*. Smith establece dos condiciones para que una determinada estructura sea caracterizada por una lógica de esencia:

«Las categorías de esencia son apropiadas cuando sea que tengamos estructuras en las que (a) los individuos están unidos en lugar de ser un mero agregado de entidades sólo con relación externa (esto distingue el nivel de *Wesen [esencia]* del de *Sein [ser]*); y (b) no hay “reconciliación de lo universal y lo individual”, es decir, la unidad es impuesta a esos individuos, en ella la pura autonomía, la libertad autoconsciente de los individuos, no puede desarrollarse (esto distingue el nivel de *Wesen* del de *Begriff [concepto]*)» (1990, p. 73).

Smith desarrolla extensamente la discusión a favor de que la forma de valor se articula a partir de una *Wesenslogik* (1990, pp. 73-8; 2014, pp. 29-35). Aquí simplemente apuntaremos cómo se cumplen estas dos condiciones.

En lo que respecta a la primera condición, a simple vista parece que la producción de mercancías se realiza por medio de un conglomerado caótico de productores autónomos independientes unos de otros. Sin embargo, el objetivo de Marx es mostrar cómo a través de esta apariencia de desorden se impone la *ley* (en su forma más básica, la ley del valor): «el objetivo último de esta obra es, en definitiva, *sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad*

moderna» (Marx 1867, p. 8), dice Marx en el prólogo a la primera edición de *El capital*. De esta manera, las categorías de la doctrina del ser son inapropiadas o insuficientes para agotar la constitución de la sociedad capitalista. Sin embargo, esta unidad que se impone a la diversidad a través de la ley económica no es la unidad libre y autoconsciente del concepto. Esto nos conduce a la segunda condición establecida por Smith. Marx se refiere a ella extensamente en la sección sobre el fetichismo de la mercancía²², y la misma idea está formulada más condensadamente en los *Grundrisse*: «El carácter social de la actividad, así como la forma social del producto y la participación del individuo en la producción, se presentan aquí como algo ajeno y con carácter de cosa frente a los individuos; no como su estar recíprocamente relacionados, sino como su estar subordinados a relaciones que subsisten independientemente de ellos y nacen del choque de los individuos recíprocamente indiferentes» (1857/8, 75, p. 84)²³.

²² Por ejemplo: «Al equiparar *entre sí* en el cambio *como valores* sus *productos* heterogéneos, [los hombres] equiparan recíprocamente sus diversos trabajos como trabajo humano. No lo saben, pero lo *hacen*» (1867, p. 90); «el carácter de valor que presentan los productos del trabajo, no se consolida sino por hacerse efectivos en la práctica como magnitudes de valor. Estas magnitudes cambian de manera constante, independientemente de la voluntad, las previsiones o los actos de los sujetos del intercambio. Su propio movimiento social posee para ellos la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran, en lugar de controlarlas» (p. 91); «A formas que llevan escrita en la frente su pertenencia a una formación social donde el proceso de producción domina al hombre, en vez de dominar el hombre a ese proceso, la conciencia burguesa de esa economía las tiene por una necesidad natural» (p. 99).

Marx allí contrasta esa formación social con «una asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción colectivos y empleen, conscientemente, sus muchas fuerzas de trabajo individuales como *una* fuerza de trabajo social» (p. 96). Allí el tiempo de trabajo deja de ser una esencia que se manifiesta a través de una relación entre cosas: «el tiempo de trabajo desempeñaría un papel doble. Su distribución, socialmente planificada, regulará la proporción adecuada entre las varias funciones laborales y las diversas necesidades. Por otra parte, el tiempo de trabajo servirá a la vez como medida de la participación individual del productor en el trabajo común, y también, por ende, de la parte individualmente consumible del producto común. Las relaciones sociales de los hombres con sus trabajos y con los productos de éstos, siguen siendo aquí diáfananamente sencillas, tanto en lo que respecta a la producción como en lo que atañe a la distribución» (p. 96). Como señala Smith, «[é]sta es la forma de producción socialista, que Marx describió con categorías tomadas del nivel del concepto (*Begriff*) de Hegel. Sólo ahora se alcanza una reconciliación de lo universal (la comunidad) y el individuo» (Smith 1990, p. 64)

²³ En los *Grundrisse* Marx también expresa el mismo contraste con una sociedad de productores libremente asociados que en las citas de la nota anterior: «La necesidad misma de transformar el producto o la actividad de los individuos ante todo en la forma de *valor de cambio* [...] demuestra dos cosas distintas: 1) que los individuos siguen produciendo para la sociedad y en sociedad; 2) que su producción no es *inmediatamente* social, no es the offspring of association [el fruto de una asociación], que reparte en su propio interior el trabajo. Los individuos están subordinados a la producción social, que pesa sobre ellos como una fatalidad; pero la producción social no está subordinada a los individuos y controlada por ellos como un patrimonio común» (1857/8, 76, p. 86).

Dadas estas dos condiciones que cumple la producción capitalista, no puede ser casual que *El capital* esté plagado de categorías de la doctrina de la esencia. Desde un comienzo podemos identificar que, con la formulación de la categoría de valor, el valor de cambio es reconceptualizado como la forma de *manifestación* o *expresión* del valor, siendo el valor su *contenido* y el trabajo abstracto objetivado su *sustancia*. Encontramos entonces ya en las categorías iniciales las dualidades y las relaciones internas típicas de la doctrina de la esencia: forma-contenido, exterior-interior, apariencia-esencia, etc. La propia esfera de la circulación de las mercancías se constituye como un mundo aparente con sus leyes jurídicas propias, que refleja de manera invertida y encubre la realidad de la explotación capitalista enraizada en la esfera de la producción. Este análisis en términos de categorías de esencia es crucial para la teoría del fetichismo de la mercancía (Geras 1971), y está presente en la crítica de Marx a la economía política vulgar²⁴. Esta tesis de la relevancia de la doctrina de la esencia para el análisis de la sociedad capitalista no es exclusiva de Smith, sino que fue defendida anteriormente por Hans-Jürgen Krahl, un discípulo de Theodor Adorno que desarrolló lecturas de Marx afines a la de la *Neue Marx-Lektüre* (Krahl 1970, 1971).

El análisis de conjunto de Smith puede despertar diversas objeciones, en particular contra su reconstrucción dialéctica del materialismo histórico y la posibilidad de derivar sintéticamente de ella el punto de partida de la presentación de la sociedad capitalista. Sin embargo, hemos resaltado dos aspectos de este enfoque que podemos recuperar para resolver algunos de los problemas que encontramos en la interpretación de Arthur: la idea de que el punto de partida capta en su forma más abstracta la *relación social* que caracteriza a la sociedad capitalista, y la idea de que esta relación se estructura sobre la base de la lógica de la doctrina de la *esencia*. En la siguiente sección desarrollo ese intento de resolución.

6. Un punto de partida complejo

Desde mi perspectiva, lo que tenemos al comienzo de *El capital* no es una categoría simple de mercancía o de valor, sino una estructura relativamente compleja: *la forma de valor*. Este enfoque significa renunciar a aplicar a rajatabla

²⁴«No nos puede maravillar, por ende, que precisamente en la forma enajenada de manifestación de las relaciones económicas, donde éstas *prima facie* son contradicciones absurdas y consumadas —y toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación y la esencia de las cosas coincidiesen directamente—, que precisamente aquí, decíamos, la economía vulgar se sienta perfectamente a sus anchas y que esas relaciones se le aparezcan como tanto más evidente cuanto más escondida esté en ellas la conexión interna, pero más correspondan a la representación ordinaria» (Marx 1894, p 1041).

el requisito de simplicidad de Arthur, y concebir el punto de partida y los distintos momentos de la derivación dialéctica como constituidos por *complejos categoriales*. En lugar de concebir la progresión dialéctica como un alineamiento de categorías individuales tal vez sea mejor pensar que los que se van sucediendo en realidad son complejos categoriales, cada uno de los cuales involucra diversas categorías articuladas de una determinada manera. El punto de partida ya no sería la mercancía pura y simple, sino un complejo categorial que presenta la existencia más básica de la forma de valor, la expresión del valor de una mercancía a través de otra mercancía. El contenido y la estructura de este complejo categorial es esclarecida por las dos ideas que rescatamos de la interpretación de Smith: presenta la estructura más básica y general de la relación social capitalista (la relación mercantil), y está constituida por una *Wesenslogik*. Sólo cuando se ha expuesto ese complejo categorial es posible pasar al siguiente; en este caso, del complejo dominado por la categoría de mercancía al dominado por la categoría de dinero, transición que se hace en el apartado sobre la forma de valor.

La propia manera en que Marx expone el carácter social de la categoría de valor demuestra el carácter complejo de este momento inicial. Recapitulemos su argumentación. Luego de establecer a la *mercancía* como categoría inicial de su exposición, Marx distingue sus dos aspectos manifiestos: su *valor de uso*, su utilidad para satisfacer alguna necesidad humana, y su *valor de cambio*, una determinada cantidad de mercancías de otra clase por las cuales esa mercancía puede ser intercambiada. El valor de uso remite a las cualidades particulares de cada clase de mercancías (lo que Marx denomina la *forma natural* o el *cuerpo* de las mercancías) y constituye un atributo inconmensurable entre mercancías de distinta clase. El valor de cambio expresa en cambio «[q]ue existe algo común, de la misma magnitud, en dos cosas distintas» (Marx 1867, p. 46), en las dos mercancías de clase diferente. Ese “algo común” es lo que Marx denomina como *valor* a secas, y mediante un proceso de abstracción intenta establecer sus determinaciones cualitativas y cuantitativas. Descarta en primer lugar que el valor resida en las propiedades naturales o corpóreas de las mercancías, pues éstas varían entre las distintas clases de mercancías y sólo son relevantes para su realización como valores de uso particulares, mientras que el valor es una sustancia común. Marx concluye que «si ponemos a un lado el valor de uso del cuerpo de las mercancías, únicamente les restará una propiedad: la de ser *productos de trabajo*» (p. 46; las itálicas son mías). Ahora bien, al hacer abstracción del cuerpo y la utilidad de la mercancía estamos haciendo abstracción también del carácter concreto y útil del trabajo que las produce. Una mercancía, en cuanto valor, ya no es «producto del trabajo del ebanista o del albañil o del hilandero o de cualquier otro trabajo productivo determinado», pues estos trabajos «dejan de distinguirse, reduciéndose en su totalidad a *trabajo humano indiferenciado*, a *trabajo abstractamente humano*» (p. 47; las itálicas son mías). El trabajo sólo interviene en la determinación del valor en cuanto mero «gasto de

fuerza de trabajo humana sin consideración a la forma en que se gastó la misma» (p. 47). Si el trabajo abstractamente humano es la *sustancia* del valor, su *magnitud* se determina entonces por la cantidad de trabajo humano requerida para producirlas, que se mide a su vez en términos de *tiempo de trabajo*. Pero no es el tiempo de trabajo inmediatamente empleado en la producción de una mercancía el que determina su valor, pues todos los ejemplares de una misma mercancía en el mercado tienen un mismo valor, sin importar las diferencias en los tiempos de producción de sus respectivos productores. El valor se determina por el *tiempo de trabajo socialmente necesario*, que es la cantidad de tiempo promedio «requerido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo» (p. 48). Esta determinación del valor por el tiempo de trabajo socialmente necesario es lo que históricamente se ha conocido como la *ley del valor*²⁵.

Del resto de la exposición de Marx sólo destacaremos tres aspectos. En primer lugar, al referirse a la diversidad de trabajos útiles representados por las distintas mercancías, Marx señala que la producción mercantil presupone una forma específica de *división social del trabajo*. Las unidades productivas ya no producen el conjunto de valores de uso que necesitan y consumen sus integrantes, sino que se especializan en determinados trabajos útiles, en la producción de determinados rubros de mercancías, que deben intercambiar por otras mercancías para poder satisfacer el conjunto de sus necesidades. Estas unidades productivas elaboran sus productos de manera privada, son autónomas e independientes entre sí: «Sólo los productos de *trabajos privados* autónomos, *recíprocamente independientes*, se enfrentan entre sí como mercancías» (p. 52).

En segundo lugar, si bien el análisis inmediato de la mercancía resuelve esta categoría en las dos determinaciones del valor de uso y el valor de cambio, el valor de cambio se revela como figura exterior del valor, y por lo tanto la verdadera contraposición interna de la mercancía es entre valor de uso y valor. Ahora bien, el *carácter social del valor* implica que esta esencia interior se realiza sólo a través de su manifestación externa, el valor de cambio, pues en el intercambio de mercancías el trabajo privado contenido en la mercancía verifica su carácter social. Marx dice:

«las mercancías sólo poseen objetividad como valores en la medida en que son expresiones de la misma unidad social, del trabajo humano;

²⁵ Marx no emplea aquí esta denominación, pero sí lo hace en otras partes de su obra. Esta ley no se aplica inmediatamente a cada intercambio de mercancías, sino que se impone de manera promedial a nivel social. En el Tomo III Marx muestra que a su vez da lugar a mediaciones que la distorsionan (los precios de producción), pero en este nivel de abstracción se la presupone como en pleno funcionamiento y es la piedra de toque de toda la construcción teórica de Marx.

que su objetividad en cuanto valores, por tanto, es de naturaleza puramente social, [por lo que] dicha objetividad como valores sólo puede ponerse de manifiesto en la relación social entre diversas mercancías» (p. 58)²⁶.

El valor de una mercancía no se expresa por sí mismo en el cuerpo de ésta: “una billetera vale una billetera” es una tautología. El valor de cambio es una forma exterior y sólo puede manifestarse a través de una relación con *otra* mercancía (p. ej., “una billetera vale cien lapiceras”). En otras palabras, la *expresión de valor* sólo se puede realizar a través de una *relación de valor*. «La antítesis interna entre valor de uso y valor, oculta en la mercancía, se manifiesta pues como una antítesis externa, es decir a través de la relación entre dos mercancías» (p. 75). Por eso luego de estas consideraciones Marx retoma el análisis del valor de cambio o la forma de valor, intentando mostrar el desarrollo de esta relación social desde su forma más básica, el valor de cambio como relación entre dos mercancías, hasta la forma de dinero. Para el argumento que intentamos elaborar aquí no es necesario analizar en detalle esta derivación.

Finalmente, luego del análisis del desarrollo de las formas de valor Marx presenta su teoría del *fetichismo de la mercancía*. El intercambio de mercancías es la realización de una relación social entre dos productores: la equiparación de sus respectivos trabajos privados como parte de un mismo proceso social de trabajo, la verificación de que el trabajo realizado por cada productor era el socialmente necesario, ni más ni menos²⁷. Sin embargo, esa relación social está siempre mediada por los objetos intercambiados, lo que hace parecer que el valor es una propiedad intrínseca de las mercancías intercambiadas, y no una relación social entre sus productores. El fetichismo de la mercancía es la forma de cosa que adoptan las relaciones sociales, la conversión del valor en una cualidad natural de las mercancías que existe en ellas al margen de sus productores.

Esto significa que en este momento inicial de la exposición no tenemos una presentación de las mercancías como objetos aislados, o del valor como simple propiedad común de las mercancías, o una progresión individualmente alineadas desde el valor hasta el capital. La mercancía es la forma exterior más básica que adopta el valor, el cual a su vez es la objetivación de una relación social entre los productores de una forma de producción específica, la producción mercantil. No podemos comprender las mercancías ni el valor si no atendemos al menos a las

²⁶ Esta clase de formulaciones enfatizan los teóricos de la forma de valor al cuestionar la definición sustancialista del trabajo humano.

²⁷ En general, como hemos visto en el capítulo anterior, todos los teóricos de la Nueva Dialéctica adhieren a esta teoría social de la forma de valor. Sin embargo, la idea de que el valor se constituye socialmente en el intercambio mercantil, dado que ahí se verifica si el tiempo de trabajo empleado fue socialmente necesario, se encuentra más claramente expuesta en el capítulo 3 de Heinrich (2012).

determinaciones más abstractas de esta forma de sociedad. Tenemos una exposición de la forma de valor, que involucra la categoría de mercancía entendida como valor de uso y valor de cambio, entendido este último como forma de expresión del valor, entendido éste último como objetivación de trabajo abstracto que se hace necesaria en toda sociedad donde la forma de valor es mediadora de la división social del trabajo (es decir, donde los productores son privados). Las determinaciones de esta sociedad, por su parte, se estructuran a partir de lo que en la sección anterior hemos denominado una *Wesenslogik*. Como queda claro sobre todo en la segunda observación que hicimos sobre la exposición de Marx, el valor es una “esencia interior”, que existe necesariamente a través de las distintas formas en que se manifiesta, y por lo tanto no puede ser pensado con independencia de esas formas de manifestación. Esa esencia interior, a su vez, no es una cualidad intrínseca de cada producto del trabajo, sino que comprende el carácter social del trabajo que lo produce, y por lo tanto sólo puede manifestarse a través de una relación de intercambio entre productores de mercancías. Finalmente, el fetichismo de la mercancía demuestra que esa esencia interior sólo puede existir de manera velada, presentándose de forma invertida a través de una apariencia exterior. Esta noción compleja de la forma de valor, como un entramado que involucra distintas categorías, que articula una forma específica de socialidad y que se estructura mediante una *Wesenslogik*, es lo que constituye el punto de partida expositivo de *El capital*, por lo cual será infructuoso determinar cuál de las categorías individuales que componen ese entramado constituye el verdadero punto de partida sintético.

El tratamiento de las distintas fases de la exposición dialéctica como complejos categoriales encuentra una formulación afín en la idea de Guido Starosta de una sucesión de nodos presentacionales²⁸. Dentro de lo que llama un nodo presentacional, una fase de análisis descubre la esencia o la “potencialidad inmanente” de la categoría más concreta. En el nodo correspondiente al punto de partida, el análisis pasa de la mercancía, como categoría más concreta, a su esencia, el trabajo abstracto privado como sustancia de valor. Esto parece similar a lo que sostiene Arthur: la mercancía es sólo un punto de partida analítico que nos permite llegar al valor como punto de partida sintético. Sin embargo, en el caso de Starosta la fase de síntesis no parte exclusivamente del valor como esencia descubierta por el análisis, pues la categoría más concreta de la que éste parte, la mercancía, es su forma de manifestación y juega un rol sintéticamente relevante. La síntesis vuelve a partir de la mercancía, pero incorporando ahora el resultado del análisis, comprendiendo a la mercancía como forma de valor, como valor de cambio, como expresión de una determinada sustancia de valor, para derivar de ella la categoría de dinero. La etapa sintética

²⁸ Ver nota 19 en este capítulo.

«consiste en seguir idealmente la realización de la potencialidad inmanente descubierta en la mercancía. Desde entonces, la mercancía cesa de ser captada en su exterioridad como una forma social ‘inerte’ – un puro objeto externo– y la exposición comienza a seguir su automovimiento como el sujeto del desarrollo de esas determinaciones – previamente descubiertas a través del análisis– hacia sus formas más concretas» (Starosta 2015, p. 134).

El complejo categorial establecido a través del análisis es lo que permite que la mercancía deje de ser esa forma social inerte y pase a ser expresión de una esencia interior que pone en movimiento la fase de síntesis.

En algunos lugares Arthur parece dar lugar a ideas similares. Por ejemplo, varios capítulos después de su discusión metodológica sobre el punto de partida, al presentar el contenido sustantivo de la exposición dialéctica-sistemática de *El capital*, parece dejar de lado las prescripciones que antes había formulado (el criterio de simplicidad) o sus resultados (la categoría de valor como punto de partida sintético). Allí señala que la oración que abre *El capital* es insuficiente para comenzar la obra, pues desde su perspectiva es necesario «explicar en detalle justamente qué hay de peculiar en la forma social de la economía burguesa» (2004, p. 86). Es decir, no basta con señalar que la mercancía es la forma social más básica o elemental de la riqueza, sino que es preciso explicar qué representa en términos de forma social, «explicar en detalle el *contexto constitutivo* de la forma de valor» (p. 109). Para eso compone una relación dialéctica entre sociación, disociación y asociación²⁹. La *sociación* es el carácter social que tiene la producción, una característica universal y ahistórica de toda forma de producción humana. La *disociación* es la negación de la sociación, es el carácter individual y privado que adquiere históricamente la producción en la sociedad burguesa. Ahora bien, estas dos categorías son contradictorias, deben ser superadas a través de la síntesis que Arthur denomina *asociación*: la mediación entre el carácter individual y social de la producción, establecida por el intercambio de mercancías (pp. 87-8). Aunque mucho más abstracta y con menos determinaciones que la exposición de Marx, esta idea también sugiere que se debe partir de una presentación de las determinaciones más generales que caracterizan la relación social de la producción mercantil.

Sin embargo, no es claro qué rol juega para Arthur esta presentación dentro de la exposición sistemática. Lo único que dice explícitamente es que se trata de una explicación análoga a la sección sobre el “Concepto previo” con la que Hegel abre la exposición de la lógica en la *Enciclopedia*, refiriéndose en particular a los párrafos §§19-25 (que en realidad constituyen sólo la introducción de la sección sobre el concepto previo de la lógica, que comprende hasta el párrafo §83). Esta

²⁹ Esta terminología la toma de Reuten y Williams (1988, pp. 55-60), aunque sin ceñirse a las definiciones de ellos.

sección tiene un contenido análogo a los prólogos y la introducción de la *Ciencia de la lógica*, sólo que aquí se presenta más estructurado. Sobre este “concepto previo” es importante tener en cuenta la siguiente advertencia de Hegel, presentada ya desde el primer párrafo:

«De esta determinación [se refiere en particular a la definición de la lógica dada en §19; DS], como de las otras que se contienen en este concepto previo, vale lo mismo que de los otros conceptos que se anticiparon más arriba sobre la filosofía en general, [a saber; VP] que son determinaciones sacadas *de* la visión global del todo [acabado; VP] y *de acuerdo* con ella» (Hegel 1830 §19, p. 125; DS se refiere a mi interposición, VP son las interposiciones de Valls Plana, el traductor).

Es decir, este "Concepto previo" no contiene un momento necesario en la presentación de la ciencia de la lógica, sino que es una introducción que anticipa algunos resultados con fines propedéuticos. De manera que para Arthur, a menos que no haya comprendido la función del "Concepto previo" en la exposición de la *Enciclopedia*, la exposición de las determinaciones más generales de la socialidad característica de la producción mercantil no parece ser un momento necesario del punto de partida de la exposición, sino algo que uno puede introducir con fines aclaratorios pero que irá surgiendo con prescindencia de ellos en el propio movimiento inmanente de la exposición.

Arthur a veces también admite el empleo de categorías de esencia en este nivel de la exposición: «Si el valor *no puede* aparecer en una mercancía aislada, entonces, dado que ‘la esencia debe *aparecer*’ (Hegel), en efecto no está realmente presente en tal caso» (2004, p. 71). Sin embargo, no es claro cómo compatibiliza esto con su versión de la tesis de la homología según la cual las categorías de la doctrina de la esencia aparecen recién con la introducción de la forma de dinero. La forma de valor más básica, que consiste en la expresión del valor de una mercancía a través de otra mercancía, para Arthur se comprende a través de las categorías de la doctrina del ser, desconociendo la estructura de esencia que caracteriza a la forma de valor desde su formulación inicial. Desde esta concepción de la tesis de la homología, es comprensible su interpretación más estricta del requisito de simplicidad, ya que las categorías de la doctrina del ser son más simples y menos estructuradas. El defecto de esta interpretación es que omite la dualidad esencia-apariencia que está estructurando la presentación desde su comienzo mismo.

Arthur finalmente podría sostener que incluso aceptando este carácter complejo del punto de partida, hay un sentido en que el valor constituye el punto de partida sintético: casi desde el primer momento se revela como la esencia que se manifiesta en la forma social que tomamos como punto de partida. Al menos implícitamente, desde el momento en que comenzamos a hablar de la mercancía

estamos hablando del valor, y sólo después de haber llegado a esta categoría podemos empezar a presentar el despliegue de las formas de valor, de las distintas expresiones que adquiere esta esencia interior. Sin embargo, en última instancia hay un problema con considerar el valor como punto de partida sintético. Si aceptáramos literalmente esta idea, deberíamos suponer que el orden sintético de exposición es valor-mercancía-dinero. Sin embargo, en el desarrollo de la forma de valor Marx no hace una derivación de la categoría de mercancía a partir de la categoría de valor: más bien, parece que ambas se presuponen mutuamente. En realidad realiza una derivación de la forma dineraria de valor *partiendo de la forma mercantil de valor*. El dinero surge como una exteriorización de la antítesis interior *de la mercancía* entre valor de uso y valor.

«La expansión y profundización históricas del intercambio desarrollan la antítesis, latente en la naturaleza de la mercancía, entre valor de uso y valor. La necesidad de dar una expresión exterior a esa antítesis, con vistas al intercambio, contribuye a que se establezca una forma autónoma del valor mercantil, y no reposa ni cesa hasta que se alcanza definitivamente la misma mediante el *desdoblamiento* de la *mercancía en mercancía y dinero*» (Marx 1867, p. 106).

La transición dialéctica de una categoría de unidad a una categoría de diferencia se realiza entre las categorías de mercancía y de dinero: el valor es un contenido presente en ambas categorías, como una esencia que tiene una presencia primero implícita y luego completamente exteriorizada. El valor se mantiene como esencia a través de las diferentes formas de manifestación que adopta: la mercancía, el dinero, el capital, etc., por lo que no constituye el momento distintivo del complejo categorial inicial, sino que subyace a los distintos momentos de la exposición dialéctica. La derivación dialéctica consiste en el desarrollo y la sucesión de las distintas formas de valor, siendo cada *forma* la categoría dominante del complejo categorial correspondiente. En el caso del punto de partida, si bien la exposición revela que el valor es la esencia que se expresa a través del cuerpo de las mercancías, la mercancía constituye categoría dominante de ese complejo categorial, ya que estructura la primera y más básica *forma de expresión* del valor, que es el simple valor de cambio entre mercancías, contrapuesta a las formas más desarrolladas como el dinero y el capital (que son las categorías dominantes de los siguientes complejos categoriales).

En síntesis, el punto de partida no puede ser absolutamente simple: ni la mercancía ni el valor constituyen puntos de partida que puedan satisfacer estrictamente ese criterio, y el valor no lo satisface mejor que la mercancía. Parece más apropiado concebir que partimos de un complejo categorial, articulado a partir de una estructura de esencia, que describe de la manera más abstracta posible la forma de socialidad característica de la producción mercantil, en la que el valor como objetivación de trabajo abstracto representa la esencia interior pero

la mercancía es la categoría dominante, al ser la forma de expresión del valor que se presenta en esa fase de la exposición. La progresión dialéctica inicial entonces es mercancía-dinero-capital, donde estas tres fases no deben ser entendidas como categorías aisladas, sino como complejos categoriales que articulan las distintas *formas de valor*, las diferentes maneras en que una misma esencia interior, el valor, se manifiesta externamente. Vale la aclaración de que esto no implica rechazar la idea de que la progresión dialéctica se caracteriza por una ordenación categorial de lo abstracto a lo concreto, puesto que hay distintos niveles de abstracción y complejidad entre los entramados categoriales, y el entramado que constituye el punto de partida es la forma más simple y abstracta de conceptualizar la producción capitalista.

Quisiera concluir este capítulo señalando que la interpretación aquí ofrecida dista de estar completamente desarrollada. En particular hay dos líneas de investigación a seguir, sea para confirmarla o terminar descartándola. Por un lado, la referencia a la doctrina de la esencia de Hegel y la caracterización de la estructura del primer complejo categorial ha sido muy somera. Es preciso analizar con más detalle la *Lógica* y los primeros capítulos de *El capital* para construir una interpretación más robusta de ese complejo categorial en términos de una *Wesenslogik*, reconstruyendo momento por momento la articulación conceptual de dicha estructura. Por otro lado, de esta lectura se sigue que no sólo el punto de partida es un complejo categorial, sino que toda la progresión dialéctica en *El capital* consiste en una sucesión de estructuras similares. Por lo tanto, es preciso encontrar dichas estructuras en el resto de la obra y demostrar también que se constituyen a través de las categorías de la doctrina de la esencia.

Capítulo 4

Dialéctica sistemática e historia

En el segundo capítulo presentamos la manera en que la Nueva Dialéctica, y Christopher Arthur en particular, distinguen la dialéctica sistemática de la dialéctica histórica y del método lógico-histórico en particular. De acuerdo con esta perspectiva, en *El capital* predomina una manera sincrónica de articular las relaciones que constituyen a la sociedad capitalista como una totalidad ya constituida que se autorreproduce. Esto excluiría la visión de la dialéctica como una concepción del proceso de cambio y de la dinámica de desarrollo orgánico de esa totalidad. En este capítulo discuto esta dicotomía entre dialéctica e historia.

En la primera sección desarrollo específicamente el debate de la Nueva Dialéctica con la interpretación de Engels del método de Marx, conocida como el método lógico-histórico: la visión de que el orden lógico de las categorías en *El capital* se corresponde con el orden histórico en que estas categorías se realizaron prácticamente en su forma clásica o pura. En la segunda sección me enfoco en una tesis puntual de la interpretación de Engels, la idea de que los primeros capítulos de *El capital*, en los que la ley del valor rige sin mediaciones y todavía no hay referencias a la relación social capitalista en la esfera de la producción, se refiere a la producción mercantil simple como una forma de producción históricamente anterior a la producción capitalista. En ambas secciones desarrollo una visión favorable a la Nueva Dialéctica, aunque intentando complejizar los planteos de Arthur y de Smith y recuperar más detenidamente los aportes de Marx a esta discusión. En la tercera sección, no obstante, discuto contra la interpretación unilateralmente sincrónica que hace la Nueva Dialéctica del método expositivo en *El capital*, intentando mostrar que en la exposición conviven momentos sincrónicos y momentos diacrónicos y que la presentación histórica es un momento necesario de la articulación dialéctica de las categorías de *El capital*

1. La crítica del método lógico-histórico

Como señalamos en el segundo capítulo, todos los autores que forman parte de la corriente de la Nueva Dialéctica acuerdan en rechazar la interpretación histórica de Engels del método de Marx. En el primer capítulo (pp. 28-9) presentamos brevemente la interpretación de Engels del método de Marx, presente en su reseña de la *Contribución*. Allí Engels describe el libro de Marx como «una síntesis sistemática de todo el conjunto de la ciencia económica» (Marx 1859, p. 337). Según Engels, un intento semejante de «desarrollar una ciencia en su propia

conexión interna» (p. 337) no había sido realizado desde la muerte de Hegel. Por un lado, los discípulos de Hegel se habían limitado a emplear patrones formalistas de razonamiento y una fraseología característica que encubrían la falta de conocimientos positivos de la materia a la que los aplicaban. Por otro lado, el auge de las ciencias positivas de mediados del siglo XIX en Alemania coincidió filosófica y metodológicamente con un retorno al materialismo del siglo XVIII y a la metafísica wolffiana, un método que para Engels había sido «destruido teóricamente por Kant, y sobre todo por Hegel» (p. 338) y que sobrevivía sólo a falta de otro método sencillo y a causa del carácter idealista del método hegeliano. Pero el método hegeliano «era, entre todo el material lógico existente, lo único que podía ser utilizado», luego de someterlo a una crítica a fondo (p. 339).

La principal virtud que para Engels tenía el método de Hegel era su sentido histórico: «intentó poner de relieve en la historia un proceso de desarrollo, una conexión interna», y «en todas partes encontramos la materia tratada históricamente, en una determinada conexión con la historia, aunque esta conexión aparezca invertida de un modo abstracto» (p. 339). Ahora bien, su defecto era que este desarrollo histórico, esta conexión interna, era concebida como un movimiento del pensamiento puro. La crítica a fondo de este método debía consistir en despojarlo de ese ropaje idealista, y para Engels el mérito por esa tarea corresponde a Marx.

Engels expone entonces su interpretación "lógico-histórica" del método de Marx, que citamos en toda su extensión:

«Aun después de descubierto el método, y de acuerdo con él, la crítica de la economía política podía acometerse de dos modos: el histórico o el lógico. Como en la historia, al igual que en su reflejo literario, las cosas se desarrollan también, a grandes rasgos, desde lo más simple hasta lo más complejo, el desarrollo histórico de la literatura sobre economía política brinda un hilo natural de engarce para la crítica, pues, en términos generales, las categorías económicas aparecerían aquí por el mismo orden que en su desarrollo lógico. Esta forma presenta, aparentemente, la ventaja de una mayor claridad, puesto que en ella se sigue el desarrollo *real* de las cosas, pero en la práctica lo único que se conseguiría, en el mejor de los casos, sería popularizarla. La historia se desarrolla con frecuencia a saltos y en zigzags, y habría que seguirla así en toda su trayectoria, con lo cual no sólo se recogerían muchos materiales de escasa importancia, sino que habría que romper muchas veces la ilación lógica. Además, la historia de la economía política no podía escribirse sin la de la sociedad burguesa, con lo cual la tarea se haría interminable, ya que faltan todos los trabajos preparatorios. Por lo tanto, el único método indicado era el lógico. Pero éste no es, en realidad, más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza esta historia debe comenzar

también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de éste no será más que la imagen refleja, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica; una imagen refleja corregida, pero corregida con arreglo a las leyes que brinda la propia trayectoria histórica; y así, cada factor puede estudiarse en el punto de desarrollo de su plena madurez, en su forma clásica». (Marx 1859, pp. 340-1).

La idea central de este enfoque es que tanto una exposición del desarrollo histórico de la sociedad burguesa (y de su reflejo en la historia de la literatura económica) como la exposición lógica de las categorías de la economía política siguen un mismo orden: el orden de lo simple a lo complejo, de lo abstracto a lo concreto. El problema sería que en la historia fáctica el orden lógico no se presenta limpiamente. Engels no desarrolla esta idea, que puede hacer referencia a múltiples consideraciones. Por ejemplo, cada fase de desarrollo lógico podría extenderse disparmente en el tiempo, en algunos casos durante muchos siglos y abarcando una sucesión de hechos históricos irrelevantes desde la perspectiva de la exposición teórica (p. ej., la exposición debería contener los milenios de desarrollo del intercambio mercantil en el capítulo sobre la mercancía). Además cada una de las fases podría estar superpuesta con formas económicas ajenas a la producción mercantil y capitalista (p. ej., la forma de producción antigua o feudal en la que se enmarcaba la producción mercantil precapitalista), que también son irrelevantes desde el punto de vista de la exposición teórica. Finalmente, la historia no sigue el desarrollo lineal de la derivación lógica en el sentido de que se pueden producir retrocesos también irrelevantes (por ejemplo, la decadencia de sociedades con un comercio desarrollado, donde la forma de capital surgida en el comercio no pudo sostenerse por no desarrollarse las relaciones capitalistas en la industria). Sin embargo, más allá de estas divergencias, el desarrollo lógico de algún modo rige el desarrollo histórico, ya que establece las relaciones de interdependencia y presuposición lógica entre las categorías que la historia fáctica no puede pasar por alto (p. ej., no podría haber surgido el capital comercial en una sociedad que no practicara el intercambio mercantil). Es en este sentido que ambos métodos coinciden, al compartir un mismo sentido general de su desarrollo, y por ello se puede hablar de un método *lógico-histórico*.

Tony Smith considera que esta concepción del método de *El capital* no es una ficción de Engels, sino que en los propios textos de Marx encontramos elementos que la favorecen. No sólo menciona el epílogo a la segunda edición de *El capital*, que comentamos en el primer capítulo y en el que se sostiene que el propósito de Marx es encontrar la ley del desarrollo de los fenómenos, de la transición de una forma a otra. También sostiene que «hay lugares en el texto principal en los que Marx se extendió mucho para presentar su teoría como una lógica evolutiva del desarrollo en la historia, por ejemplo en la discusión de las diferentes etapas de la forma de dinero, del avance de la manufactura a la gran industria, etc.» (1990, p. 31). Hans-Georg Backhaus, que también adhirió a un

enfoque sistemático, considera estos elementos como signo de que «metodológicamente Marx estaba completamente confundido» (Smith 1990, p. 32). Smith no adhiere a esta interpretación, y considera más bien que el método de Marx es inequívocamente sistemático. La presencia de elementos e ilustraciones históricas tiene que ver con que intentó hacer accesible su teoría a un público nada familiarizado con la dialéctica de Hegel (pp. 32-3). Después de todo, «en principio no hay contradicción entre integrar una vasta cantidad de material histórico y construir una teoría en la que las categorías estén ordenada lógica y no históricamente» (p. 22). La ordenación sistemática sería predominante, y los elementos históricos tendrían un carácter meramente ejemplificador e ilustrativo.

Smith ofrece dos tipos de argumentos contra esta interpretación lógico-histórica. En primer lugar, sostiene que contradice un conocido pasaje de Marx en “El método de la economía política”. El segundo tipo de argumento tiene que ver con «los múltiples lugares en *El capital* en donde una lectura lógico-histórica colapsa» (1990, p. 31). Comencemos con el pasaje de "El método de la economía política":

«sería impracticable y erróneo alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Su orden de sucesión está, en cambio, determinado por las relaciones que existen entre ellas en la moderna sociedad burguesa, y que es exactamente el inverso del que parece ser su orden natural o del que correspondería a su orden de sucesión en el curso del desarrollo histórico» (Marx 1857/8, 28, pp. 28-9).

Este es un pasaje citado con mucha frecuencia por los partidarios de la Nueva Dialéctica, aunque sin desarrollar el contexto de discusión del cual forma parte, por lo que se pierde de vista que se trata de la conclusión de Marx a un desarrollo de varias páginas. El texto de Marx puede ser oscuro por momentos (después de todo, se trata de un manuscrito inédito que no tuvo las suficientes correcciones), lo cual puede explicar en parte por qué no se suele reconstruir la argumentación de Marx en su integridad. Aquí presentar la argumentación de Marx en su conjunto, ya que considero que tiene sugerencias importantes para el debate sobre el método lógico-histórico.

El pasaje citado es la culminación de un desarrollo iniciado con la siguiente pregunta: «Pero estas categorías simples, ¿no tienen una existencia histórica o natural autónoma, anterior a las categorías concretas?» (Marx 1857/8, 22, p. 22). Marx se está preguntando por un lado si las categorías simples de las que parte la exposición dialéctica pueden existir con *independencia* de las relaciones más concretas que se van constituyendo en el transcurso de la exposición (p. ej., si la mercancía puede existir con independencia del dinero y del capital), y, por otro lado, si en virtud de esta independencia las categorías simples pueden también haber surgido *históricamente antes* del desarrollo de esas relaciones más

concretas. El método lógico-histórico obligaría a responder que sí: por más que la historia fáctica no siga un desarrollo lógico lineal y tenga retrocesos en determinados puntos, presupone y exhibe el sentido general del desarrollo lógico, por lo que las categorías más simples y lógicamente previas deben ser también históricamente previas, y por ende se desarrollaron históricamente con autonomía de las categorías lógicamente derivadas. La dialéctica sistemática obligaría a responder que no: las categorías simples se obtienen abstrayendo violentamente determinados elementos simples de la totalidad que los sustenta, pero aisladamente no tienen una capacidad de existencia autónoma y por lo tanto no pueden haber existido históricamente antes del resto de las categorías que constituyen la totalidad (de hecho es esa propia incapacidad de las categorías abstractas de sostenerse por sí mismas lo que conduce a derivar de ellas las categorías más concretas hasta reconstruir enteramente la totalidad). La respuesta de Marx es «Ça dépend» (22, p. 23), tras lo cual realiza una larga disquisición en la que aborda distintos ejemplos.

Marx comienza con una referencia a la *Filosofía del derecho* de Hegel. «Hegel tiene razón en comenzar la filosofía del derecho con la posesión, ya que constituye la relación jurídica más simple del sujeto. Pero no existe posesión antes de la familia o de las relaciones de dominación y servidumbre, que son relaciones mucho más concretas» (22-3, p. 23), si bien Hegel las analiza posteriormente. En este sentido, las categorías más simples no son autónomas e históricamente previas, dado que *presuponen las relaciones más concretas* que constituyen a la totalidad en cuestión. Elaborando un poco más esta idea, debemos concluir que todas las categorías de una exposición dialéctica son momentos más o menos abstractos de la totalidad concreta y sólo pueden existir en el marco de esa totalidad, por lo que su despliegue por separado en un orden de lo abstracto a lo concreto debe ser interpretado de manera *sincrónica*, y no como una sucesión diacrónica o temporal. En cambio, la sucesión histórica se desarrolla siempre en el ámbito de lo concreto: es un movimiento de lo concreto a lo concreto, es el desarrollo de la totalidad concreta en su conjunto. Si bien uno puede reconocer formas sociales más y menos complejas, e incluso adscribir, como parece hacerlo Marx, a una concepción del desarrollo histórico como una creciente complejización de la sociedad, el movimiento histórico que implica la transformación de una forma social en otra no es un movimiento de lo abstracto a lo concreto.

De cualquier manera, sería una simplificación atribuir al enfoque lógico-histórico la idea de que las categorías abstractas existen por sí mismas en el comienzo de la historia, y el propio Marx plantea inmediatamente después una manera más plausible de sostener que el orden de lo abstracto a lo concreto se realiza también históricamente. Marx dice que «la categoría más simple puede expresar las relaciones dominantes de un todo no desarrollado o las relaciones subordinadas de un todo más desarrollado, relaciones que existían ya

históricamente antes de que el todo se desarrollara en el sentido expresado por una categoría más concreta» (23, p. 23). El ejemplo de Marx es la categoría de dinero, que existió antes del capital, el trabajo asalariado, los bancos, en una sociedad menos desarrollada que la sociedad burguesa. La mercancía y el dinero pueden haber sido las categorías predominantes en las sociedades mercantiles precapitalistas, pero empiezan a ocupar un rol secundario cuando el capital se convierte en la relación social dominante. «Sólo entonces el camino del pensamiento abstracto, que se eleva de lo simple a lo complejo, podría corresponder al proceso histórico real» (23, p. 23). Es decir, ya no supondríamos una historia que progresa de lo abstracto a lo concreto, pero sí una forma de desarrollo de la propia totalidad concreta en la que *distintas categorías simples tienen preeminencia en cada fase* de su desarrollo. Esto mismo puede haber indicado Engels cuando dijo que «cada factor puede estudiarse en el punto de desarrollo de su plena madurez, en su forma clásica» (Marx 1859, p. 341). El desarrollo histórico de la sociedad, al realizarse en fases signadas por distintas categorías o relaciones sociales simples preeminentes, puede corresponderse con la sucesión lógica de dichas categorías, aunque esto no implique que esas categorías se realicen autónomamente de las relaciones más concretas que constituyen la totalidad en cada una de esas fases.

Sin embargo, Marx luego vuelve a la carga contra la idea de que haya una analogía entre el orden lógico y el orden histórico. En primer lugar señala que una categoría simple como el dinero puede no presentarse en su "*pleno desarrollo intensivo y extensivo*" en una sociedad con formas concretas más desarrolladas como la cooperación, la división del trabajo, etc. Por ejemplo, entre los incas el dinero no existía, en las comunidades eslavas se limitaba al intercambio mercantil con otras comunidades, y en el Imperio romano, donde se desarrolló con una gran extensión, no llegó a reemplazar el impuesto y las prestaciones en especie. Marx concluye que «aunque la categoría más simple haya podido existir históricamente antes que la más concreta, en su pleno desarrollo intensivo y extensivo ella puede pertenecer sólo a una forma social compleja, mientras que la categoría más concreta se hallaba plenamente desarrollada en una forma social menos desarrollada» (1857/8, 24, p. 24). Es decir, en la historia tendríamos una suerte de inversión del orden lógico: las categorías más complejas como la división del trabajo se habrían desarrollado plenamente en fases tempranas, y las categorías más simples como el dinero se habrían desarrollado plenamente en la sociedad burguesa¹.

El siguiente ejemplo de Marx se centra en la categoría de trabajo abstracto. «El trabajo parece ser una categoría totalmente simple. También la representación

¹ Tal vez se podría poner en cuestión que la división del trabajo esté plenamente desarrollada en las sociedades precapitalistas, de manera que no sería tan clara la inversión del orden histórico planteada por Marx.

del trabajo en su universalidad –como trabajo en general– es muy antigua. Y sin embargo, desde el punto de vista económico, el “trabajo” es una categoría tan moderna como las relaciones que dan origen a esta abstracción simple» (24, p. 24). La categoría simple o universal de trabajo abstracto se realiza *sólo en determinadas condiciones históricas*, que para Marx son fundamentalmente dos. En primer lugar, se tiene que haber desarrollado una *diversidad* de trabajos concretos y una *indiferencia* por cada trabajo concreto particular. «La indiferencia frente a un género determinado de trabajo supone una totalidad muy desarrollada de géneros reales de trabajos, ninguno de los cuales predomina sobre los demás. Así, las abstracciones más generales surgen allí donde existe el desarrollo concreto más rico» (25, p. 25). En una sociedad con una producción predominantemente agraria como lo era Francia en el siglo XVIII no es de extrañar que se haya desarrollado un sistema como la fisiocracia, que consideraba únicamente a la agricultura como el trabajo que crea valor. Sólo con el desarrollo de la industria propio de la época burguesa el carácter general y abstracto del trabajo que produce valor se hizo patente. Ahora bien, esta simple diversidad de "géneros de trabajo" en sí misma sólo habilita una abstracción *intelectual* del carácter general del trabajo, una abstracción producto de un proceso de elaboración teórica que alcanza sólo un estatus subjetivo. La segunda condición impuesta por Marx es que el trabajo abstracto debe además haberse realizado *prácticamente* en «una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo es para ellos fortuito, y por lo tanto, indiferente» (25, p. 25). Es decir, la abstracción del trabajo se verifica prácticamente en la sociedad burguesa en su máximo desarrollo, con su progresiva descalificación del trabajo, su movilización de la fuerza laboral de una rama a otra, sus distintas fases del ciclo económico con su respectiva creación y destrucción de empleo, etc. Así, «la abstracción más simple que la economía moderna coloca en el vértice, y que expresa una relación antiquísima y válida para todas las formas de sociedad, se presenta no obstante como prácticamente cierta en este [grado de] abstracción sólo como categoría de la sociedad moderna» (25, p. 26)². Este ejemplo en cierto modo se parece al

² Cabe preguntarse en qué sentido para Marx el trabajo abstracto puede ser una categoría válida para todas las formas de sociedad. En el segundo capítulo hemos visto que el rechazo de esta idea es un punto central de la teoría de la forma de valor a la que adhieren los exponentes de la Nueva Dialéctica, basándose precisamente en el argumento de que sólo en la sociedad burguesa el trabajo abstracto se realiza prácticamente. La interpretación sustancialista de la teoría del valor es criticada entre otras cosas por su carácter ahistórico o transhistórico, por no captar el carácter específicamente capitalista del trabajo abstracto, que no se reduce a un mero «gasto productivo del cerebro, músculo, nervio, mano» (Marx 1867, p. 54), sino que se constituye socialmente en la sociedad burguesa a través de la validación social en el intercambio de mercancías de los trabajos realizados privadamente.

No es claro por qué para Marx la categoría de trabajo tendría una vigencia transhistórica, a menos que esté pensando en la simple abstracción "intelectual" que

anterior: la categoría más simple y abstracta aparece como plenamente desarrollada o prácticamente realizada en la forma de sociedad más avanzada.

El siguiente argumento de Marx señala que el sentido común indicaría que la categoría inicial debería ser la de la renta o la propiedad de la tierra, ya que la tierra es la fuente de toda producción y la agricultora «la primera forma de producción de todas las sociedades más o menos estabilizadas» (27, p. 27). Sin embargo, para Marx esto es erróneo porque distintas formas de sociedad tienen

despoja de todo contenido específico el trabajo concreto y lo reduce a su cualidad más general de ser gasto de cerebro, músculo, etc. En el siguiente párrafo Marx habla de las categorías abstractas refiriéndose a «su validez –precisamente debida a su naturaleza abstracta– para todas las épocas» (1857/8, 25, p. 26). En cuanto operación mental esa abstracción puede ser operada sobre la diversidad de trabajos concretos de cualquier época histórica, pero no quedaría claro su relevancia teórica para comprender el funcionamiento de las sociedades precapitalistas, en las que esa abstracción no existe prácticamente.

Desde la adhesión al método lógico-histórico se podría interpretar el carácter transhistórico de la categoría de trabajo de la siguiente manera: la ley del valor rige donde sea que haya intercambio mercantil desarrollado, por lo que el trabajo abstracto (la sustancia del valor) es una categoría vigente en las sociedades mercantiles precapitalistas. Basta el intercambio mercantil, aunque no haya relaciones de producción capitalistas, para que se produzca la validación social de los trabajos privados en el mercado, y por lo tanto para que se realice prácticamente el trabajo abstracto. Discutiremos esta idea en la segunda sección de este capítulo.

Otro indicio para la interpretación de este punto es la afirmación posterior de Marx de que las categorías de la economía política burguesa son las que permiten comprender las relaciones sociales de las sociedades precedentes: «La sociedad burguesa es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Las categorías que expresan sus condiciones y la comprensión de su organización permiten al mismo tiempo comprender la organización y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad pasadas» (25-6, p. 26). Marx aclara que esto no se debe interpretar como una identificación de las relaciones burguesas en las formas sociales precedentes, a la manera de los economistas burgueses que naturalizan las relaciones sociales capitalistas. Marx parece estar refiriéndose a ciertas continuidades que se mantienen entre los modos de producción, donde algunas categorías modernas son un desarrollo ulterior de las formas precedentes (y en la medida en que hay un desarrollo no se puede hablar de identificación):

«Se puede comprender el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta del suelo. Pero no hay por qué identificarlos. Además, [...] ciertas relaciones pertenecientes a formas de sociedad anteriores aparecen en [la sociedad burguesa] sólo de manera atrofiada o hasta disfrazadas. Por ejemplo la propiedad comunal. En consecuencia, si es verdad que las categorías de la economía burguesa poseen cierto grado de validez para todas las otras formas de sociedad, esto debe ser tomado cum grano salis. Ellas pueden contener esas formas de un modo desarrollado, atrofiado, caricaturizado, etc., pero la diferencia será siempre esencial» (cf. pp. 25-6).

Creo que esta última opción es lo que más se aproxima a una explicitación del propio Marx del significado del carácter transhistórico de la categoría de trabajo. El trabajo abstracto sería la forma social transmutada que adopta en la sociedad burguesa el hecho "natural" y común a todo modo de producción de que el trabajo, distribuido adecuadamente entre diversas actividades productivas, es la actividad por medio de la cual cualquier sociedad reproduce su vida.

distintas *relaciones predominantes* de producción que subordinan al resto. Por ejemplo, en los pueblos pastores la agricultura es esporádica. Recién con el desarrollo de la agricultura sedentaria (predominante en las sociedades antigua y feudal) el régimen de propiedad de la tierra estructura el conjunto de las relaciones de producción, incluyendo la industria urbana, que ocupa siempre un rol subordinado. Pero en la sociedad burguesa la propiedad de la tierra pierde centralidad y esa relación se invierte:

«La agricultura se transforma cada vez más en una simple rama de la industria y es dominada completamente por el capital. Lo mismo ocurre con la renta del suelo. [...] No se puede comprender la renta del suelo sin el capital, pero se puede comprender el capital sin la renta del suelo. El capital es la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa. Debe constituir el punto de partida y el punto de llegada, y debe considerársele antes que la propiedad de la tierra» (27, p. 28).

El punto de partida entonces debe ser la categoría que caracteriza la relación social predominante de la sociedad en cuestión. Algunas formas categorías pueden ser históricamente precedentes, pero si, desde un punto de vista sistemático, juegan un rol *subordinado* a la relación predominante, entonces no pueden tener prioridad expositiva.

Es luego del anterior argumento que Marx formula el pasaje que citamos en la página 100 donde se opone a ordenar las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes, argumentando que el orden de exposición está determinado por el lugar que ocupan las categorías en el entramado de relaciones que constituye la sociedad burguesa. Ésta es una conclusión natural de los ejemplos precedentes, y en particular del último.

Marx sigue dando vueltas a esa idea en un par de párrafos breves. Señala primero que «[e]l capital, como capital comercial o monetario, se presenta justamente bajo esta forma abstracta allí donde el capital no es todavía el elemento dominante de las sociedades» (28, p. 29). Cita como ejemplo los fenicios y cartaginenses en el mundo antiguo y los lombardos y judíos en las sociedades medievales. Es decir, el capital se puede presentar como forma abstracta antes de materializarse como relación de *producción* dominante³ sólo porque es una forma subordinada de otra relación social de producción, la agricultura antigua o feudal. Luego menciona el ejemplo de las *joint-stock-*

³ La forma abstracta del capital es D-M-D', dinero con el que se compran mercancías que se venden por una suma mayor de dinero. La forma básica del capital como relación de *producción* es D-M(MP/FT)-M'-D', dinero con el que se compran las mercancías medios de producción y fuerza de trabajo, con las cuales se producen otras mercancías "fecundadas de plusvalor" que por ende son vendidas por una suma de dinero mayor a la inicialmente adelantada.

companies (sociedades por acciones), que siendo «una de las más recientes instituciones de la sociedad burguesa» también aparecen en sus comienzos pero con otra función, siendo la forma institucional de «las grandes compañías comerciales que gozan de privilegios y de monopolio» (28, p. 29).

¿Adónde va Marx con estos ejemplos? Él los clasifica como «ejemplo[s] de las distintas posiciones que ocupan las mismas categorías en los diversos estadios de la sociedad» (28, p. 29). Estos casos serían distintos al de la propiedad de la tierra, porque ya no se pasa de una relación predominante a una subordinada. En el caso del capital comercial tenemos una transición de una relación subordinada a otra: aparece subordinado primero a las sociedades agrarias y luego a la forma capitalista de producción en la industria (aunque como forma abstracta también de la producción industrial el circuito D-M-D' pasaría de ser una relación subordinada a ser la relación dominante). El caso de las sociedades por acciones es más difícil de clasificar: comenzaría como la forma institucional de una relación social subordinada (el capital comercial en la etapa de transición entre el feudalismo y el capitalismo) y se convertiría en la forma institucional de la relación social dominante (el capital industrial en la sociedad burguesa desarrollada), aunque en cualquier caso debe ser una categoría relegada en la exposición, ya que en cuanto forma institucional es una categoría concreta irrelevante para el análisis de la esencia de la relación social dominante (de hecho Marx posterga su tratamiento hasta el Tomo III).

Estas consideraciones de Marx son ricas en sugerencias, pero es difícil extraer una conclusión clara de ellas. En general se puede sostener que Marx argumenta *en contra* de una interpretación histórica de la progresión categorial. En primer lugar afirma que las categorías simples expresan relaciones abstractas que no pueden subsistir antes y autónomamente de la totalidad concreta a la que pertenecen. En segundo lugar, en su “pleno desarrollo extensivo e intensivo” y en su carácter “históricamente determinado”, las categorías abstractas sólo se presentan como tales en la sociedad burguesa y con posterioridad al desarrollo de las categorías más concretas, si bien pueden haber aparecido de manera menos desarrollada con anterioridad. En tercer lugar, las mismas categorías (la propiedad de la tierra, el capital comercial, las sociedades por acciones) juegan distintos roles en distintas formas sociales o en distintos momentos del desarrollo de una forma social, y su posición dentro de la exposición teórica no está determinada por su momento histórico de aparición sino precisamente por el rol que juega en la estructura de la formación social que se busca exponer. En todas estas consideraciones Marx coincide con distintos aspectos del enfoque de la Nueva Dialéctica: en particular, el carácter sincrónico de la exposición dialéctica, el carácter abstracto y necesitado de fundamento de las categorías simples que constituyen el momento inicial de la exposición, y el carácter práctico e históricamente determinado que tiene la abstracción en la sociedad burguesa.

La única concesión que parece hacer Marx al método lógico-histórico es la idea de que cada fase del desarrollo de la sociedad puede ser caracterizada por una "forma clásica" o una relación social predominante, siendo la sucesión histórica de las formas clásicas similar al orden lógico en que dichas formas se articulan al interior de la sociedad burguesa⁴. Sin embargo, incluso esta concesión puede ser problemática. Como el propio Marx señaló, si en formaciones sociales precapitalistas como el modo de producción antiguo y el feudal la propiedad de la tierra era la relación social predominante, el método lógico histórico prescribiría que ésta debería ser la categoría inicial de la exposición en *El capital*, algo rechazado categóricamente por Marx.

La principal correlación entre el orden histórico de las formas clásicas y el orden lógico en *El capital* a la que pueden recurrir los partidarios de Engels probablemente sea la sucesión *mercancía-dinero-capital*, que estructura los primeros capítulos de esta obra y que presentaría la génesis lógico-histórica del capital como relación social predominante de la sociedad burguesa. Sin embargo, es claro que en estos capítulos la exposición de Marx está guiada principalmente por razones conceptuales. Esto es particularmente notorio en el desarrollo de la forma de valor en el capítulo 1. El propósito de esa derivación es mostrar que el dinero no es una forma analíticamente irreducible, sino una relación compleja cuyo "secreto" se encuentra en la mercancía. No nos interesa saber cómo surgió empíricamente el dinero, sino comprender su naturaleza. Se parte entonces de la relación de valor entre dos mercancías, la forma *simple* de valor (x mercancía A = y mercancía B) porque es «la *expresión más simple del valor de una mercancía*»

⁴ Sería interesante investigar en qué medida esta idea del enfoque lógico-histórico, a la que Marx parece realizar concesiones, puede haber estado influida por el pensamiento biológico de la época. Marx reiteradamente trae a colación metáforas de la biología, y en particular de las teorías de la evolución. Por ejemplo, en relación a la discusión que desarrollamos en la nota 2 de este mismo capítulo sobre la vigencia de las categorías modernas para comprender las formas sociales precedentes Marx señala que «[l]a anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Por el contrario, los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores pueden ser comprendidos sólo cuando se conoce la forma superior» (1857/8, p. 26).

En particular, la idea de que el desarrollo histórico refleja la progresión lógica de las categorías de la sociedad más avanzada recuerda a la teoría de la recapitulación en boga durante el siglo XIX, según la cual la ontogenia recapitula la filogenia (es decir, el desarrollo embrionario de cada especie repite la historia evolutiva de esa especie). «El individuo orgánico [...] repite durante el rápido y corto transcurso de su desarrollo individual los cambios de forma más importantes que sus ancestros atravesaron durante el largo y lento transcurso de su evolución paleontológica de acuerdo a las leyes de la herencia y la adaptación. La repetición completa y precisa del desarrollo filético por el desarrollo biótico es obliterada y abreviada por la contracción secundaria, en la medida en que la ontogenia se lanza a un trayecto más directo». Esta cita de Ernst Haeckel (citada en Russell 1916, pp. 253-4) recuerda mucho a la idea de Engels de que la exposición lógica repite el orden histórico de las formas clásicas (los cambios de forma "más importantes") y de que limpia el desarrollo histórico de las idas y venidas contingentes ("se lanza a un trayecto más directo").

(Marx 1867, p. 59). La transición a las siguientes formas se realiza exclusivamente por las insuficiencias que uno puede identificar en ellas a partir de consideraciones puramente conceptuales. Por ejemplo, el problema de la forma simple de valor es que hace parecer que el valor de la mercancía A consiste sólo en su capacidad de ser intercambiado por la mercancía singular B, cuando en realidad, en cuanto objetivación de trabajo abstracto, debe ser intercambiable por cualquier otra mercancía (p. 76). De ahí surge la forma *total* o *desplegada* (z mercancía A = u mercancía B, v mercancía C, w mercancía D...), que si bien puede vincular a A con todas las demás mercancías, es una forma que sigue siendo defectuosa: la forma de equivalente (el lado derecho de la igualdad) es inestable y se transforma cada vez que se introduce una nueva clase de mercancía en el mercado; la naturaleza simple y homogénea del valor es mal representada como un mosaico heterogéneo; y a cada mercancía corresponde una forma de equivalente distinta, pues en cada caso se debe excluir de la forma de equivalente a la propia mercancía cuyo valor está siendo expresado (pp. 78-9). Como se puede ver, Marx aduce razones puramente conceptuales para que esta forma sea superada por la forma *general*. Si su método fuera histórico, lo que debería hacer es identificar una fase histórica del intercambio mercantil donde la forma simple haya sido predominante, mostrar cómo ésta entró en crisis y dio lugar a la forma de total, mostrar cómo ésta entró en crisis y dio lugar a la forma general, y así sucesivamente hasta llegar al desarrollo de la sociedad capitalista.

Esa necesidad lógica que conduce de la mercancía al dinero no necesariamente tiene que haberse expresado de manera inmediata, con el surgimiento de una forma dineraria completamente desarrollada tan pronto como surgió el intercambio mercantil. Es decir, históricamente las formas de valor se pueden haber desarrollado siguiendo la misma secuencia que la anterior presentación lógica, y probablemente el dinero haya surgido históricamente de esa manera (reiteradas veces) en todas las sociedades en las que apareció. Sin embargo, esa historia no puede concebirse como una sucesión de etapas en las que cada forma de valor constituye la respectiva forma clásica, como si en algún período se pudiera haber sostenido establemente la forma simple, en un período siguiente la forma total, etc. En este punto la analogía entre la lógica y la historia se rompe, porque la necesidad lógica que conduce de una forma de valor a otra impide que las formas más embrionarias puedan sostenerse autónomamente por mucho tiempo o de manera generalizada. La forma simple de valor desde un punto de vista histórico representaría los intercambios fortuitos y ocasionales que se producen en sociedades en las que los productos del trabajo *no* son producidos como mercancías: son producidos para el consumo privado, y alguna ocasión especial posibilita intercambiarlos. Si estuviéramos ante una producción sistemática de algún producto como mercancía, para venderlo en el mercado, sería extraño que se lo cambie de manera exclusiva por una única clase de producto. Una producción genuinamente mercantil parece requerir mínimamente la

existencia de la forma total de valor, de la posibilidad de intercambiar una mercancía por cualquier otra. Marx parece sostener algo similar cuando dice que

«[I]a necesidad de dar una expresión exterior a esa antítesis [entre valor de uso y valor] [...] no reposa ni cesa hasta que se alcanza definitivamente la misma mediante el *desdoblamiento* de la *mercancía en mercancía y dinero*. Por consiguiente, en la misma medida en que se consuma la transformación de los *productos del trabajo en mercancías*, se lleva a cabo la transformación de la *mercancía en dinero*» (1867, p. 106).

El paso de la mercancía al dinero es *simultáneo* con la extensión de la producción mercantil, porque una forma es lógicamente dependiente de la otra. La producción mercantil como un sistema estable y generalizado requiere necesariamente la separación de una mercancía como equivalente general, requiere el dinero⁵. En cierto modo las categorías de mercancía y dinero son *contemporáneas*, se desarrollan conjuntamente. La forma de mercancía sólo puede ser históricamente precedente al dinero en un sentido devaluado: por ejemplo, en el caso de la forma simple de valor, siendo un producto que se convierte por casualidad en mercancía pero que no es genuinamente producido como mercancía por un sistema de producción mercantil.

En definitiva, más allá de las analogías que se puedan trazar con la historia, lo que está desarrollando Marx en estos capítulos de *El capital* son las relaciones de dependencia lógica entre las categorías más básicas de la economía política, mostrando cómo unas se derivan necesariamente de las otras. No está haciendo una descripción del proceso histórico preciso a través del cual se suceden estas relaciones sociales. Para reforzar esta idea podemos añadir algunas observaciones. En primer lugar, Marx ofrece sólo caracterizaciones muy breves y generales de los procesos históricos que se corresponden con esas transiciones lógicas⁶. En segundo lugar, Marx en estas caracterizaciones Marx no hace referencia a ningún

⁵ De allí que Marx cuestione «el socialismo pequeñoburgués, que eterniza la producción de mercancías y al mismo tiempo pretende abolir la “antítesis entre el dinero y la mercancía”, y por tanto el dinero mismo [...]. Sería como *abolir* el papado y mantener en pie el catolicismo» (1867, pp. 106-7).

⁶ Esto ocurre principalmente en un pasaje del capítulo II en el que Marx presenta muy genéricamente el movimiento histórico correlativo con la derivación lógica de las formas de valor realizada en el capítulo I (Marx 1867, pp. 107-109). Consideraciones igualmente fragmentarias y generales sobre el desarrollo histórico aparecen en el capítulo IV. P. ej.: «Históricamente, el capital, en su enfrentamiento con la propiedad de la tierra, se presenta en un comienzo y en todas partes bajo la forma de dinero, como *patrimonio dinerario*, capital comercial y capital usurario. Sin embargo, no hace falta echar una ojeada retrospectiva a la protohistoria del capital para reconocer en el dinero su primera forma de manifestación. Esa misma historia se despliega diariamente ante nuestros ojos» (pp. 179-80; ver también pp. 205-7).

proceso histórico particular, sino a una forma idealizada de desarrollo histórico que se sigue de la propia dependencia lógica entre las categorías, y que se seguramente se dio de múltiples maneras en los distintos casos concretos en que se gestó la forma de dinero o de capital. En tercer lugar, Marx pospone el tratamiento de formas intermedias que fueron cruciales desde el punto de vista histórico para el surgimiento del capital industrial hasta el momento en que son lógicamente relevantes como formas subordinadas (el capital comercial y el capital usurario son tratados en el Tomo III), y pospone la descripción empírica del surgimiento de la sociedad burguesa al capítulo sobre la acumulación originaria del final del Tomo I. Estos primeros capítulos, entonces, contienen la génesis *lógica* de la categoría de capital, y no la historia de su surgimiento.

La sección sobre "El método de la economía política" nos permite formular una objeción adicional al enfoque de Engels. Desde la perspectiva de Marx, la historia de la economía política procede de lo concreto a lo abstracto: parte de las categorías más complejas y procede por medio de la abstracción al establecimiento de las determinaciones más simples y abstractas.

«El primer camino [de lo concreto a lo abstracto] es el que siguió históricamente la economía política naciente. Los economistas del siglo XVII, p. ej., comienzan siempre por el todo viviente, la población, la nación, el estado, varios estados, etc.; pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc.» (Marx 1857/8, p. 21).

En su reseña de la *Contribución* Engels había sostenido que la literatura económica es un reflejo del desarrollo histórico de su objeto, y que por tanto podemos rastrear la sucesión histórica de las categorías económicas también en la literatura económica. Ahora bien, si esto fuera así la cita anterior de Marx implicaría que el desarrollo histórico de la sociedad burguesa sería también de lo concreto a lo simple, de manera que no podría coincidir con el orden lógico de exposición, que en la misma reseña Engels presenta como un orden de lo simple o abstracto a lo concreto. O bien la historia de la sociedad burguesa no encarna un movimiento de lo abstracto a lo concreto, o bien la literatura económica no refleja el movimiento de las categorías económicas en la historia efectiva. Esta objeción de todas maneras es secundaria, porque la tesis central del enfoque lógico-histórico es la de la coincidencia en el orden del modo lógico y el modo histórico de exposición.

El segundo argumento de Smith contra el método lógico-histórico identifica, en línea con algunos de los ejemplos que vimos anteriormente propuestos por el propio Marx, diversos "desórdenes históricos" en *El capital*. Por ejemplo, si bien en *El capital* Marx presenta de manera sucesiva el proceso de producción del capital, el proceso de circulación y su distribución entre las distintas clases (en los

tomos I, II y III respectivamente), «en la historia real no hay una separación temporal entre la producción del capital y su distribución» (Smith 1990, p. 22). Smith también presenta el ejemplo de las distintas formas sucesivas que adopta el precio de las mercancías en *El capital* (valor, precio de costo, precio de producción, precio de mercado), que no pueden ser interpretadas como una sucesión histórica porque lo único que se manifiesta concretamente en la historia es el precio de mercado, siendo el resto de las categorías principios explicativos más abstractos que coexisten en el tiempo con esa forma más concreta (1993, p. 41). Un tercer ejemplo es el ya mencionado de la sucesión entre el capital comercial y el capital productivo. Desde una perspectiva histórica el capital comercial antecede al capital productivo, desarrollándose en los recovecos de las sociedades precapitalistas antes del empleo de trabajo asalariado; sin embargo, Smith señala que en *El capital* esta forma aparece recién en el Tomo III: pese a su precedencia histórica, el rol que adopta el capital comercial en el marco de la sociedad burguesa desarrollada implica que es «una categoría mucho más compleja y concreta que las consideradas al comienzo del volumen 1» (1993, p. 103). Smith menciona varios ejemplos más, pero con los citados alcanza para establecer su argumento⁷.

Los ejemplos de Smith son correctos en general, pero el segundo puede ser desafiado desde un enfoque lógico-histórico. El argumento de Smith es que la sucesión de lo abstracto a lo concreto entre las formas de precio (valor - precio de producción - precio de mercado) no se verifica históricamente, porque el precio de mercado es la forma inmediata en que se manifiesta tanto el valor como el precio de producción. Como el valor se manifiesta necesariamente a través de los precios de mercado, si el valor fuera una categoría históricamente previa a los precios de

⁷ Christopher Arthur, por su parte, no desarrolla ningún argumento interesante contra la idea general del método lógico-histórico (sus dardos se dirigen principalmente a la cuestión de la producción mercantil simple, que discutimos en la siguiente sección). Menciona, al igual que Smith, el pasaje en sentido contrario de “El método de la economía política”, elabora algunas hipótesis de por qué Engels realizó esta interpretación (y por qué Marx no se la discutió), y cita la propia crítica de Smith del método lógico-histórico (Arthur 1997 y 1998).

Lo más distintivo de su crítica es tal vez su interpretación de que en el enfoque de Engels «era claro que lo histórico es tomado como precedente, consistiendo la parte “lógica” meramente en ordenar la historia al desenredar las formas puras de las acreencias contingentes» (2004, p. 63); es decir, una supuesta *primacía de lo histórico* por sobre lo lógico. Considero que esta objeción es equivocada. Si el método consiste en corregir la sucesión histórica por medio de un orden más apropiado, hay que tener algún criterio para establecer ese orden más apropiado, que no puede ser otro que la necesidad lógica. En consecuencia, en realidad se podría argumentar que el enfoque lógico tendría primacía incluso en la interpretación de Engels. Lo que está en discusión no es cuál de los dos modos de ordenar tiene primacía (lo cual tendría poco sentido si fueran órdenes idénticos), sino en qué medida podemos sostener que el orden lógico se refleja también en la historia, y por lo tanto que *El capital*, al estar estructurado lógicamente, refleja también la sucesión histórica de las categorías.

producción, también debería serlo la categoría más concreta del precio de mercado, con lo cual tendríamos una categoría concreta (el precio de mercado) antecediendo históricamente una categoría más abstracta (el precio de producción).

Sin embargo, como ya señalamos anteriormente, sería una interpretación en extremo simplificadora del método lógico-histórico atribuirle la afirmación de que no pueden realizarse categorías más concretas en las fases iniciales del desarrollo histórico. Un partidario del enfoque lógico-histórico podría conceder (y Engels de hecho lo hace) a Smith que la categoría más concreta y superficial de precio de mercado es contemporánea con el valor y con el precio de producción. Sin embargo, eso no invalidaría que la sucesión histórica se produce *entre el valor y el precio de producción*. De eso se trata precisamente la *interpretación histórica del problema de la transformación* de los valores en precios de producción, formulada por Engels en el apéndice que escribió para el Tomo III de *El capital*, el cual constituye la primera teorización de un tema específico desde un enfoque explícitamente lógico-histórico. Desde esta perspectiva «la ley marxiana del valor tiene vigencia general [...] durante todo el período de la producción mercantil simple, es decir hasta el momento en que ésta experimenta una modificación por el establecimiento de la forma capitalista de producción» (Marx 1894, p. 1137). La categoría de precio de producción, por su parte, sería históricamente posterior, ya que está relacionada con la necesidad de la igualación de la tasa de ganancia entre ramas con distinta composición orgánica de capital, presuponiendo entonces las categorías de ganancia y plusvalor, que sólo se presentan cuando existe la explotación de trabajo asalariado, una fase histórica posterior a la producción mercantil simple. Es la gran industria la que «nivela las tasas de ganancia de los diversos ramos comerciales e industriales de los negocios para conformar *una sola* tasa general de ganancia [...]. De ese modo se lleva a cabo para el intercambio global, en general, la transformación de los valores en precios de producción» (p. 1146). La primera parte del apéndice de Engels (pp. 1126-47) es una larga exposición de este desarrollo histórico.

Esta interpretación puede ser atacada desde dos flancos. Uno de ellos sería negar la posterioridad histórica de los precios de producción, identificándolos en la producción mercantil simple como contemporáneos o anteriores al valor. Esta alternativa es evidentemente inverosímil, como lo demuestra un breve repaso de la génesis de la categoría de precio de producción⁸. Suponemos para simplificar que

⁸ Para comprender el análisis defino brevemente los conceptos empleados. El *valor del producto* de la producción capitalista tiene tres componentes: el capital constante, el capital variable y el plusvalor. Un ciclo de producción determinado es iniciado por la inversión de *capital adelantado*, igual a la suma del *capital constante* (invertido en medios de producción: instalaciones, máquinas, materias primas, etc.) y el *capital variable* (invertido en la compra de fuerza de trabajo). Todo el tiempo de trabajo de los trabajadores crea una determinada cantidad de valor en ese ciclo de producción, una parte de éste reproduce el valor del capital variable en el producto, la otra parte es el *plusvalor*

para los distintos capitales o ramas de la producción hay un mismo monto de capital adelantado (para tener una misma base común con la que compararlos), que hay una misma tasa de plusvalor para todos, que no hay capital fijo (de manera que la totalidad del capital rota en un solo período) y que todos los capitales tienen el mismo tiempo de rotación (de manera que no hay variaciones en la tasa de ganancia por las diferencias en los tiempos de rotación). Lo que varía entre ellos es la composición orgánica de capital, las proporciones del capital adelantado que se destinan a medios de producción y a fuerza de trabajo. Las ramas con mayor composición orgánica (las más avanzadas en desarrollo tecnológico) invierten menos en capital variable, pero a una misma tasa de plusvalor esto significa que producen menos plusvalor, y por lo tanto tienen una menor tasa de ganancia que las ramas con menor composición orgánica. Ahora bien, las diferencias en las tasas de ganancia generarían una migración de los capitales hacia las ramas que obtienen una tasa mayor, generando un aumento de la producción en esas ramas. Eso produciría un aumento de la oferta de las mercancías producidas en esas ramas, lo que disminuiría sus precios llevándolos por debajo de su valor, de manera que en esas ramas la venta de las mercancías produce menos ganancias que antes. La situación se estabilizaría al cesar la movilización de capitales, es decir, cuando en todas las ramas se obtiene la misma *tasa general de ganancia*. Pero esto implica que en las distintas ramas ya no se venden las mercancías a sus valores: el precio ahora es la suma (dividida por la cantidad total de mercancías) del capital constante, el capital variable y la ganancia determinada por la tasa general, lo que Marx denomina *precio de producción*. En consecuencia, la igualación de la tasa de ganancia y la transformación de los valores en precios de producción es un producto de la competencia *específicamente capitalista*: se produce cuando hay ramas con distinta composición orgánica de capital (o también con distintos tiempos de rotación) y en una economía que permite una amplia movilidad del capital y el

contenido en el producto. El valor del capital constante no necesita ser reproducido, porque es transferido al producto en el proceso de trabajo. La *tasa de plusvalor* es igual al plusvalor sobre el capital variable. La *composición orgánica del capital* es la relación entre el capital constante y el capital variable: mientras más crece el capital constante por sobre el variable, mayor es la composición orgánica. La *tasa de ganancia* es igual al plusvalor sobre la suma del capital constante más el variable. El *tiempo de rotación* del capital es lo que tarda el capital en completar su ciclo, lo que involucra tanto el tiempo de producción como el de distribución (es decir, no sólo la producción misma, sino lo que se tarda en comprar los insumos y en vender la totalidad de la producción). El *capital fijo* es la porción del capital constante que no rota por completo durante un solo ciclo (como la materia prima) sino que se va depreciando a lo largo de varios ciclos (como las máquinas). El tiempo de rotación afecta la tasa de ganancia, ya que ésta se calcula para un período de tiempo determinado: si un capital adelantado rota dos veces en un año, produce el doble de ganancia que si rotara una sola vez, y por lo tanto tiene el doble de tasa de ganancia.

trabajo. Estas condiciones, como veremos en la siguiente sección, no pueden darse en la producción mercantil simple.

El otro flanco consiste en negar la precedencia histórica de la categoría de valor, es decir, negar la idea de que haya existido históricamente el modo de producción denominado "producción mercantil simple" y/o que en éste la ley del valor se haya desarrollado en su forma clásica. Abordar apropiadamente esta alternativa requeriría adentrarse en un debate que abarca varias disciplinas (la economía, la historia, la antropología), que ya cuenta con una bibliografía bastante extensa para reseñar, y que excede por tanto los límites de este trabajo. Aquí me limito a presentarlo brevemente en la siguiente sección, adelantando el resultado de que es el costado desde el que se puede propinar un ataque exitoso a la interpretación histórica del problema de la transformación.

En síntesis, coincido en general con las críticas planteadas por la Nueva Dialéctica a la interpretación lógico-histórica del método de *El capital*. Éstas coinciden tanto con las consideraciones metodológicas explícitas de Marx como con la propia estructura lógica desarrollada por éste en su obra. Son numerosos los ejemplos en los que el orden lógico de exposición estructura las categorías económicas de manera distinta al orden de su sucesión histórica. El lugar en la exposición de una categoría determinada se corresponde con su grado de abstracción o concreitud y con el rol principal o subordinado que juega en el conjunto de relaciones que constituyen la sociedad capitalista.

2. La ley del valor en la producción mercantil simple

En esta sección discuto la tesis de que en la producción mercantil simple rige la ley del valor en su manera más pura, sin mediaciones o distorsiones impuestas por formas más desarrolladas como el precio de producción. La refutación de esta tesis implica negar que los primeros capítulos de *El capital* se refieren a la producción mercantil simple como forma de producción históricamente anterior al capitalismo, ya que en estos capítulos sí se presenta un intercambio mercantil en el que el nivel de los precios está directamente determinado por los valores.

En primer lugar debemos clarificar qué queremos decir cuando hablamos de producción mercantil simple. Esta cuestión es complicada porque no hay una definición unívoca entre los investigadores de esta problemática⁹. Alison

⁹ «Por ejemplo, Friedmann sostiene que los productores en la PMS [producción mercantil simple] están completamente separados de la producción para la subsistencia, pero Chevalier, Kahn y Smith niegan esto» (Scott 1986b, p. 6). No hay acuerdo sobre si «hay un uso más o menos sistemático de trabajo asalariado [o si] éste en el mejor de los casos es ocasional» (p. 6). «Si bien la mayoría de los autores acepta que el trabajo familiar es un rasgo común de la PMS, no hay una consistencia clara sobre si el carácter doméstico es o no un rasgo definitorio de los establecimientos de la PMS» (p. 6). También «hay desacuerdo acerca de qué clase de excedente se produce, si es que se produce alguno» (p.

MacEwen Scott (1986c) es el intento metodológicamente más elaborado de construir una definición, ideada en dos niveles: un nivel más abstracto, que se centra en la relación social en sí misma (la forma de propiedad, las relaciones de producción, las formas de producción y distribución de excedente, las condiciones para la reproducción), y un nivel más concreto, que contiene el entramado institucional específico en el que se realiza esa relación social y sus vínculos con otras formas de producción. En el primer nivel Scott provee la siguiente definición:

«En esencia, la producción mercantil simple es producción de mercancías sin producto excedente. Los productores poseen sus medios de producción, tienen acceso a trabajo por fuera del mercado de trabajo capitalista, tienen autonomía sobre sus propios procesos de trabajo, realizan su plustrabajo a través de la distribución directa de sus productos o servicios, y se apropian de los frutos de su trabajo directamente. Las condiciones básicas de la existencia de la PMS en este nivel muy abstracto son: la existencia de un mercado para las mercancías, la propiedad privada de los medios de producción, y el acceso al trabajo por fuera del mercado de trabajo» (p. 99).

Esta definición puede aplicarse a actividades históricamente muy diversas: desde la producción campesina y artesanal del Medioevo hasta el trabajo a cuenta propia de un programador en el siglo XXI. En general hay acuerdo en que esta forma de producción no se dio en ninguna parte como un modo de producción autónomo¹⁰, sino instalada en el seno de otras formaciones sociales, como los modos de producción antiguo, feudal y capitalista. La mayoría de los autores (exceptuando los intérpretes hegelianos) consideran que *El capital* está plagado de referencias a esta forma de producción. En particular, habría una descripción *abstracta* de ella en los primeros tres capítulos, y una descripción más histórica o concreta en las secciones que Marx dedica a la transición hacia la producción capitalista: los capítulos sobre cooperación, manufactura y gran industria, el capítulo sobre la acumulación originaria y el capítulo sobre la teoría de la colonización (Scott 1986, pp. 98-9).

Para Engels la producción mercantil simple se extiende durante todo el período en que hubo intercambio mercantil antes del establecimiento de la producción capitalista de mercancías. Es decir, desde el surgimiento del intercambio en la prehistoria hasta el siglo XV (Marx 1894, p. 1137). Durante

6), «acerca de si hay una racionalidad específica asociada con la PMS» (p. 7), y «acerca de la naturaleza de las relaciones entre la PMS y la formación social que provee sus "condiciones de existencia"» (p. 7).

¹⁰ Excepto tal vez por las colonias norteamericanas, que para algunos autores serían el ejemplo de esta forma de producción en estado puro (Diquattro 2007).

todo este período tuvo vigencia la ley del valor, que recién con la producción capitalista empieza a ser mediada por la transformación de los valores en precios de producción:

«Hasta entonces, los precios gravitan hacia los valores determinados por la ley de Marx y oscilan en torno a esos valores, de modo que, cuanto más plenamente se desarrolle la producción mercantil simple, tanto más coincidirán –dentro de los límites de diferencias desdeñables– los precios medios con los valores durante prolongados períodos» (p. 1137).

El argumento de Engels a favor de la vigencia de la ley del valor en la producción mercantil simple es que en esta forma de producción los tiempos de trabajo necesarios para producir cada mercancía se presentan con relativa claridad para los propios productores, posibilitando un intercambio de equivalentes conscientemente determinado. En primer lugar, «los hombres de la Edad Media estaban en condiciones de efectuar, cada uno de ellos, el cálculo de los costos de producción del otro en cuanto a materias primas, materiales auxiliares, tiempo de trabajo, con cierta precisión, cuando menos en lo que a artículos de consumo diario y generalizado respecta» (p. 1135). Esto se da porque las mercancías que circulan de esta forma suelen ser pocas, son producidas de manera local, con métodos que todos conocen y alguna vez tuvieron oportunidad de emplear prácticamente, y en algunos casos son elaboradas a la vista de los propios compradores (pp. 1134-5).

En segundo lugar, antes del surgimiento de la producción capitalista imperaba un escaso desarrollo de las fuerzas productivas, que se expresaba en medios de producción económicos y poco sofisticados y en un gran expendio de trabajo como contrapartida, a lo que se sumaba el hecho de que gran parte de los medios de producción todavía no aparecían como mercancías que debían ser adquiridas en el mercado, sino que podían ser elaborados por los propios productores. Esto implicaba que los medios de producción representaban una porción insignificante del valor de las mercancías y que no se manifestaban a los productores como un costo a ser tenido en cuenta, de manera que el tiempo de trabajo directamente empleado por los productores se convertía en el principal determinante del valor y el principal indicador al que podían apelar los productores para determinar el precio de sus mercancías: «nada habían gastado para reposición de las herramientas, para la producción de la materia prima ni para su elaboración, salvo su propia fuerza de trabajo; ¿de qué otra manera podían intercambiar entonces sus productos por los de otros laboriosos productores sino en proporción al trabajo empleado en confeccionarlos» (p. 1134).

Otro factor que sumaba a la vigencia de la ley del valor era el relativo estancamiento y estabilidad de estas sociedades, que permitía ir asentando formas

y tiempos de producción estándares, y por tanto precios estándares, conocidos por el conjunto de las comunidades que participaban del intercambio (p. 1136)¹¹.

Cristopher Arthur es quien presenta los argumentos más elaborados en contra de esta concepción. Lo primero que señala es que Marx ni siquiera empleó el término "producción mercantil simple", que habría sido un añadido de Engels en su edición del Tomo III (Arthur 2004, p. 19). Sin embargo, más allá de la cuestión terminológica, es claro que en Marx hay una referencia a un modo de producción previo a la producción capitalista, caracterizado por la producción mercantil y por la propiedad privada fundada en el trabajo propio (Marx 1867, p. 951), al menos en la sección sobre la acumulación originaria, en la que se muestra cómo esa forma de producción es aniquilada violentamente por la introducción de las relaciones sociales capitalistas. De cualquier manera, Arthur no entra en la discusión de la "historicidad" de la producción mercantil simple (2004, p. 19). El objeto de su discusión es si en dicho modo de producción puede regir la ley del valor, y por lo tanto si los primeros capítulos de *El capital* se refieren a éste.

Arthur considera que en la producción mercantil simple puede haber intercambio de mercancías, y por lo tanto puede existir en ella el valor de cambio o la forma de precio. Sin embargo, allí el precio es una mediación formal, que no expresa un contenido o sustancia de valor regido por la ley del valor: la forma de valor es una cáscara vacía. Es decir, que un par de zapatos se intercambie por una moneda de plata o por dos camisas no responde a la cantidad de trabajo abstracto objetivado en ambas mercancías, sino que se trata de una relación fortuita o que responde a otro tipo de condicionamientos (p. ej., "precios justos" establecidos por las autoridades). El argumento general de Arthur a favor de esta forma de (in)determinación de los precios es que en la producción mercantil simple no hay ningún mecanismo que fuerce a los productores a intercambiar sus mercancías según el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción.

¹¹ Para Engels el dinero introduce el primer factor distorsivo sobre esta determinación de los precios por los valores. En primer lugar, trae consigo los efectos distorsivos del capital usurario y la voracidad fiscal de los recaudadores de impuestos (p. 1135). Además, el dinero era usualmente traído desde afuera, e incluso cuando era producido en el propio país, lo era con métodos y tiempos de trabajo desconocidos para campesinos y artesanos, de manera que éstos ya no tenían medios para efectuar la comparación. Finalmente, la creciente introducción de mercancías del extranjero obligó a convertir el dinero en «patrón decisivo de medida del valor para la concepción práctica, y ello tanto más [...] cuanto menos pudiera controlarse el tiempo de trabajo necesario para [la] confección» de dichas mercancías (p. 1137). Esto tuvo un efecto fetichista sobre la conciencia de los productores: al productor «se le había oscurecido bastante la conciencia de la propiedad mensuradora del valor que tenía el trabajo, en virtud del hábito de efectuar cálculos en dinero; en la idea popular, el dinero comenzó a representar el valor absoluto» (p. 1137). Engels entonces podría matizar su afirmación de que la ley del valor rige de manera más nítida en la producción mercantil simple, ya que esto se veía limitado por la extensión de la introducción del dinero.

En primer lugar, Arthur dice: «Cuando todos los insumos, incluyendo la propia fuerza de trabajo, tiene una forma de valor y la producción es subordinada a la valorización, entonces es posible una comparación objetiva de las tasas de retorno sobre el capital y la competencia entre capitales permite que se imponga la ley del valor» (2004, p. 20). Es decir, la ley del valor aparece como un resultado de la nivelación por la competencia, que estaría motorizada a su vez por las diferencias en las tasas de ganancia. Arthur no explica cómo esta nivelación se traduce en la vigencia de la ley del valor. Para comprenderlo hay que partir del hecho de que en principio es posible que las mercancías se vendan a precios arbitrariamente distintos de los valores, y partiendo de esta divergencia hay que encontrar un mecanismo mediante el cual los precios tiendan a converger con los valores. Arthur parece estar pensando en un mecanismo que comporta la igualación de la tasa de ganancia idéntico al que produce la categoría de precio de producción¹². Este mecanismo involucra el movimiento de capitales en función de los niveles de los precios, lo que requiere que haya indicadores para que los inversores puedan determinar la tasa de ganancia, lo que para Arthur requiere la mercantilización de todos los insumos de la producción, incluyendo la fuerza de trabajo. Implícito en su argumento es que esta mercantilización aún no se ha operado en la producción mercantil simple, lo cual es razonable si tenemos en cuenta que se trata de una forma de producción fundada en el trabajo propio, con una limitada mercantilización de la fuerza de trabajo y los medios de producción.

En segundo lugar, Arthur sostiene que la vigencia de la ley del valor en la producción mercantil simple «debe depender encubiertamente del argumento original de Adam Smith de que la única consideración que afecta las elecciones de los individuos son la evasión de las "penas y fatigas": iguales cantidades de trabajo son siempre "de igual valor para el trabajador", afirmó» (Arthur 2004, p. 20)¹³. Esta consideración es de hecho bastante explícita en el texto de Engels, al considerar que los tiempos de trabajo son relativamente transparentes para los productores de mercancías de la producción mercantil simple. «¿O podemos creer que el campesino y el artesano eran tan tontos como para ceder el producto de diez horas de trabajo del uno, por el de una sola hora de trabajo del otro?» (Marx

¹² Aquí la convergencia de los precios se daría en torno a los valores, y no en torno a los precios de producción, porque no tendríamos divergencias significativas en la composición orgánica entre las distintas unidades productivas.

¹³ «El precio real de cualquier cosa, lo que realmente le cuesta al hombre que quiere adquirirla, son las penas y fatigas que su adquisición supone. Lo que realmente vale para el que ya la ha adquirido y desea disponer de ella, o cambiarla por otros bienes, son las penas y fatigas de que lo librarán, y que podrá imponer a otros individuos. Lo que se compra con dinero o con otros bienes, se adquiere con el trabajo, lo mismo que lo que adquirimos con el esfuerzo de nuestro cuerpo. El dinero o sea otra clase de bienes nos dispensan de esa fatiga. Contienen el valor de una cierta cantidad de trabajo, que nosotros cambiamos por las cosas que suponemos encierran, en un momento determinado, la misma cantidad de trabajo» (Smith 1776, p. 31).

1894, pp. 1134-5). Para Arthur, sin embargo, ésta es una explicación *subjetiva* de la vigencia de la ley del valor (2004, p. 20): el intercambio de las mercancías a sus valores dependen de una voluntad de los productores de no trabajar de más y de una medición consciente de los tiempos de trabajos de las mercancías que intercambian. Esto se contrapondría al carácter *objetivo* que tendría la ley del valor para Marx, como un emergente de la propia competencia capitalista que opera a espaldas de los productores.

Octavio Colombo formula un argumento similar en un trabajo reciente:

«En su búsqueda de mayores ganancias, el capital objetivamente tiende a adaptar los precios al tiempo de trabajo socialmente necesario, entendiendo este último a partir de la doble determinación por el tiempo de trabajo promedio y por la necesidad social del producto. El mecanismo es conocido: la diferencia entre precios y valores se expresa como la diferencia entre la tasa de ganancia de cada compañía o rama y la tasa de ganancia media, permitiendo la adopción de nuevas tecnologías o la migración de capitales entre ramas» (2015, p. 247).

Esa movilidad del capital, que en la producción mercantil simple sólo puede entenderse como movilidad del trabajo (pues todavía no se ha desarrollado el capital), supone una «indiferencia al trabajo concreto» (p. 248) difícil de concebir en una economía en la que el trabajo está altamente calificado, los roles sociales son relativamente rígidos, y el objetivo de la producción es la subsistencia y no la ganancia. La propia naturaleza del circuito de la circulación mercantil dificulta este proceso:

«la comparación entre la mercancía que comienza el circuito M-D-M y la que lo cierra, en cuanto valores de uso cualitativamente diferentes, nunca puede tener el mismo nivel de precisión cuantitativa que la comparación entre D y D' en el circuito del capital [D-M-D']. Las diferencias entre valor y precio, que en la economía capitalista aparecen en una manera indirecta pero eficiente como variaciones en la tasa de ganancia, aquí son relativamente oscurecidas por la lógica del sistema de producción» (p. 248).

Lo que muestran estos argumentos es que la convergencia de los precios con los valores sólo se produce *objetivamente* o *necesariamente* cuando existe el impulso de la competencia a obtener la mayor ganancia posible, y por lo tanto a nivelar la tasa de ganancia. Esto sólo puede existir en el modo capitalista de producción, ya que requiere la existencia de la propia tasa de ganancia en el marco de una producción orientada a la valorización. El ciclo M-D-M que caracteriza a la producción mercantil simple implica que no existe un capital adelantado con respecto al cual el productor pueda evaluar el nivel de sus

retornos. La única manera en que el productor puede garantizarse que las mercancías que vende o compra se intercambien a su valor es por medio de una corroboración consciente de la igualdad de sus tiempos de trabajo.

Ahora bien, Engels ofrece argumentos a favor de esta realización *subjetiva* de la ley del valor, contra los que Arthur no da argumentos específicos más allá de la denuncia de su carácter subjetivo. Colombo considera que son argumentos sólidos, y que permiten establecer que es posible que la ley del valor rija en un modelo abstracto de la producción mercantil simple. El aporte más interesante de Colombo a esta discusión es su tesis de que las dificultades para la realización de la ley del valor en la producción mercantil simple no emanan de estas consideraciones abstractas en las que se basa Arthur, sino de la forma de producción de trasfondo en la que se enmarcaba la producción mercantil simple antes del surgimiento del capitalismo.

Desde su perspectiva, argumentos como los de Engels pierden de vista «[l]a naturaleza fluctuante del producto agrario, que es lejos y bajo cualquier criterio el aspecto más importante de la producción total en las sociedades precapitalistas» (p. 250). El escaso desarrollo de las fuerzas productivas hacía que la producción en la Antigüedad y el Medioevo fuera sumamente vulnerable a la acción impredecible de la naturaleza. Las malas cosechas dejaban a los campesinos sin excedentes para llevar al mercado. Eso generaba un aumento de los precios de los bienes primarios, pero que no tenía como correlato un aumento de la oferta en el mercado porque los campesinos debían consumir la totalidad de su producción para subsistir. Al no poder vender, los campesinos tampoco podían comprar (es decir, si no se realiza la fase M-D, no se puede realizar la siguiente fase D-M), reduciendo la demanda de productos secundarios. Eso complicaba la situación de los productores de bienes secundarios, que no podían vender su producción y tenían que enfrentar un aumento de los precios de los bienes primarios. «La crisis de la subproducción agraria, entonces, conduce a una crisis de subconsumo en el sector secundario, una confluencia que se manifiesta a nivel del todo social como una crisis demográfica» (p. 252).

Colombo concluye de esto que «la bancarrota del mercado implica la bancarrota de la economía de subsistencia de los campesinos, pero no implica una forma de regulación social e inconsciente [...] de la producción» (p. 252). Es decir, en la producción mercantil simple, a diferencia de la economía capitalista, la crisis no es resultado de desequilibrios de la economía y su efecto no es la restauración violenta del equilibrio. La divergencia entre precios y valores es aquí el resultado accidental de la incapacidad humana de dominar la naturaleza, y no la consecuencia de una distribución incorrecta del trabajo social en el marco de una economía anárquica, por lo que no representa para los productores un criterio para determinar qué producir o dejar de producir. Pero entonces la ley del valor no puede tener la misma función que en la sociedad capitalista: no puede operar aquí

como una reguladora de la división social del trabajo, relocalizándolo en las diferentes ramas en función de la divergencia de los precios con los valores.

«Dada la naturaleza secundaria del producto comercializable, y dado que la evolución de los precios –agrarios y no agrarios– no refleja la necesidad de relocalizar los recursos productivos sino la naturaleza impredecible del producto, la no indiferencia del productor con respecto al trabajo concreto constituye un reaseguro para garantizar la reproducción social» (p. 252).

Esto implica que la ley del valor no rige *cualitativamente* en esta economía, no puede ser la ley de la producción que establece el «mecanismo de distribución del trabajo social entre productores privados» (p. 252). Es decir, no puede representar un mecanismo *objetivo* para la determinación del nivel general de los precios.

¿Qué hay de los argumentos subjetivos a favor de la determinación de los precios por los valores? Pues la ley del valor se podría seguir verificando al menos *cuantitativamente* si los productores (al menos en los momentos de normalidad) regularan conscientemente los términos del intercambio en función de los tiempos de trabajo. Colombo ofrece una serie de argumentos en contra de esta idea.

En primer lugar, Colombo argumenta que en antes del capitalismo el trabajo no era percibido como una actividad creadora del producto. En el caso de la agricultura, la ocupación predominante antes del desarrollo del modo de producción capitalista, la mediación de la naturaleza y la limitada capacidad humana de controlarla «empaña el rol de la actividad humana, que aparece como esfuerzo y como castigo, como un tributo a la divinidad más que como una acción productiva» (p. 255). En el caso del trabajo artesanal, en la Edad Media también carecía de un significado puramente económico, siendo concebido sólo como un garante de estatus social (p. 256). Para Colombo, dadas estas concepciones del trabajo, no se les pasaría por la cabeza a los productores tomarlo como criterio para el establecimiento del precio de sus mercancías. Engels habría cometido el mismo pecado del que Marx culpó a los economistas burgueses: naturalizar las categorías económicas de la sociedad burguesa, atribuyendo a los productores del pasado las relaciones, los cálculos y la mentalidad propias de los burgueses contemporáneos.

En segundo lugar, las rígidas regulaciones sociales del Medioevo dificultaban la movilidad del trabajo, necesaria para que los precios vuelvan a converger con los valores en caso de un desajuste de la oferta o de la demanda. Es más, en los casos en los que se verificaba cierta movilidad ésta no siempre contribuía a converger los precios con los valores, sino justamente lo contrario. Por ejemplo, en caso de una mala cosecha los campesinos podían verse obligados a garantizarse un ingreso produciendo mercancías del sector secundario, pero ya hemos visto que en esas situaciones de crisis hay una falta de demanda de bienes

secundarios, por lo que los campesinos estarían sumando oferta a un mercado ya abarrotado de mercancías a precios inferiores a su valor (p. 258).

En tercer lugar, en la determinación de los precios jugaban un rol determinante las autoridades políticas. En muchas ocasiones los productores desarrollaban reclamos para la fijación de *precios justos*, pero la determinación de éstos no tenía tanto que ver con que los productores evaluaran la cantidad de trabajo contenido en las mercancías. La motivación decisiva de estas luchas era la necesidad de garantizar la subsistencia y la reproducción de los productores (pp. 259-61).

Finalmente, las exacciones impositivas feudales acentuaban las divergencias entre precios y valores, algo que fue señalado por el propio Engels (Marx 1894, p. 1135). Por un lado, muchas veces los productores debían vender sus mercancías a cualquier precio para poder cumplir con esas obligaciones fiscales. Por otro lado, el dinero cobrado como impuestos era retirado de su esfera original de circulación, reduciendo "artificialmente" la demanda en esos mercados (Colombo 2015, pp. 263-6).

Los argumentos de Colombo demuestran que «una formulación general del concepto de producción mercantil simple no puede ser inmediatamente aplicada al estudio de la economía campesina medieval; primero debe determinar a través del análisis histórico la manera en que aquella es determinada por el modo de producción dominante» (p. 267). Es decir, contra Arthur, podríamos sostener que es posible desarrollar una "formulación general" o un concepto abstracto de la producción mercantil simple en los términos de los primeros capítulos de *El capital*: una economía pura de productores privados que intercambian sus productos como mercancías a su valor en base al circuito M-D-M. Ahora bien, la ley del valor no regiría mediante un mecanismo objetivo, como en la producción capitalista, sino en base a evaluaciones subjetivas de los productores como las consideradas por los argumentos de Engels. Sin embargo, a favor de Arthur, es preciso reconocer que este concepto abstracto de la producción mercantil simple no se corresponde con las formas históricas de intercambio mercantil precapitalista, que estaban mucho más permeadas por el modo de producción en las que ese intercambio mercantil estaba inserto, el cual interfería decisivamente sobre la posibilidad de vigencia de la ley del valor. En consecuencia, incluso si interpretamos los primeros capítulos de *El capital* como referidos a la producción mercantil simple, no es posible sostener que se refieran a una forma de producción *históricamente previa* al capitalismo.

Antes de cerrar esta sección quisiera señalar que este rechazo del método lógico-histórico puede conducir a Arthur a una aporía si se lo evalúa a la luz del resto de sus posiciones sobre la articulación dialéctica de la presentación del modo de producción capitalista. En su intento por evitar confundir el comienzo de la exposición con un modelo de la producción mercantil simple, Arthur sostiene que allí no se describe forma de *producción* alguna, sino sólo las determinaciones más

abstractas de la esfera de la *circulación* del modo de producción capitalista. Esto implica que Arthur debe transformar el orden de exposición seguido por Marx, en particular en lo que respecta al lugar que juega la ley del valor, ya que no podemos presuponer de entrada que estamos ante mercancías *producidas* por medio del trabajo:

«difiero aquí de Marx en que me niego a encontrar necesario llegar al trabajo antes de haber conceptualizado el capital como determinación de forma. Traer demasiado pronto al trabajo corre el riesgo de aparentar una construcción de modelos y de comprometer la exposición con una etapa de producción mercantil simple. Al comenzar analizaremos la forma mercancía misma y sólo al final daremos fundamentos para seleccionar como sistemáticamente importantes aquellas mercancías que son productos del trabajo. De esta manera, al explorar por completo la dialéctica de la forma, y al dejar que la forma misma alcance el contenido que demanda, hacemos algo muy diferente que la mayor parte de la tradición marxista, que siempre se apura por abordar el contenido material. Sostengo que bajo condiciones históricamente emergentes definidas la forma de valor llega a adquirir sustancia, o, a la inversa, el trabajo llega a expresarse en el valor» (2004, pp. 85-6).

Es decir, la primera parte de la exposición sistemática trataría sólo de la circulación de mercancías, poniendo entre paréntesis su producción. Podríamos estar ante mercancías que no sean producto del trabajo, como la tierra. Lo que importa es sólo la forma de mercancía, la de ser un objeto que se intercambia por determinadas cantidades de otros objetos. De acuerdo con Arthur, será el propio desarrollo de la forma, cuando la circulación simple (M-D-M) se transforme en circulación de capital (D-M-D'), lo que obligará a dar paso a la esfera de la producción: cuando se revele que la valorización no puede tener fundamento exclusivamente en la esfera de la circulación, será necesario encontrar su origen en la esfera de la producción, y recién entonces podremos establecer que la sustancia del valor es el trabajo abstracto.

Ahora bien, si el intercambio mercantil que se produce antes del desarrollo de la producción capitalista no puede regirse por la ley del valor, si los precios no están sistemáticamente determinados por el trabajo abstracto o por alguna sustancia, entonces la forma de valor y la forma de precio son completamente vacías e indeterminadas (o en todo caso no determinadas por razones sistemáticas, sino por motivos extrínsecos y contingentes, como la regulación de las autoridades feudales):

«Antes de la competencia entre capitales industriales hay dinero y por tanto precio; pero sin el objetivo de la producción establecido por la valorización, y sin el control riguroso del tiempo de trabajo por el

capital, cualquier forma de valor implícita en las relaciones anteriores, por ejemplo, el comercio mercantil, es vacía de contenido, y los precios son relativamente contingentes. Se sigue que cualquier "sustancia" de valor, como el trabajo abstracto, no puede existir antes de la producción generalizada de mercancías sobre una base capitalista» (Arthur 2004, p. 45).

La circulación mercantil precapitalista se caracterizaría entonces por ese desarrollo de las formas puras de la circulación mercantil que, según Arthur, son el objeto de los primeros capítulos de *El capital*. En consecuencia, Arthur irónicamente debería aceptar que la exposición lógica coincide con el orden histórico: en ambos casos partimos de un despliegue de formas vacías y recién cuando se realiza la producción capitalista podemos empezar a hablar de la ley del valor regulando el contenido. Si Arthur considera que el punto de partida se refiere abstractamente a la esfera de la *circulación*, su objeto puede ser tanto la circulación de mercancías de la producción mercantil simple como de la producción capitalista.

3. La historia en *El capital*

En las dos secciones anteriores hemos desarrollado posiciones favorables a las críticas de la Nueva Dialéctica al enfoque lógico-histórico, tanto en lo que respecta a la atribución de un carácter histórico a la ordenación de las categorías de *El capital* como al rechazo de que los primeros capítulos se refieran a la producción mercantil simple como una forma de producción precapitalista. Ahora bien, esta posición no implica negar que la exposición histórica juega un rol específico dentro de *El capital*. Esto es usualmente desatendido por la Nueva Dialéctica, que suele formular una contraposición dicotómica entre sistema e historia y posicionarse enteramente a favor de la sistematicidad, sin analizar el carácter y la importancia que tiene la exposición histórica dentro de esta obra de Marx.

Dado que *El capital* está plagado de secciones históricas, de alguna manera los exponentes de la Nueva Dialéctica tienen que dar cuenta de ellas. Sin embargo, lo que hacen es relegarlas a un rol secundario, como meros ejemplos e ilustraciones de las tesis sistemáticas. Para Smith la apelación de Marx a la historia tiene una función meramente ilustrativa y pedagógica:

«La audiencia a la que Marx quería alcanzar simplemente no estaba familiarizada con el enfoque sistemático para ordenar las categorías económicas. (...) Él minimizó la naturaleza sistemática de la teoría y enfatizó los componentes históricos mucho más accesibles de la obra» (1993, p. 47).

Arthur ofrece un análisis un poco más complejo de la presencia de pasajes históricos en *El capital*, distinguiendo al menos entre casos de distinto tipo.

En primer lugar, excluye de la arquitectónica sistemática al capítulo sobre la *acumulación originaria*, que, «en cuanto estrictamente histórico, tiene un estatus diferente al de las partes precedentes, organizadas de acuerdo a una lógica de desarrollo categorial» (Arthur 2004, p. 75). El enfoque sistemático sólo muestra cómo la sociedad capitalista reproduce sus propias condiciones de existencia; en particular la concentración de medios de producción en manos de los capitalistas y la existencia de una fuerza de trabajo libre desprovista de éstos. Sin embargo, antes del desarrollo de la sociedad burguesa no había ese “mecanismo sistemático” para reproducir tales condiciones, por lo cual el surgimiento de la acumulación capitalista era virtualmente imposible. Es preciso explicar entonces cómo se reunieron dichas condiciones en primer lugar, lo cual constituye una explicación contingente e histórica, ya que no se establecieron como resultado necesario de las leyes de un sistema que todavía no se había desarrollado, sino a partir de un proceso histórico singular que antecede al funcionamiento regular de dicho sistema¹⁴. De ahí el carácter “estrictamente histórico” de esta sección, y de su exclusión de la derivación sistemática de las categorías, que describe sólo el funcionamiento regular que es *resultado* de dicho proceso histórico.

Ahora bien, el capítulo sobre la acumulación originaria no es la única sección histórica en *El capital*, sino que distintos momentos de la derivación sistemática son acompañados por descripciones históricas y empíricas muy extensas. Arthur entonces intenta explicar el carácter y el rol de éstos dentro de la arquitectónica sistemática. Comienza señalando que la exposición es casi exclusivamente sistemática hasta la extensa presentación de las luchas en torno a la jornada laboral en el capítulo VIII. Sin embargo, para él «esto es estrictamente ilustrativo y no avanza el argumento. Puede deducirse del concepto de la relación de capital que debe haber luchas en torno a la longitud de la jornada laboral, pero en modo alguno era necesario que Marx lo ilustre con tal extensión» (2004, p. 75). Igual carácter ilustrativo (pero teóricamente irrelevante) tienen los ejemplos de cómo el capital revoluciona las fuerzas productivas (p. ej., cómo el telar mecánico

¹⁴«La relación del capital presupone la *escisión entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo*. Una vez establecida la producción capitalista, la misma no sólo mantiene esa división, sino que *la reproduce en escala cada vez mayor*. El proceso que crea a la relación del capital, pues, no puede ser otro que el *proceso de escisión entre el obrero y la propiedad de sus condiciones de trabajo*, proceso que, por una parte, *transforma en capital* los medios de producción y de subsistencia sociales, y por otra convierte a los productores directos en *asalariados*. La llamada acumulación originaria no es, por consiguiente, más que el *proceso histórico de escisión entre productor y medios de producción*. Aparece como “*originaria*” porque configura la *prehistoria del capital* y del modo de producción correspondiente al mismo» (Marx 1867, p. 893).

transformó la industria textil inglesa) y la consideración de los efectos de la ley general de la acumulación capitalista en Inglaterra e Irlanda (pp. 75-6).

Arthur menciona una sola exposición histórica que juega un rol teóricamente sustantivo. Se trata del paso de la manufactura a la gran industria, que no involucra sólo un cambio técnico que aumenta cuantitativamente la productividad, sino que representa el desarrollo de la *subsunción real* del trabajo bajo el capital a partir de la mera *subsunción formal*. La subsunción formal del trabajo bajo el capital consiste en el mero hecho *social* de que el proceso de producción se realiza bajo relaciones capitalistas, es decir, por trabajadores asalariados contratados por capitalistas que se apropian de un plusvalor, con independencia de la base técnica del proceso productivo. La subsunción real, en cambio, expresa la transformación material del *proceso de trabajo* en el que el capital termina de erigirse como potencia productiva y de apoderarse de la subjetividad del trabajador. Las primeras formas de cooperación capitalista y la manufactura toman la base técnica de la producción artesanal (la manufactura le añade sólo la división especializada del trabajo), por lo que los trabajadores siguen siendo, colectivamente, el sujeto de la producción. En esas fases del desarrollo del capitalismo tenemos sólo una subsunción formal del trabajo bajo el capital, y una subsunción real sólo parcialmente realizada, ya que la manufactura implica una especialización de las herramientas y una descalificación de la fuerza de trabajo que ahora se dedica exclusivamente a funciones particulares. La subsunción real se consume sólo con la gran industria, que transforma por completo el proceso de trabajo, al incorporar las herramientas a la máquina y convertir a los obreros en meros apéndices de la máquina, instaurando una base técnica de producción específicamente capitalista¹⁵. Para Arthur este concepto de la transición de la subsunción formal a la subsunción real no se deriva de la reconstrucción dialéctica-sistemática del concepto de capital, sino que es un resultado sustantivo de la exposición histórica de las distintas fases en que se realiza la producción del plusvalor relativo.

Ahora bien, ¿cómo cuadra esto dentro de su enfoque dialéctico-sistemático?

¹⁵ «Un rasgo común de toda la producción capitalista, en tanto no se trata sólo de *proceso de trabajo*, sino a la vez de *proceso de valorización* del capital, es que no es el obrero quien emplea a la condición de trabajo, sino, a la inversa, la condición de trabajo al obrero. Pero sólo con la maquinaria ese trastrocamiento adquiere una realidad *técnicamente tangible*. Mediante su transformación en autómatas, el medio de trabajo se enfrenta al obrero, durante el proceso mismo de trabajo, *como capital*, como trabajo inanimado que domina y succiona la fuerza de trabajo viva. La escisión entre las *potencias intelectuales* del proceso de producción y el trabajo manual, así como la transformación de las mismas en *poderes del capital sobre el trabajo*, se consume, como ya indicáramos, en la gran industria, erigida sobre el fundamento de la maquinaria. La habilidad detallista del obrero mecánico individual, privado de contenido, desaparece como cosa accesoria e insignificante ante la ciencia, ante las descomunales fuerzas naturales y el trabajo masivo social que están corporificados en el sistema fundado en las máquinas y que forman, con éste, el poder *del "patrón"*» (Marx 1867, p. 516).

«Explico esto haciendo una distinción entre la verdad de un concepto y su actualización. Es inherente al concepto de capital que debe reproducirse y acumularse, y para esto busca superar todos los obstáculos y hacer que la realidad material con la que lidia se conforme tan perfectamente como sea posible a sus requerimientos. Pero lleva tiempo hacer esto, es decir, hacer una realidad de su mundo ideal de circulación y crecimiento sin fricciones. Su polo opuesto, el trabajo, gran parte del tiempo es recalcitrante a las demandas que el capital le impone. Así, aunque la categoría de “subsunción real” está lógicamente implícita en el concepto de capital, siendo requerida para perfeccionarlo, en los hechos fue requerida toda una serie de revoluciones en el modo de producción capitalista para crear las condiciones necesarias para que el capital reivindique su hegemonía» (Arthur 2004, p. 76).

Esta explicación parece contradictoria con la manera en que Arthur introdujo esta consideración, señalando que, a diferencia de las meras *ilustraciones* históricas, la descripción del desarrollo del proceso de trabajo hasta la gran industria es necesaria para introducir nuevos conceptos. Pues si la subsunción real ya está contenida implícitamente en el concepto de capital, debería ser establecida también mediante procedimientos puramente sistemáticos, y la descripción histórica de la manera en que se realiza cumpliría un rol meramente ilustrativo. Arthur parece reforzar esta idea cuando concluye toda la discusión sobre los pasajes históricos en *El capital* diciendo: «En resumen, el argumento de *El capital* es generalmente lógico con material histórico indicando cómo ciertas tendencias inherentes al concepto se llevaron a cabo en la realidad» (2004, p. 76). En última instancia Arthur parece terminar adhiriendo a la posición de Smith.

Desde mi perspectiva es más apropiado desarrollar la sugerencia de Arthur de que al menos algunos pasajes que contienen exposiciones históricas introducen conceptos relevantes que no pueden ser presentados de otra manera por la exposición sistemática. Podemos distinguir dos maneras en que la historia puede ser relevante para la exposición. En primer lugar, puede haber momentos en que no baste con desarrollar una presentación sincrónica, sino que sea preciso describir desarrollos diacrónicos y temporales, aunque sea de manera ideal (es decir, sin recurrir empíricamente a la historia). En segundo lugar, la presentación de desarrollos diacrónicos puede no ser puramente lógica y conceptual, sino incorporar elementos tomados de un estudio empírico de la historia.

La necesidad de desarrollos diacrónicos (al menos en un sentido ideal) en la exposición es un hecho relativamente evidente. La sociedad capitalista como totalidad sistemáticamente articulada está en movimiento y se desarrolla. Su presentación no puede agotarse en cómo las determinaciones se relacionan entre sí de manera contemporánea, pues esas relaciones producen tendencias históricas

que sólo pueden exponerse incorporando la dimensión diacrónica. Podemos señalar algunos momentos de la exposición donde esto es evidente. En primer lugar, en la sección sobre la producción del plusvalor relativo Marx demuestra cómo el impulso del capital a la valorización implica una permanente revolución de la base técnica de la producción, que trae aparejado transformaciones cualitativas en la producción capitalista: un aumento exponencial de la productividad y la subsunción real del trabajo en el capital. Lo mismo sucede en la sección sobre la acumulación del capital, en la que Marx presenta otras tendencias que sólo pueden ser comprendidas como desarrollándose en una dimensión histórica: el desarrollo de ramas de la producción con alta composición orgánica, la centralización y la concentración de capital, la formación del ejército industrial de reserva, etc. Finalmente, como culminación de la exposición del Tomo I, en donde ya es posible hacer una panorámica del desarrollo global del capitalismo como totalidad, Marx presenta el apartado sobre la tendencia histórica de la acumulación capitalista, en el que resume el decurso histórico de esta formación social, desde el momento en que se impone por sobre la producción mercantil basada en la pequeña propiedad hasta el momento en que agota su capacidad de florecimiento histórico y "los expropiadores son expropiados".

Todos estos casos añaden una dimensión diacrónica a la exposición sincrónica, que no es ajena a la dialéctica sistemática, puesto que las tendencias del sistema surgen de la propia articulación de sus determinaciones internas. Por ello considero que no es procedente distinguir de manera dicotómica la dialéctica histórica de la dialéctica sistemática, ya que ambas están integradas en el mismo movimiento expositivo. El propio Arthur sugiere una idea similar en un artículo publicado en 2002, aunque no la retoma posteriormente. Allí intenta reconstruir la idea de Marx del capital en general partiendo del plan de nueve puntos esbozado en los *Grundrisse*¹⁶. Si bien ese esbozo de Marx es muy confuso, Arthur intenta rescatar una manera de articular la exposición en base a las categorías hegelianas de la universalidad, la particularidad y la individualidad. El desarrollo de la idea de capital se daría a través de un movimiento de particularización (universalidad > particularidad > individualidad) que se desdobra en dos dimensiones. En una dimensión (que Arthur denomina "reflexión en otro") lo universal se diferencia o se desdobra externamente, en varias ramas o tipos. En la otra dimensión (que

¹⁶ «Capital. I. Universalidad: 1) Devenir del capital a partir del dinero. b) Capital y trabajo (intermediándose a través del trabajo ajeno). c) Los elementos del capital analizados según su relación con el trabajo (producto, materia prima, instrumento de trabajo). 2) *Particularización del capital*: a) capital circulante, capital fijo. Circulación del capital. 3) La singularidad del capital: capital y beneficio. Capital e interés. El capital como valor, diferente del capital como interés y beneficio. II. *Particularidad*: 1) Acumulación de los capitales. 2) Competencia de los capitales. 3) Concentración de los capitales (diferencia cuantitativa del capital, y a la vez cualitativa, como *medida* de su magnitud y de su acción). III. *Singularidad*: 1) El capital como crédito. 2) El capital como capital por acciones. 3) El capital como mercado monetario» (Marx 1857/8, 186, pp. 216-7).

Arthur denomina "reflexión en sí mismo") la particularización es la concreción, la asunción de una mayor cantidad de determinaciones internas por parte del universal (Arthur 2002, p. 50)¹⁷. Lo que me interesa destacar aquí es que en la intersección de los dos sentidos de la individualidad el capital queda expuesto como singularidad y como unidad sistémica, y en ese momento, por así decirlo, "cobra vida":

«Cuando el capital es tratado como una única totalidad, emergen sus tendencias sistemáticas, sus leyes de movimiento inherentes. [...] Cuando el capital se expresa como una totalidad ganamos una idea comprensiva de las leyes de su movimiento como la interconexión sistemática de una rica variedad de determinaciones internas reflejadas entre sí y contra sí para formar un sistema. Estudiamos "la vida del capital", en la cual el destino de los capitales individuales es sólo un momento en el crecimiento general de la totalidad del capital social» (Arthur 2002, p. 55).

El desarrollo histórico del capital sería un momento esencial de su constitución como sistema, emergiendo precisamente cuando la exposición alcanza su culminación, cuando las determinaciones internas están completamente articuladas y entonces la totalidad se puede poner en movimiento y desarrollar sus tendencias intrínsecas.

Ahora bien, se podría argumentar que la dicotomía entre sistema e historia se mantiene en la medida en que el desarrollo de las tendencias históricas anteriormente mencionadas se presenta de manera ideal. Se trataría de un desarrollo histórico que se deduce de la propia articulación lógica de las categorías de la economía política, por lo que prescinden de cualquier recurso a la

¹⁷ Arthur representa este movimiento mediante la siguiente tabla (2002, p. 49):

reflexión en sí mismo ∨	Universalidad (comunidad)	reflexión en otro > Particularidad (diferencia)	Individualidad (unidad sistémica)	
Universalidad (autorrelación)	1 La relación de capital (autovalorización) (explotación)	2 Capital constante y capital variable	3 Acumulación de capital (ejército de reserva)	[cf. Volumen I, "El proceso de producción del capital"]
Particularidad (autoespecificación)	4 Metamorfosis del capital	5 Capital fijo, capital circulante, tiempos de rotación	6 Reproducción y circulación del capital social total vía departamentos	[cf. Volumen II, "El proceso de circulación del capital"]
Individualidad (como singularidad)	7 Precio de costo y ganancia (tasa de ganancia)	8 Ramas de capital con diferentes composiciones orgánicas (competencia, precios de producción)	9 Las leyes de movimiento del capital (tasa de ganancia decreciente, crisis, destino histórico)	[cf. Volumen III, "El proceso como un todo"]

historia en un sentido empírico. Sin embargo, en mi opinión esta perspectiva también es cuestionable. Suponiendo que la presentación dialéctica del modo de producción capitalista pudiera aproximarse al ideal de la *Lógica* de Hegel de una derivación inmanente y sin presupuestos de las categorías de la economía política, a lo único que se podría llegar con este procedimiento es a un modelo sumamente abstracto del capitalismo, en el que podríamos reconocer muy poco de la fisonomía concreta que adoptó este modo de producción como resultado de unas condiciones históricas y naturales particulares.

Un primer ejemplo sencillo es la introducción de Marx del dinero mundial como la última función del dinero, en la que finalmente «[s]u modo de existencia se adecúa a su concepto» (Marx 1867, p. 174). No podemos concebir esta función del dinero sin presuponer el hecho histórico de que la producción social se encuentra subdividida en diferentes esferas nacionales, un hecho que no se sigue lógicamente de las formas de valor que Marx venía analizando previamente.

Para poner otro ejemplo, imaginemos cómo sería una derivación puramente inmanente de la relación capitalista. Supongamos que pudimos llegar sin presupuestos a la forma general del capital, D-M-D', y que demostramos que la valorización no se puede realizar en la esfera de la circulación. De la mera forma general sólo podemos inferir que hay algún tipo de proceso creador de plusvalor en la esfera de la producción. Ese proceso sólo puede ser caracterizado como explotación de trabajo asalariado si incorporamos ciertos presupuestos naturales e históricos que nos permitan establecer por qué es el trabajo humano el que crea valor¹⁸ y cómo los capitalistas pueden disponer de él para producir plusvalor¹⁹.

¹⁸ Sobre esto en particular es relevante la carta de Marx a Kugelmann del 11 de julio de 1868, donde explica cómo la ley del valor es una forma social particular en que se realiza el principio natural de que debe garantizarse una determinada distribución del trabajo humano para la reproducción de la sociedad:

«Hasta un niño sabe que cualquier nación se moriría de hambre si cesara en ella el trabajo, no digo durante un año, sino incluso durante unas pocas semanas. Asimismo, hasta un niño sabe que las masas de productos correspondientes a las diversas masas de necesidades exigen masas diferentes y cuantitativamente determinadas de la totalidad del trabajo social. Es *self-evident* que la *necesidad de la división* del trabajo social en determinadas proporciones, no es suprimida en modo alguno por la *forma determinada* de la producción social, sino que sólo puede variar su modo de manifestarse. Las leyes naturales no pueden suprimirse de ningún modo. Lo que tal vez resulte modificado, en situaciones históricas diferentes, es únicamente la forma en que estas *leyes* se aplican. Y la forma en que se realiza esta repartición proporcional del trabajo, en un estado social donde la interconexión del trabajo social se manifiesta en la forma de *intercambio privado* de productos individuales del trabajo, es precisamente el *valor de cambio* de estos productos» (Marx 1975, p. 106; traducción corregida).

¹⁹ Aquí es relevante la posibilidad de los seres humanos de enajenar su capacidad de trabajo bajo la forma de la mercancía fuerza de trabajo, que a su vez sólo se efectiviza bajo la condición histórica de que haya fuerza de trabajo *libre*: «*libre* en el doble sentido de que por una parte [el obrero] dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía *suya*, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para

Otro ejemplo fue identificado por el propio Arthur: se trata del paso de la cooperación simple a la gran industria y del desarrollo de la subsunción real del trabajo bajo el capital por sobre la subsunción formal. De una derivación lógica inmanente sólo podríamos inferir que cualesquiera sean las condiciones que requiera el proceso creador de valor para desarrollarse, el capital se las arregla para garantizarlas y reproducirlas. Pero para poder hablar de producción de plusvalor relativo es preciso mínimamente introducir el hecho natural de que la productividad del trabajo humano es variable, y el hecho histórico de que el capital surge sobre una forma de producción con una productividad relativamente baja²⁰. Por otra parte, que ese aumento de la productividad culmine en la gran industria depende de que la naturaleza se rija mediante ciertas leyes (que permiten la articulación de las herramientas con los mecanismos motores y de transmisión²¹) y de que se haya desarrollado históricamente la ciencia para comprender dichas leyes y poder manipularlas.

Finalmente, podemos mencionar el ejemplo de la tendencia histórica de la acumulación capitalista. Aquí no se nos presenta un concepto del capital como un sistema que se autorreproduce, sino como una forma de producción que se origina históricamente a partir de la supresión de la pequeña propiedad, o la separación de los productores de la tierra y sus medios de producción. Ese antecedente de la producción capitalista no puede ser anticipado lógicamente, sino que es constatado empíricamente. Asimismo, el destino histórico del capitalismo no es un resultado automático de las contradicciones sistemáticas que se pueden identificar en él. Su superación supone el hecho de que «se acrecienta [...] la rebeldía de la clase obrera, una clase cuyo número aumenta de manera constante y que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción» (Marx 1867, p. 953). Si bien la propia formación del proletariado puede deducirse de la reflexión sobre las tendencias de la acumulación capitalista (aunque no sin determinados presupuestos acerca de las condiciones naturales

vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las *cosas* necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo» (Marx 1867, p. 205).

²⁰ El plusvalor relativo se produce cuando aumenta el plusvalor en el marco de una jornada laboral fija (por contraposición al plusvalor absoluto, que se produce aumentando la jornada laboral). Esto sólo puede realizarse disminuyendo el tiempo de trabajo en que el obrero reproduce el capital variable (para simplificar, su propio salario), es decir, mediante una reducción de la magnitud misma del capital variable. Dado que el capital variable representa los medios de subsistencia que necesita el obrero para reponer su capacidad de trabajo y reproducirse, la reducción de su magnitud sólo puede operarse mediante una reducción del valor de los bienes de consumo del obrero. Finalmente, eso requiere un aumento de la productividad en las ramas que producen esos bienes de consumo o los insumos empleados por ellas (Marx 1867, 379-90).

²¹ «Toda maquinaria desarrollada se compone de tres partes esencialmente diferentes: el *mecanismo motor*, el *mecanismo de transmisión* y, finalmente, la *máquina-herramienta* o *máquina de trabajo*» (Marx 1867, p. 453).

bajo las cuales puede crecer la población), su carácter contestatario, su rol como sujeto histórico capaz de poner en cuestión el orden social capitalista, no se deriva lógicamente de la exposición sistemática de la forma de capital, sino que es algo que Marx constató históricamente, en el desarrollo del movimiento cartista en Inglaterra y en las revoluciones de 1848.

En síntesis, lo que intento mostrar con estos ejemplos es que el objeto que Marx intenta exponer en *El capital* sería irreconocible si la economía política se orientara por una interpretación de la dialéctica sistemática como un método de exposición exclusivamente sincrónico y motorizado por transiciones puramente immanentes. La presentación de la sociedad capitalista como una formación social históricamente existente supone el recurso a la historia no sólo bajo la forma de una inferencia lógica de la necesidad de determinados desarrollos y transformaciones en el tiempo, sino también como la incorporación en la exposición de determinados datos empíricos que no pueden ser introducidos por medios exclusivamente lógicos. La dialéctica sistemática no es un método que nos permite agotar la exposición del objeto, pues sólo cumple una función específica dentro de la investigación y la exposición: es la pauta para encontrar las conexiones internas y necesarias entre los fenómenos. Su empleo va de la mano con la investigación empírica de dichos fenómenos y la presentación de los datos de dicha investigación. El esfuerzo de los exponentes de la Nueva Dialéctica por destacar los aspectos formales de este modo de presentación con frecuencia reduce el método a un mero modo de exposición y hace perder de vista que la derivación dialéctica no es un mero procedimiento de deducción formal, sino que incorpora resultados de la investigación empírica, tanto sobre la naturaleza como sobre la historia. El propio Marx advirtió que si la exposición «llega a reflejar idealmente la vida de [su] objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística». Pero antes de esa exposición que parece apriorística «[l]a investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto» (Marx 1867, p. 19).

La introducción de datos históricos empíricos no cumple sólo la función "semántica" de garantizar de garantizar la referencia a la sociedad capitalista como realidad históricamente existente, y no como un constructo abstracto del pensamiento. Su función también es epistemológica, ya que las relaciones necesarias entre categorías establecidas por la dialéctica sistemática sólo se pueden verificar si las tendencias que se siguen de ellas se verifican históricamente. Si no reconocemos este punto, el empleo materialista de la dialéctica colapsa en la concepción coherentista de la verdad que podemos atribuir a la *Lógica* de Hegel. El único criterio de "éxito cognoscitivo" que parecería postular la Nueva Dialéctica sería que al final de la exposición se demuestre que las categorías económicas quedan articuladas como una totalidad autosustentable. Sin embargo, mediante la mera conexión conceptual de categorías podemos construir distintas clases de sistemas coherentes o autosustentables, que no

necesariamente tienen un correlato en la realidad. La introducción de datos empíricos y de pasajes históricos cumple entonces la función de verificar que el modelo teórico se corresponde con la realidad que se busca explicar, más allá de su coherencia o autosustentabilidad interna.

En conclusión, que la exposición en *El capital* no siga necesariamente un orden histórico no quiere decir que el método dialéctico pueda prescindir de la historia. Por un lado, la sociedad capitalista no es una totalidad estática, cuya presentación pueda ser agotada de manera puramente sincrónica. Se trata de una sociedad en desarrollo, sujeta a determinadas tendencias que emanan de su propia estructura como sistema, por lo que una exposición de su articulación como sistema no puede prescindir de la presentación de dichas tendencias. Por otro lado, la dialéctica sistemática es la forma lógica que adopta la conexión de las determinaciones internas de la sociedad capitalista, pero eso no significa que el despliegue de esa forma lógica agote la presentación de dicha forma social. La derivación dialéctica, interpretada como forma de derivación inmanente, es insuficiente para incorporar todos los elementos que constituyen esa totalidad en cuestión. Necesariamente debe incorporar material histórico y empírico, que no cumple una función meramente ilustrativa, sino que introduce conceptos y relaciones sustantivas para la reconstrucción del sistema y para la verificación empírica del modelo teórico construido.

Conclusión

A lo largo de este trabajo he intentado presentar algunos elementos centrales de la interpretación de *El capital* conocida como Nueva Dialéctica. Desde una valoración en general positiva de este enfoque, he problematizado algunas formulaciones específicas de algunos de sus exponentes. Considero que este enfoque representa un aporte valioso para la comprensión de *El capital* y para el desarrollo de la economía política desde una perspectiva marxiana.

Las nuevas lecturas hegelianas de *El capital* son una contribución distintiva a la larga tradición de debates marxistas sobre la dialéctica en general. La recuperación del legado de la *Lógica* de Hegel y el señalamiento de su vigencia para el desarrollo de la economía política permiten arrojar luz sobre un área en la que con frecuencia ha predominado el doctrinarismo y las fórmulas vacías, incapaces de habilitar una producción genuina de conocimiento. No es menor el hecho de que estos autores además ofrezcan un camino más accesible al pensamiento de Hegel que un abordaje directo de la *Lógica*, y que lo hagan desde un marco asimilable al pensamiento marxista: a veces el doctrinarismo surge porque esta problemática no concierne sólo a los especialistas, y una presentación accesible que haga justicia a la complejidad de la cuestión es una contribución importante a un debate que excede a los círculos académicos.

Estas interpretaciones además ofrecen una clave de lectura para rastrear la evolución general del pensamiento económico del Marx maduro, desde su relectura de la *Lógica* en el momento de redactar los *Grundrisse* hasta las últimas ediciones que hizo del Tomo I de *El capital*. A veces esta tendencia se manifiesta como un sobrevaloración de los manuscritos no publicados por Marx, ya que el carácter hegeliano de algunos términos y razonamientos es más patente mientras más tempranos son los manuscritos. Esto puede resultar problemático, ya que esos textos, en su carácter de borradores, muchas veces son oscuros y no habilitan interpretaciones determinadas, por lo que pueden prestarse a abusos por parte de los intérpretes. Y tampoco podemos menospreciar el juicio de Marx cuando decide excluir o modificar ciertas aspectos de sus textos en las versiones más avanzadas de sus manuscritos o en las ediciones que llegó a publicar. Por estas razones no me parece prudente habilitar desde esta interpretación cierto romanticismo que desvaloriza *El capital* y que considera que el verdadero Marx (o sus posiciones más interesantes) puede encontrarse en sus manuscritos. No obstante, no deja de ser cierto que la prehistoria de un texto puede decir cosas sobre ese texto que no son evidentes en él, por lo que el estudio de los manuscritos es una herramienta importante para echar luz sobre algunos aspectos de *El capital*. En su intento de encontrar el hilo hegeliano que recorre el conjunto

de esas obras y da sentido a buena parte de lo que ellas contienen, la Nueva Dialéctica nos provee un marco interpretativo útil para esta tarea.

Para concluir este trabajo vale la pena hacer un repaso de los aportes específicos de la Nueva Dialéctica que considero más importantes para la interpretación de *El capital* y la formulación del método de la economía política. En primer lugar debo mencionar la propia noción de la *dialéctica sistemática* como forma de exposición de una totalidad determinada en una dimensión sincrónica. Si bien en el capítulo cuarto he criticado restricción unilateral de la dialéctica a la dimensión sincrónica, no se puede pasar por alto que la visión predominante de la dialéctica suele ser la concepción historicista que la concibe simplemente como una manera de describir los procesos de cambio. El énfasis en la idea de totalidad por sobre la de proceso, y en todo caso la idea de que el proceso surge de las contradicciones que un objeto encierra en cuanto totalidad sistemática, permite esclarecer la arquitectónica general de *El capital* y fijar un objetivo claro para la presentación de su objeto: lograr presentar la forma de producción capitalista como una totalidad al menos tendencialmente autosustentable (es decir, capaz de reproducir sus condiciones de existencia), por medio de un procedimiento metódico que vaya reconstruyendo cada una de sus relaciones internas de acuerdo a una jerarquía determinada.

En segundo lugar, resulta clarificadora la caracterización general de ese procedimiento, y por lo tanto del tipo de necesidad y de relación lógica que articula a las distintas categorías de la economía política. Si bien en el tercer capítulo he matizado la idea de Arthur de que el punto de partida debe ser una categoría simple, no deja de ser importante caracterizar la estructura general de la exposición como un avance *de lo abstracto a lo concreto*, entendiendo a lo abstracto como un elemento o estructura relativamente simple que es arrancado de la totalidad en la que está inserto. En virtud de su incapacidad de sostenerse por fuera de esa totalidad, el momento abstracto es capaz de conducirnos al resto de las relaciones que componen la totalidad de la que forma parte. En el cuarto capítulo también he matizado la idea de que se pueda concebir las transiciones dialécticas en términos puramente lógicos e *inmanentes*, pero no deja de funcionar al menos como un ideal regulador el criterio de que cada avance en la exposición debe estar determinado por las limitaciones o contradicciones de los pasos precedentes (y no por decisiones arbitrarias del investigador de avanzar a niveles de mayor concreción, como ocurre en el caso del método de las aproximaciones sucesivas¹), y de que el contenido de cada paso subsiguiente debe introducir la menor cantidad de presupuestos que sea posible para resolver la insuficiencia del paso anterior. También es interesante esa idea de la negatividad como *insuficiencia* o incapacidad de los momentos abstractos de sustentarse por sí mismos, ya que permite despejar la concepción formalista de que en cada paso de

¹ Ver pp. 52-3.

la exposición es preciso formular contradicciones de manera literal para poder avanzar hacia las superaciones. Finalmente, me interesa destacar la idea de la *fundación retrogresiva*, de que todo momento es en principio hipotético o provisorio hasta que se demuestre que la totalidad lo reproduce como momento de su autorreproducción. Sin caer en la idea coherentista de que esta fundamentación es suficiente para verificar la realidad del modelo teórico, la idea de la fundamentación retrogresiva es importante porque aclara el estatus lógico de los distintos pasos de la exposición. Estamos acostumbrados a concebir las obras científicas desde un paradigma deductivo, en el que las leyes y principios que se formulan al comienzo son axiomas o verdades ya establecidas de las que depende la verdad del resto de las afirmaciones, que tienen el carácter de teoremas. Sin embargo, Marx sigue un procedimiento diferente, en el cual el principio en cuanto momento abstracto carece de fundamento, por lo cual la tarea de la exposición es precisamente reconstruir paso a paso dicho fundamento, que no es otra cosa que la totalidad. Esta idea es importante para comprender el estatus de la ley del valor que Marx formula al principio de su obra.

En tercer lugar, la Nueva Dialéctica permite identificar algunos términos, estructuras y patrones de razonamiento hegelianos en la obra de Marx, lo que permite extrapolar algunos elementos de la *Lógica* a *El capital* para iluminar categorías y relaciones lógicas que no son evidentes de por sí en esa obra. Por ejemplo, la caracterización de la forma de valor como estructurada en base a una *Wesenslogik* le permite a Tony Smith traer a colación el andamiaje conceptual de la doctrina de la esencia para describir la estructura ontológica que caracteriza a la sociedad capitalista. Otro ejemplo es el empleo de Marx de los términos *presupuesto* y *resultado* en un sentido hegeliano, lo que permite comprender el estatus lógico de las mismas categorías en distintos momentos de la exposición. Por ejemplo, no es lo mismo concebir la existencia de la fuerza de trabajo libre como un presupuesto de la producción capitalista (en el momento en que se introduce el concepto de valorización) que demostrarla como un resultado de la acumulación de capital (cuando está más avanzada la exposición). Esta relación dialéctica entre el momento en que una categoría aparece como presupuesto y el momento en que aparece como resultado es un patrón de razonamiento recurrente en *El capital*, debido a que el objetivo de esta obra es precisamente reconstruir el sistema capitalista como una totalidad capaz de reproducir sus condiciones de existencia, que en un primer momento sólo pueden aparecer como presupuestos.

Para terminar con este repaso de los aportes de la Nueva Dialéctica que considero útiles o acertados, quisiera mencionar las contribuciones novedosas a la teoría económica marxista y su metodología desarrolladas en el marco de este enfoque, y que no han podido ser presentadas y evaluadas en este trabajo. Presento simplemente una lista para intentar mostrar la fecundidad teórica del enfoque, sin necesariamente adherir a ninguno de estos aportes en particular, que merecerían evaluaciones por separado. Tenemos la teoría de la forma de valor,

desarrollada con distintos grados de intensidad y variaciones por la mayoría de los exponentes de la Nueva Dialéctica (aunque no sólo por ellos), y que constituye un aporte fundamental para comprender la teoría del valor de Marx y distinguirla de sus antecedentes en la economía clásica. Arthur desarrolló una interesante caracterización de la Unión Soviética (en el capítulo 10 de 2004), y su tesis de la homología, si bien puede ser extravagante como interpretación general de *El capital*, tiene algunos elementos filosóficamente interesantes desde el punto de vista de la teoría crítica de la sociedad capitalista (que Arthur desarrolla en el capítulo 7 de 2004). Puedo mencionar también el libro de Tony Smith sobre la globalización (2006), su discusión con los marxistas analíticos (en los capítulos VI y VII de 1993) y la reconstrucción de Fred Moseley de la teoría del dinero (2016). Finalmente, el conjunto de los artículos que van apareciendo en las sucesivas publicaciones del *International Symposium on Marxian Theory*² da cuenta de los diversos aportes que los exponentes de esta corriente están haciendo a la teoría económica marxista.

Considero que las principales limitaciones de este enfoque salen a la luz cuando los criterios tomados de la *Lógica* de Hegel se pretenden aplicar de manera estricta. Así, en el capítulo tercero intenté mostrar que no se puede suponer que el punto de partida sea absolutamente simple, y en el capítulo cuarto argumenté contra la separación tajante entre la dialéctica histórica y la dialéctica sistemática, y contra la posibilidad de que la exposición dialéctica de la sociedad capitalista se pueda desarrollar a través de transiciones puramente lógicas e inmanentes, sin introducir presupuestos empíricamente obtenidos. Probablemente se pueda criticar en esta línea la tesis de la homología de Arthur, según la cual es posible mapear una por una las categorías de *El capital* con las categorías de la *Lógica*.

También habría que matizar la crítica de Arthur del método de las aproximaciones sucesivas, ya que no es claro que en todos los casos el movimiento expositivo avance por su propia necesidad inmanente. En algunos casos parece que el modo más rigurosamente dialéctico de exposición da lugar a una lógica más similar a la de las aproximaciones sucesivas. Un ejemplo de esto sería el paso de la reproducción simple a la reproducción ampliada. La reproducción simple (en la cual el capitalista consume como rédito todo el plusvalor que obtiene) no es una forma en la que se dé realmente la reproducción capitalista: Marx parte de ella teóricamente porque permite presentar más claramente algunos aspectos de la reproducción que se desarrollan incluso antes de suponer que ésta se realiza de manera ampliada (es decir, cuando el capitalista invierte el plusvalor para ampliar la escala de la producción). Pero una vez supuesta la reproducción simple, no hay ningún problema intrínseco en ella que establezca la necesidad de avanzar hacia la reproducción ampliada. La

² Ver p. 44.

introducción del modelo más simplificado y la decisión de avanzar hacia uno más complejo se parece más a las decisiones arbitrarias del investigador que Arthur critica en el método de las aproximaciones sucesivas que al movimiento espontáneo e inmanente del contenido propio del método dialéctico.

En síntesis, la Nueva Dialéctica constituye una herramienta valiosa para la interpretación de *El capital* y para el desarrollo de nuevos avances en la economía política en la medida en que se interprete la *Lógica* de Hegel sólo como un modelo aproximativo e ideal de la forma lógica que adopta la totalidad capitalista y si no se intenta llevar a un extremo esa aproximación. La dialéctica sistemática tiene un valor heurístico en el momento en que se busca trazar las conexiones internas entre las determinaciones de esa totalidad, y también ofrece una estructura general para la presentación del objeto de estudio. Sin embargo, si el enfoque dialéctico no ha de recaer en el idealismo hegeliano o en el formalismo que tanto Hegel como Marx criticaron, no puede perder de vista que la apropiación empírica del objeto material es una función primordial de la producción de conocimiento, y que no siempre los resultados de nuestras investigaciones se corresponden directamente con nuestros modelos prefabricados de la estructura del objeto. El contenido objetivo, al expresar información certera acerca del objeto, no puede ser sacrificado ante el altar del esquema dialéctico, y ante cualquier divergencia o desfasaje aparecerá bajo la forma de saltos en el razonamiento, de introducción de presupuestos, de interposición de la historia en el medio de la presentación sistemática, etc. Teniendo presentes estas precauciones, podemos considerar que los nuevos marxismos hegelianos constituyen un aporte fructífero y duradero al acervo teórico del marxismo.

Bibliografía

- ALBRITTON, R. (1986) *A Japanese Reconstruction of Marxist Theory*. Basingstoke: Macmillan.
- (1999) *Dialectics and Deconstruction in Political Economy*. Basingstoke: Macmillan.
- ALTHUSSER, L. (1962) “Contradicción y sobredeterminación”, en Althusser (1967), pp. 71-106.
- (1963) “Sobre la dialéctica materialista”, en Althusser (1967), pp. 132-81.
- (1967) *La revolución teórica de Marx*. Siglo XXI.
- (1969) *Para leer El capital*, México: Siglo XXI.
- ARTHUR, C. (1993) “Ali Shamsavari, *Dialectics and Social Theory: The Logic of Capital*”, *Capital & Class* 17, pp. 175-81.
- (1997) “Against the Logical-Historical Method: Dialectical Derivation versus Linear Logic”, en Moseley y Campbell (1997), pp. 9-37.
- (1998) “Engels, Logic and History”, en R. Bellofiore (1998) (ed.) (1998) *Marxian Economics: A Reappraisal. Essays on Volume III of Capital. Volume 1: Method, Value and Money*. Basingstoke: Macmillan, pp. 3-15.
- (2000) “From the Critique of Hegel to the Critique of Capital”, en Burns & Fraser (2000), pp. 105-30.
- (2002) “Capital, Competition and Many Capitals”, en Campbell & Reuten (2002), pp. 128-48.
- (2004) *The New Dialectic and Marx's Capital*. Leiden: Brill.
- ARTHUR, C. & G. REUTEN (eds.) (1998) *The Circulation of Capital. Essays on Volume II of Marx's Capital*. Basingstoke: Macmillan.
- BACKHAUS, H.-J. (1980) “On the Dialectics of the Value-Form”, *Thesis Eleven*, 1, pp. 99-120.
- BANAJI, J. (1979) “From the Commodity to Capital: Hegel's Dialectic in Marx's *Capital*”, en D. Elson (ed.) (1979) *Value: The Representation of Labour in Capitalism*, Londres: CSE Books.
- BEANEY, M. (2015) "Analysis", en E. N. Zalta (ed.) *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, URL = <<http://plato.stanford.edu/archives/spr2015/entries/analysis/>>.
- BEISER, F. (2005) *Hegel*. New York: Routledge.
- BELLOFIORE, R. & R. FINESCHI (eds.) (2009a) *Re-reading Marx. New Perspectives after the Critical Edition*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- (eds.) (2009b) *Marx in questione: il dibattito dell'International Symposium on Marxian Theory*. Nápoles: La Città del Sole.

- BELLOFIORE, R., G. STAROSTA & P. THOMAS (eds.) (2013) *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*. Leiden: Brill.
- BELLOFIORE, R. & N. TAYLOR (2004) *The Constitution of Capital. Essays on Volume I of Marx's Capital*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- BERNSTEIN, E. (1993) *The Preconditions of Socialism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BIDET, J. (2007) *Exploring Marx's Capital. Philosophical, Economic and Political Dimensions*. Leiden: Brill.
- (2008a) "New Interpretations of *Capital*", en Bidet & Kouvelakis (2008), pp. 369-83.
- (2008b) "Kôzô Uno and His School: A Pure Theory of Capitalism", en Bidet & Kouvelakis (2008), pp. 729-40.
- BIDET, J. & S. KOUVELAKIS (eds.) (2008) *Critical Companion to Contemporary Marxism*. Leiden: Brill.
- BURNS, T. & I. FRASER (eds.) (2000) *The Hegel-Marx Connection*, London: Macmillan.
- CAMBPELL, M. & G. REUTEN (eds.) (2002) *The Culmination of Capital. Essays on Volume III of Marx's Capital*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- COHEN, G. (1978) *Karl Marx's Theory of History: A Defence*, Princeton: Princeton University Press.
- COLOMBO, O. (2015) "Simple Commodity Production and Value Theory in Late Feudalism", en L. da Graca & A. Zingarelli (eds.) *Studies on Pre-Capitalist Modes of Production*, Leiden: Brill.
- CORNU, A. (1955/70) *Karl Marx et Friedrich Engels*, Paris: Presses Universitaires de France (T1, *Les années d'enfance et de jeunesse*, 1955; T2, *Du libéralisme démocratique au communisme*, 1958; T3, *Marx à Paris*, 1962; T4, *La formation du matérialisme historique*, 1970).
- DIQUATTRO, A. (2007) "The Labor Theory of Value and Simple Commodity Production", *Science and Society* 71, 4, pp. 455-83.
- DUSSEL, E. (1985) *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*. México, D.F.: Siglo XXI.
- (1988) *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*. México, D.F.: Siglo XXI.
- (1990) *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana. Un comentario a la tercera y cuarta redacción de "El capital"*. México, D.F.: Siglo XXI.
- ELBE, I. (2006) "Zwischen Marx, Marxismus und Marxismen. Lesarten der Marxschen Theorie", en J. Hoff et al. (eds.), *Das Kapital neu lesen. Beiträge zur radikalen Philosophie*, Münster, pp. 52-71.
- ELDRED, M. & M. HANLON (1981) "Reconstructing Value-Form Analysis", *Capital & Class* 13, pp. 24-60.
- ELLIOT, G. (2006) *Althusser. The Detour of Theory*, Leiden: Brill.

- ENGELS, F. (1859) “La *Contribución a la crítica de la economía política* de Karl Marx”, en Marx (1859), pp. 333-43.
- (1877/8) [1968] *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*. México: Grijalbo. Traducido por Manuel Sacristán Luzón.
- (1925) [1968] *Dialéctica de la naturaleza*. México, D.F.: Grijalbo. Traducido por Wenceslao Roces.
- (1888) [1975] *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Cuadernos de Pasado y Presente 59. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FINESCHI, R. (2009) “Dialectic of the Commodity and Its Exposition: The German Debate in the 1970s - A Personal Survey”, en Bellofiore & Fineschi (2009), pp. 50-70.
- FRASER, I. & T. BURNS (2000) “Introduction: an Historical Survey of the Hegel-Marx Connection”, en Burns & Fraser (2000), pp. 1-34.
- GERAS, N. (1971) “Essence and Appearance: Aspects of Fetishism in Marx's *Capital*”, *New Left Review* 65, pp. 69-85.
- GOULDNER, A. (1982) *The Two Marxisms. Contradictions and Anomalies in the Development of Theory*. Oxford University Press.
- HAUG (2005) "Dialectics", *Historical Materialism* 13:1, pp. 241-65.
- HEGEL, G. F. W. (1807) [2007] *Fenomenología del espíritu*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Traducido por Wenceslao Roces.
- (1812/13) [1978] *Wissenschaft der Logik. Erster Band. Die objektive Logik. Gesammelte Werke* 11. Hamburg: Meiner.
- (1812/13) [2011] *Ciencia de la lógica*. Madrid: Abada Editores. Traducido por Félix Duque.
- (1816) [1981] *Wissenschaft der Logik. Zweiter Band: Die subjektive Logik. Gesammelte Werke* 12. Hamburg: Meiner.
- (1832) [1985] *Wissenschaft der Logik. Erster Band. Die Lehre vom Sein. Gesammelte Werke* 21. Hamburg: Meiner.
- (1812/32) [1969] *Hegel's Science of Logic*. London: Allen & Unwin. Traducido por A. V. Miller.
- (1812/32) [1976] *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ediciones Solar S. A. Traducido por Augusta y Rodolfo Mondolfo.
- (1812/32) [2010] *The Science of Logic*. Cambridge: Cambridge University Press. Traducido por George di Giovanni.
- (1830) [2005] *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio*. Madrid: Alianza Editorial. Traducido por Ramón Valls Plana.
- HEINRICH, M. (2009) "Reconstruction or Deconstruction? Methodological Controversies about Value and Capital, and New Insights from the Critical Edition", en Bellofiore & Fineschi (2009a), pp. 71-98.
- (2012) *An Introduction to the Three Volumes of Karl Marx's 'Capital'*. Nueva York: Monthly Review Press.

- HOULGATE, S. (2006) *The Opening of Hegel's Logic*. West Lafayette, Indiana: Purdue University Press.
- KRAHL, J.-H. (1970) "Bemerkungen zum Verhältnis von Kapital und hegelscher Wesenslogik", en O. Negt (ed.) *Aktualität und Folgen der Philosophie Hegels*, Frankfurt: Suhrkamp, 1970, pp. 141-54.
- (1971) "Zur Wesenslogik der Marxschen Warenanalyse", en *Konstitution und Klassenkampf. Zur historischen Dialektik von bürgerlicher Emanzipation und proletarischer Revolution*, Frankfurt: Verlag Neue Kritik, 1971, pp. 31-81.
- LENIN, V. I. (1914/6) *Cuadernos filosóficos*, en *Obras Completas*, Tomo LII, México: Akal, sin fecha de impresión.
- LICHTHEIM, G. (1964) *Marxism*. Routledge & Kegan Paul.
- LÖWY, M. (2008) "Dialectics and Revolution: Trotsky, Lenin, Lukács", en Ollman & Smith (2008).
- LUKÁCS, G. (1923) *Historia y conciencia de clase*. Buenos Aires: Ediciones ryr, 2009.
- MANDEL, E. (1998) "El capital". *Cien años de controversia en torno a la obra de Karl Marx*. México: Siglo XXI.
- MARX, K. (1845) "Tesis sobre Feuerbach", en Engels (1888), pp. 71-3.
- (1847) [1987] *Miseria de la filosofía*. México, D.F.: Siglo XXI. Editado por Martí Soler.
- (1857/8) [2009] *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857 ~ 1858*. Tres volúmenes. México, D.F.: Siglo XXI. Traducido por Pedro Scaron.
- (1859) [1980] *Contribución a la crítica de la economía política*, México, D.F.: Siglo XXI. Traducido por León Mames y otros.
- (1861/3) *Ökonomisches Manuskript 1861-1863. Teil I.*, en K. Marx & F. Engels *Werke. Band 43*. Berlín: Dietz Verlag, pp. 1-353.
- (1862/3) [1980] *Teorías sobre la plusvalía. Tomo IV de El capital*. Tres volúmenes. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica. Traducido por Wenceslao Roces.
- (1863/4) [1997] *El capital. Libro I, Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. México, D.F.: Siglo XXI. Traducido por Pedro Scaron.
- (1867) [2010] *El capital. Tomo I. El proceso de producción del capital*. Tres volúmenes. Buenos Aires: Siglo XXI. Traducido por Pedro Scaron.
- (1894) [2009] *El capital. Tomo III. El proceso global de la producción capitalista*. Tres volúmenes. México: Siglo XXI. Traducido por Pedro Scaron.
- (1975) *Cartas a Kugelmann*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. Traducido por Giannina Bertarelli.

- MARX, K. & F. ENGELS (1856/9) [1987] *Collected Works. Volume 40: 1856-1859*. Londres: Lawrence & Wishart Ltd.
- (1864/8) [1987] *Collected Works. Volume 42: 1864-1868*. Londres: Lawrence & Wishart Ltd.
- MCLELLAN, D. (1973) *Karl Marx. A Biography*. London: Macmillan.
- (1980) *The Young Hegelians and Karl Marx*, London: Macmillan.
- (1998) *Marxism After Marx. An Introduction*, London: Macmillan.
- MEIKLE, S. (1985) *Essentialism in the Thought of Karl Marx*, Londres: Duckworth.
- MONDOLFO, R. (1973) *Il materialismo storico in Federico Engels*. La Nuova Italia editrice.
- MOSELEY, F. (ed.) (1993) *Marx's Method in Capital. A Reexamination*, Atlantic Highlands, New Jersey: Humanities Press.
- (ed.) (2005) *Marx's Theory of Money: Modern Appraisals*. Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- (2016) *Money and Totality: A Macro-Monetary Interpretation of Marx's Logic in Capital and the End of the 'Transformation Problem'*. Leiden: Brill.
- MOSELEY, F. & M. CAMPBELL (eds.) (1997) *New Investigations on Marx's Method*. Atlantic Highlands, New Jersey: Humanities Press.
- MOSELEY, F. & T. SMITH (eds.) (2014) *Marx's Capital and Hegel's Logic. A Reexamination*. Leiden: Brill.
- MURRAY, P. (1988) *Marx's Theory of Scientific Knowledge*, Atlantic Highlands, New Jersey: Humanities Press.
- (2009) “The place of ‘The Results of the Immediate Production Process’ in *Capital*”, en Bellofiore & Fineschi (2009a), pp. 163-77.
- (2013) “Unavoidable Crises: Reflections on Backhaus and the Development of Marx's Value-Form Theory in the *Grundrisse*”, en Bellofiore, Starosta & Thomas (2013).
- PETRUCELLI, A. (2010) *Materialismo histórico. Interpretaciones y controversias*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- PLEJANOV, G. (1891) “Zu Hegel's sechzigstem Todestag”, *Die Neue Zeit* 10, 1891-92; V. 1, 1892; N. 7, pp. 198-203; N. 8, pp. 236-43; N. 9, pp. 273-82.
- (1895) [1964] “La concepción monista de la historia”, en *Obras escogidas*, Tomo I, Buenos Aires: Editorial Quetzal, pp. 7-276.
- (1898) [1964] “El papel del individuo en la historia”, en *Obras escogidas*, Tomo I, Buenos Aires: Editorial Quetzal, pp. 427-62.
- POZZO, R. (1993) “Analysis, Synthesis and Dialectic: Hegel's Answer to Aristotle, Newton and Kant”, en M. J. Petry (ed.) *Hegel and Newtonianism*, Springer, 1993, pp. 27-39.
- REES, J. (1998) *The Algebra of Revolution. The Dialectic and the Classical Marxist Tradition*. Routledge.

- REUTEN, G. (2000) "The Interconnection of Systematic Dialectics and Historical Materialism", *Historical Materialism* 7, pp. 137-65.
- (2014) "An Outline of the Systematic-Dialectical Method: Scientific and Political Significance", en Moseley & Smith (2014), pp. 243-68.
- REUTEN, G. & M. WILLIAMS (1989) *Value-Form and the State. The tendencies of accumulation and the determination of economic policy in capitalist society*. Londres: Routledge.
- ROBLES BÁEZ, M. (ed.) (2014) *Dialéctica y capital*. Buenos Aires: Ediciones ryr.
- ROSENTHAL, J. (1998) *The Myth of Dialectics*. Basingstoke: Macmillan.
- RUBIN, I. I. (1974) *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Buenos Aires: Ediciones Pasado y Presente.
- RUSSELL, E. S. (1916) *Form and Function. A Contribution to the History of Animal Morphology*. Londres: John Murray.
- SCOTT, A. M. (ed.) (1986a) *Rethinking Petty Commodity Production. Social Analysis: Journal of Cultural and Social Practice* 20.
- (1986b) "Introduction: Why Rethink Petty Commodity Production", en Scott (1986a), pp. 3-10.
- (1986c) "Towards a Rethinking of Petty Commodity Production", en Scott (1986a), pp. 93-105.
- SEKINE, T. (1984) *The Dialectic of Capital*, Vol. 1. Tokio: Yushindo Press.
- (1986) *The Dialectic of Capital*, Vol. 2. Tokio: Toshindo Publications.
- SHAMSAVARI, A. (1991) *Dialectics and Social Theory. The Logic of Capital*. Braunton: Merlin Books.
- SMITH, A. (1776) [2010] *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica. Traducido por Gabriel Franco.
- SMITH, T. (1990) *The Logic of Marx's Capital. Reply to Hegelian Criticisms*. Albany, New York: State University of New York Press.
- (1993) *Dialectical Social Theory and Its Critics. From Hegel to Analytical Marxism and Postmodernism*. Albany, New York: State University of New York Press.
- (2006) *Globalisation. A Systematic Marxian Account*. Leiden: Brill.
- (2014) "Hegel, Marx and the Comprehension of Capitalism", en Moseley & Smith (2014), pp. 17-40.
- STAROSTA, G. (2015) *Marx's Capital, Method and Revolutionary Subjectivity*, Leiden: Brill.
- SWEETZ, P. (1973) *Teoría del desarrollo capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TOWNSHEND, J. (1989) "Reassessing Kautsky's Marxism", *Political Studies* XXXVII, pp. 659-64.
- WILLIAMS, M. (ed.) (1988) *Value, Social Form and the State*. Basingstoke: Macmillan.